

Winner of
THE NOBEL PRIZE
in
Literature

Book
OPRAH'S
Club

TONI
MORRISON



S U L A

NATIONAL
BESTSELLER

SULA – TONI MORRISON

Publicado por Plaza y Janes Editores

Título original: Sula

Traducción de Mireia Bofill

Ilustración de la portada: Enrique Meare Jaime

Primera edición: abril, 2001

Printed in Spain - Impreso en España

*Es un absoluto golpe de suerte
echar de menos a alguien
mucho antes de que te deje.
Este libro está dedicado a Ford y Slade,
a quienes, aunque no me hayan dejado,
año.*

Nobody knew my rose of the world but me...
I had too much glory.
They don't want glory like that
in nobody's heart.

THE ROSE TATTOO

(Nadie conocía mi rosa del mundo, sólo yo...
Tuve demasiado esplendor.
No quieren ver tanto esplendor
en ningún corazón.)

LA ROSA TATUADA

PRIMERA PARTE

En otro tiempo, en aquel lugar donde arrancaron de raíz las matas de beleño y de zarzamora para hacerle sitio al campo de golf de Medallion City, había un barrio. Ocupaba las colinas, por encima de la ciudad de Medallion

-construida en el valle-, y se extendía hasta el río. Ahora, el lugar recibe el nombre de barrio residencial pero, cuando vivían allí los negros, lo llamaban el Fondo. Un camino sombreado de hayas, robles, arces y castaños lo unía al valle. Ahora las hayas han desaparecido, y también los perales a los que trepaban los niños para lanzar gritos entre los capullos de su copa a las gentes que pasaban. Se han asignado generosas partidas para el derribe de las destartadas y descoloridas construcciones que se apiñan a lo largo de todo el camino que conduce de Medallion hasta el campo de golf. Demolerán el salón de billar del Uno y Medio, donde en otro tiempo pies calzados con puntiagudos zapatos de ante se inclinaban hacia el suelo apoyados en los barrotes de las sillas. Una bola de acero reducirá a polvo el Palacio de la Cosmetología de Irene, donde las mujeres reclinaban la cabeza sobre las bandejas de los lavacabezas y dormitaban mientras Irene les untaba el pelo con Nu Nile. Hombres con monos caqui desmantelarán los talones del Asador de Reba donde la propietaria cocinaba, tocada con su sombrero, porque sólo así conseguía recordar los ingredientes.

Ya no quedará nada del Fondo (el puente peatonal que cruzaba el río ya ha desaparecido), aunque tal vez sea mejor así, puesto que de todos modos no era una ciudad, sino sólo un barrio donde, en los días tranquilos, las gentes de las casas del valle a veces podían escuchar cantos, a veces algún banjo y, si un hombre del valle tenía que resolver casualmente algún asunto en esas colinas -el cobro de alquileres o de las primas del seguro-, quizá divisara a una mujer de piel oscura con un vestido floreado ejecutando unos pasos de *cakewalk*, dándose unos meneos, «tonteando un poco» al compás de las animadas notas de una armónica. Sus pies desnudos levantarían el polvo color azafrán, que revolotearía hasta depositarse sobre el mono y los zapatos abiertos por los juanetes del hombre que inhalaba y exhalaba música a través de la armónica. Los negros y negras que la miraban se reirían y se restregarían las rodillas y al hombre del valle le resultaría fácil escuchar la risa sin notar el sufrimiento adulto depositado en algún lugar bajo los párpados, en algún lugar bajo los deshilachados pañuelos y los sombreros de fieltro blando, en algún lugar de la palma de la mano, en algún lugar debajo de las solapas ajadas, en algún lugar de la curva del tendón. Tendría que situarse en el fondo de San Mateo el Mayor y dejar que la voz del tenor le vistiera de seda, o tocar las manos de los talladores de cucharas (que llevaban ocho años sin trabajar) y dejarse besar la piel por los dedos que bailaban sobre la madera. De no ser así, se le escaparía el dolor, a pesar de que la risa era parte del dolor.

Una risa como para sacudirse, como para darse palmadas en las rodi-

llas y en los ojos húmedos, útil incluso para describir cómo habían llegado a encontrarse donde estaban.

Un chiste. Un chiste de negros. Así empezó todo. No la ciudad, evidentemente, sino esa parte de la ciudad en la que vivían los negros, la parte que llamaban el Fondo a pesar de que se encontraba en lo alto de las colinas. Sólo un chiste de negros. De esos que se cuentan los blancos cuando cierra la fábrica y quieren encontrar algún consuelo en alguna parte. De esos que cuentan los negros a su propia costa cuando no llega la lluvia, o cuando lleva semanas cayendo, y tratan de encontrar de algún modo algún mínimo consuelo.

Un buen granjero blanco le prometió la libertad y un trozo de terreno del Fondo a su esclavo a cambio de que cumpliera algunas tareas muy difíciles. Cuando el esclavo hubo terminado el trabajo, le pidió al granjero que cumpliera su parte del trato. La libertad fue cosa sencilla: al granjero no le importaba dársela. Pero no quería renunciar a ningún trozo de terreno. De modo que fue y le dijo al esclavo que sentía mucho tener que darle un terreno del valle, que habría querido darle un trozo del Fondo. El esclavo parpadeó y dijo que él siempre había creído que las tierras del valle eran tierras del Fondo. Pero el amo replicó:

-¡Oh, no! ¿Ves esas colinas? Esas son tierras del Fondo, ricas y fértiles.

-Pero están en lo alto de las colinas -protesto el esclavo.

-En lo alto para nosotros -dijo el amo-, pero para Dios, que las contempla desde arriba, ése es el fondo. Por eso las llamamos así. El fondo del cielo, las mejores tierras que existen.

Así, el esclavo le insistió a su amo para que intentara conseguirle un terreno en esa parte. Lo prefería al valle. Y así se hizo. El negro obtuvo su terreno montañoso, donde uno se deslomaba para labrar los campos, donde la tierra se deslizaba ladera abajo arrastrando las semillas y donde el viento no paraba de soplar en todo el invierno.

Y ésa era la razón de que en esa pequeña ciudad ribereña de Ohio, los blancos viviesen en el fértil fondo del valle, mientras los negros poblaban las colinas que se elevaban sobre ella y encontraban un pobre consuelo en el hecho de poder mirar a los blancos, cada día, literalmente desde arriba.

Aun así, se estaba muy bien allí arriba, en el Fondo. A medida que fue creciendo la población y las tierras de labranza se convirtieron en un pueblo y el pueblo en una ciudad y el progreso volvió calurosas y polvorientas las calles de Medallion, daba gusto contemplar los frondosos árboles que resguardaban las chabolas en lo alto del Fondo. Y los ca-

zadores que a veces subían hasta allí se preguntaban para sus adentros si el granjero blanco no habría dicho después de todo la verdad. A lo mejor, ése era el fondo del cielo.

Los negros no habrían estado de acuerdo, pero no tenían tiempo de pensar en ello. Estaban terriblemente preocupados con las cuestiones *terrenas*... y con los demás de su grupo, y en preguntarse, ya en 1920, qué había detrás de Shadrack, qué había detrás de esa niñita, Sula, que se hizo mujer en su ciudad, y qué había detrás de todos ellos, encaramados allí, en el Fondo.

1919

A excepción de la Segunda Guerra Mundial, nada impidió nunca la celebración del Día Nacional del Suicidio. Se había conmemorado cada 3 de enero desde 1920, aunque durante muchos años Shadrack, su instaurador, fue el único celebrante. Sacudido y permanentemente desconcertado por los acontecimientos de 1917, había vuelto a Medallion guapo pero destrozado y hasta las personas más remilgadas de la ciudad a veces, sin darse cuenta, se encontraban imaginando cómo debía haber sido Shadrack algunos años atrás, antes de ir a la guerra. En diciembre de 1917, cuando era un joven de apenas veinte años, sin nada en la cabeza y con el recuerdo del lápiz de labios en la boca, se encontró en Francia, corriendo con sus compañeros a través de un campo. Era su primer contacto con el enemigo y no sabía si su compañía iba a su encuentro o huía de él. Llevaban varios días de marcha, pegados a un arroyo de orillas heladas. En cierto momento, lo cruzaron y, nada más poner pie en el otro lado, el día se convirtió en un torbellino de gritos y explosiones. Los cañonazos estallaban por todos lados a su alrededor y aunque sabía que había llegado lo que llamaban *el momento*, no alcanzó el estado de ánimo adecuado, el estado de ánimo capaz de integrar *el momento*. Esperaba sentir pánico o entusiasmo, algo que fuera muy fuerte. En realidad, sólo sintió el pinchazo de un clavo que tenía en la bota y que se le hundía en la planta del pie cada vez que se apoyaba encima. Hacía tanto frío que se vio su propio aliento y por un instante se maravilló ante la pureza y blancura de su respiración en medio de las sucias explosiones grises que le rodeaban. Echó a correr con la bayoneta calada y se adentró en la gran masa de hombres que surcaban velozmente aquel campo. Atenazado por el dolor del pie, ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha y vio volar en pedazos la cara de un soldado que tenía cerca. Sin darle tiempo a registrar el sobresalto, el resto de la cabeza del

soldado desapareció bajo la sopera invertida de su casco. Pero, obstinado, ajeno a las instrucciones del cerebro, el cuerpo del soldado descabezado siguió corriendo, con gracia y energía, ignorando el tejido cerebral que goteaba y le resbalaba por la espalda.

Cuando Shadrack abrió los ojos, se encontró sentado en una cama pequeña, con una bandeja y una gran fuente de latón dividida en tres triángulos delante. En un triángulo, había arroz; en otro, carne y, en el tercero, tomates asados. En una pequeña depresión circular se acomodaba una taza de líquido blancuzco. Shadrack se quedó mirando los suaves colores que llenaban los triángulos: la blancura apelmazada del arroz, los temblorosos tomates rojo sangre, la carne pardo-grisácea, toda su repugnancia encerrada tras el perfecto equilibrio de los triángulos, un equilibrio que actuó como un bálsamo para él, transfiriéndole parte de su medida. Con la seguridad de que el blanco, el rojo y el marrón se quedarían donde estaban -que no estallarían en pedazos o se desbordarían de sus zonas delimitadas-, de pronto sintió hambre y se buscó las manos con la mirada. Al principio con cautela; tenía que andarse con mucho cuidado: todo podía estar en cualquier parte. Después descubrió dos bultos debajo de la manta beige a ambos lados de sus caderas. Con sumo cuidado, levantó un brazo y comprobó con gran alivio que tenía su mano unida a la muñeca. Hizo la prueba con la otra y también la encontró. Despacito dirigió una mano hacia la taza y, justo cuando se disponía a abrir los dedos, éstos comenzaron a crecer desordenadamente, como la planta de habichuelas del cuento, hasta cubrir la bandeja y toda la cama. Dio un grito y cerró los ojos mientras escondía las enormes manos que seguían creciendo debajo de las mantas. Fuera de su vista, parecieron encogerse de nuevo hasta recuperar su tamaño normal. Pero el grito había atraído a un enfermero.

-¿Soldado? No iré a crearnos problemas hoy, ¿verdad, soldado?

Shadrack levantó la mirada hacia un hombre algo calvo, vestido con una chaqueta y unos pantalones verdes de algodón. Iba peinado con la raya muy a la derecha para que unos veinte o treinta pelos amarillos le cubrieran discretamente la desnudez de su cráneo.

-Vamos. Coja la cuchara. Cójala, soldado. Nadie va a estar dándole de comer toda la vida.

El sudor empezó a desbordar de las axilas de Shadrack deslizándose por sus costados. No soportaba la idea de ver otra vez cómo le crecían las manos y le asustaba la voz que salía del uniforme verde manzana.

-Cójala, he dicho. No tiene ningún sentido que siga con esta... -El enfermero metió la mano debajo de la sábana para coger la muñeca de Shadrack y dejar al descubierto la mano monstruosa. Shadrack dio un tirón para zafarse y volcó la bandeja. Aterrado, se puso de rodillas e intentó sacudirse sus horribles dedos, pero sólo consiguió derribar al enfermero sobre la cama de al lado.

Shadrack se sintió aliviado y también agradecido cuando le inmovilizaron con una camisa de fuerza y sus manos quedaron por fin ocultas e impedidas de continuar creciendo más allá del tamaño que hubieran alcanzado.

Atado y mudo en su cama pequeña, intentó unir los cabos sueltos de sus ideas. Deseaba con desespero poder verse la cara y asociarla con la palabra «soldado», palabra con la que le había llamado el enfermero (y los otros que habían ayudado a éste a atarlo). Pero, vista la reacción de sus manos, ¿qué podía esperar de su cara? Incapaz de soportar tanto miedo y tanto anhelo, empezó a pensar en otras cosas. Es decir, dejó que su pensamiento se deslizara a su antojo por las cavernas de la memoria.

Vio una ventana que daba a un río que sabía lleno de peces. Alguien hablaba quedamente al otro lado de la puerta...

El anterior estallido de violencia de Shadrack había coincidido con la llegada de un memorándum del equipo directivo del hospital a propósito de la distribución de los pacientes en las zonas de alto riesgo. Había una evidente escasez de plazas. La prioridad de la violencia le valió a Shadrack el licenciamiento, con 217 dólares en metálico, una muda completa de ropa y copias de varios papeles de aspecto muy oficial.

Cuando cruzó la puerta del hospital y vio los jardines -los arbustos recortados, los bordes limpios del césped, la línea certera de los senderos- se quedó pasmado. Contempló los tramos de cemento, cada uno nítidamente encaminado hacia un destino presumiblemente deseable. Ninguna reja, ningún cartel, ningún obstáculo se interponía entre el cemento y el césped verde, y no costaba nada ignorar la limpia superficie de piedra y cortar en otra dirección, escogida por uno mismo.

Shadrack se detuvo al pie de la escalera del hospital y se quedó mirando las copas de los árboles que se agitaban bruscamente pero sin peligro, pues tenían los troncos clavados demasiado profundamente en la tierra como para poder hacerle daño. Sólo le inquietaban los senderos. Se balanceó sobre uno y otro pie, buscando la manera de

llegar hasta la verja sin pisar el cemento. Estaba estudiando su ruta - calculando dónde tendría que saltar, por dónde rodear un macizo de arbustos- cuando le sobresaltó una ruidosa carcajada. Dos hombres subían por la escalera. Entonces advirtió que había mucha gente cerca, a la que hasta entonces no había visto o que acababa de materializarse. Las personas parecían láminas finas se deslizaban por los senderos como muñecos de papel. Algunas iban sentadas en sillas de ruedas, empujadas por otras figuras de papel que avanzaban detrás. Todas parecían estar fumando y sus brazos y sus piernas se doblaban con la brisa. Un buen vendaval hubiera podido levantarlas por los aires depositándolas tal vez en las copas de los árboles.

Shadrack se lanzó a la ventura. En cuatro zancadas se plantó en el césped, camino de la puerta de la verja. Mantuvo la cabeza gacha para no ver a las personas de papel que se agitaban y se doblaban a su alrededor, y se perdió. Cuando levantó la vista, se encontró junto a un edificio rojo de baja altura, separado del edificio principal por un pasadizo cubierto. De algún lugar le llegó un olor dulzón que le evocó un recuerdo penoso. Miró a su alrededor buscando la puerta y descubrió que en su complicado recorrido a través del césped había avanzado exactamente en la dirección equivocada. Inmediatamente a la izquierda del edificio bajo, había un camino ripiado que parecía llevar al exterior del recinto. Galopó rápidamente hasta él y abandonó, al fin, un refugio de más de un año del que sólo recordaba plenamente ocho días.

Una vez en la carretera, enfiló rumbo al oeste. La larga permanencia en el hospital le había dejado débil, demasiado débil como para caminar sin traspiés sobre el lomo de grava de la carretera. Avanzó a trompicones, le dio un vahído, se detuvo a recuperar el aliento, se puso en marcha otra vez, tambaleándose y sudando, pero resistiéndose a secarse el sudor de las piernas porque todavía le asustaba mirar sus manos. Los pasajeros de oscuros coches cuadrados entornaban los ojos, tomándole por un borracho.

Ya tenía el sol directamente encima de la cabeza cuando llegó a una ciudad. Un par de manzanas de calles sombreadas y se encontró en pleno centro: un bonito centro urbano, tranquilo y ordenado.

Agotado, con los pies embotados de dolor, Shadrack se sentó en el bordillo para quitarse los zapatos. Cerró los ojos para no verse las manos y empezó a forcejear con los cordones de los pesados zapatos cerrados. La enfermera se los había atado con una doble lazada, como se hace con los niños, y Shadrack, con una larga falta de costum-

bre en la manipulación de cosas complicadas, no consiguió deshacer el lazo. Sus uñas tironeaban descoordinadas de los nudos. Intentó contener la creciente histeria, que iba mucho más allá de su intenso deseo de liberar sus pies doloridos; su vida misma dependía de que consiguiera deshacer los nudos. De pronto, sin levantar los párpados, se echó a llorar. Con veintidós años, débil; acalorado, asustado, temeroso de reconocer que ni siquiera sabía quién o qué era... sin pasado, sin lengua, sin origen, sin libreta de direcciones, sin peine, sin lápiz, sin reloj, sin pañuelo de bolsillo, sin estera, sin cama, sin abrelatas, sin una postal descolorida, sin jabón, sin llave, sin bolsa de tabaco, sin ropa interior sucia y sin nada nada que hacer... sólo tenía una certeza: la incontrolada monstruosidad de sus manos. Se echó a llorar quedamente sentado en el bordillo de una pequeña ciudad del Medio Oeste preguntándose dónde estarían la ventana, y el río, y las tenues voces al otro lado mismo de la puerta...

A través de las lágrimas vio que los dedos ataban los cordones, cautelosamente al principio, rápidamente después. Los cuatro dedos de cada mano se fundieron con el tejido, se anudaron y empezaron a entrar y salir a través de los minúsculos ojales.

Cuando llegó el coche de la policía, Shadrack tenía un lacerante dolor de cabeza, que no pudo mitigar la tranquilidad que sintió cuando el policía le apartó las manos de lo que él consideraba un anudamiento permanente con los cordones de los zapatos. Le llevaron a la cárcel, detenido por vagancia y embriaguez, y le encerraron en una celda. Tumbado en el camastro, Shadrack sólo pudo quedarse mirando impotente el muro, paralizado por el dolor que sentía en la cabeza. Permaneció largo rato ahí echado, sufriendo, hasta que se dio cuenta de que estaba mirando unas letras pintadas que le ordenaban que se fuera a cojerse por el culo. Examinó la frase y notó que empezaba a ceder su dolor de cabeza.

Como un rayo de luna que se desliza bajo una persiana, comenzó a tomar cuerpo una idea: su anterior deseo de verse la cara. Buscó un espejo, pero no había ninguno. Finalmente, manteniendo cuidadosamente las manos detrás de la espalda, se acercó a la taza del inodoro y miró dentro. El sol caía irregularmente sobre el agua y no pudo ver nada. Volvió al camastro, cogió la manta y se cubrió la cabeza en un intento de oscurecer el agua lo suficiente como para poder ver su reflejo. En el agua del inodoro vio una cara negra y seria. De un negro tan nítido, tan inequívoco, que le sorprendió. Tenía la tímida aprehensión de no ser real, de no existir en absoluto. Pero

cuando se enfrentó con la indiscutible presencia de esa negritud, ya no deseó nada más. En su arranque de alegría, corrió el riesgo de dejar caer una punta de la manta y se miró las manos. Estaban quietas. Cortésmente quietas.

Shadrack se levantó y volvió al camastro, y allí se sumergió en el primer sueño de su nueva vida. Un sueño mucho más profundo que los narcóticos del hospital; más profundo que el corazón de las ciruelas; más seguro que las alas de un cóndor; más sereno que la curva de los huevos.

El sheriff contempló a través de los barrotes al joven de pelo crespo. Examinó los papeles de su prisionero y mandó llamar a un granjero. Cuando Shadrack se despertó, el sheriff le devolvió sus papeles y le condujo hasta la parte trasera de un carro. Shadrack subió y en menos de tres horas, ya que sólo se encontraba a treinta y cinco kilómetros de su ventana, de su tío y de sus tenues voces justo al otro lado de la puerta, estuvo de regreso en Medallion.

En la parte trasera del carro, sostenido por sacos de calabacines y montañas de calabazas, Shadrack inició una lucha que duraría doce días, una batalla para ordenar y situar las experiencias, asociadas a la necesidad de crear un espacio para el miedo como una forma de controlarlo. Conocía el olor de la muerte y le tenía pánico, porque no podía anticiparlo. Lo que le asustaba no era la muerte o el hecho de morir, sino lo inesperado de ambas cosas. Mientras intentaba encontrar una salida de todo ello, se le ocurrió que si se dedicase un día al año al asunto, todo el mundo podría quitárselo de encima y vivir el resto del tiempo seguro y sin problemas. Así fue como estableció el Día Nacional del Suicidio.

El tercer día de cada nuevo año atravesaba el Fondo bajando por Carpenter's Road con un badajo y una cuerda de verdugo en la mano, para convocar a la gente y hacerles saber que ese día se les ofrecía la única oportunidad de suicidarse o de matarse entre sí.

Al principio, los habitantes de la ciudad tuvieron miedo; sabían que Shadrack estaba loco, pero eso no significaba que sus palabras no tuvieran sentido o, cosa aún más importante, que no tuvieran poder. Tenía una mirada tan enloquecida, el pelo tan largo y enmarañado, y hablaba con tanta autoridad y con la voz tan atronadora que en la primera celebración del Día Nacional del Suicidio, en 1920, causó pánico. La siguiente celebración, en 1921, provocó menos miedo aunque continuó preocupando. Para esa fecha, la gente ya había tenido

ocasión de verle durante un año. Vivía junto al río, en una choza que había pertenecido a su abuelo, fallecido hacia ya tiempo. Los martes y los viernes vendía el pescado que había cogido por la mañana; el resto de la mañana se lo pasaba convertido en un borracho vocinglero, obsceno, divertido e insultante.

Pero nunca tocaba a nadie, nunca peleaba ni acariciaba. Cuando la gente comprendió los límites y la naturaleza de su locura, pudo en cierto modo integrarle en el panorama general de las cosas.

Luego, durante las siguientes celebraciones del Día Nacional del Suicidio, los adultos comenzaron a observarle desde detrás de las cortinas cuando hacía sonar su campana; un puñado de rezagados acele-raban el paso y los niños pequeños chillaban y echaban a correr. Los «piojosos» intentaron provocarle (aunque sólo tenía cuatro o cinco años más que ellos), pero pronto le dejaron, pues sus insultos eran zahirientemente personales.

Con el tiempo, la gente comenzó a prestar menos atención a esas celebraciones del 3 de enero, o mejor dicho, creían que no les prestaban atención, que el solitario desfile anual de Shadrack no provocaba en ellos ningún sentimiento o actitud. En realidad, habían dejado de prestar atención a la celebración por la sencilla razón de que ya la habían incorporado a su pensamiento, a su lenguaje, a sus vidas.

Una persona le decía a una amiga: «Desde luego tardaste mucho en parir a ese niño. ¿Cuánto tiempo estuviste de parto?»

Y la amiga le respondía: «Unos tres días. Los dolores me empezaron el Día del Suicidio y continuaron hasta el domingo siguiente. Nació un domingo. Todos mis chicos han nacido en domingo.»

Un enamorado le decía a su futura esposa: «Dejémoslo para después de Año Nuevo, en vez de casarnos antes. Me pagan el día de Nochevieja.»

Y su novia le contestaba: «Bueno, que no sea el Día del Suicidio. No tengo ganas de escuchar badajos mientras se esté celebrando la boda.»

La abuela de alguien afirmaba que sus gallinas siempre empezaban a poner huevos con doble yema inmediatamente después del Día del Suicidio.

Después, el reverendo Deal también terció en el asunto cuando declaró que las mismas personas que tenían el buen sentido de resistirse a la llamada de Shadrack luego se empeñaban en matarse a fuerza de beber o de correr detrás de las faldas. «Más les valdría hacerle caso a Shad y ahorrarle al Cordero el trabajo de la redención.»

Imperceptible, calladamente, el Día del Suicidio quedó incorporado al

tejido de la vida en el Fondo de Medallion, Ohio.

1920

Tenía que ser un lugar lo más alejado posible de la *Casa del Sol Poniente*. Y el sobrino de mediana edad de su abuela que vivía en una ciudad norteña llamada Medallion representaba la única oportunidad segura de que así fuera. Hacía dieciséis años que Helene Sabat y su abuela vivían atormentadas por las persianas rojas. Helene había nacido detrás de esas persianas, hija de una prostituta creole que trabajaba allí. La abuela se la llevó lejos de las luces tenues y las alfombras floreadas de la *Casa del Sol Poniente* para criarla bajo la mirada dolorida de una Virgen María policromada y le aconsejó que se mantuviera constantemente en guardia ante cualquier posible manifestación de la sangre desbocada de su madre.

Y así fue como, cuando Wiley Wright le hizo una visita a su tía abuela Cecile en Nueva Orleans, su arrobamiento ante la bonita Helene se convirtió, bajo las presiones de ambas mujeres, en una petición de mano. Él era marinero (o más bien navegante lacustre, pues trabajaba como cocinero en un barco de una de las líneas de los Grandes Lagos) y sólo pasaba en tierra tres días de cada dieciséis.

Se llevó a su nueva esposa a su ciudad de Medallion y la instaló en una preciosa casa con un porche de ladrillo y cortinas de encaje auténtico en la ventana. Helene Wright soportaba sin dificultad sus largas ausencias, sobre todo a partir del nacimiento de su hija, que se produjo al cabo de unos nueve años de matrimonio.

La niña le ofrecía mayor consuelo y sentido a su vida del que jamás había esperado encontrar en este mundo. Helene afrontó con todos los honores la experiencia de la maternidad, agradeciendo en el fondo de su corazón que la niña no hubiese heredado su gran belleza: que su piel tuviera el color de la noche, que sus pestañas fuesen espesas pero no de una longitud poco digna, que hubiese heredado la ancha nariz aplastada de Wiley (aunque Helene tenía la esperanza de mejorarla un poco) y sus generosos labios.

Bajo la supervisión de Helene, la niña creció obediente y educada. Cualquier muestra de entusiasmo de la pequeña Nel era moderada por su madre, hasta que consiguió sepultarle la imaginación.

Helene Wright era una mujer que infundía respeto, al menos en Medallion. La espesa cabellera recogida en un moño, los ojos oscuros con las cejas arqueadas en un perpetuo interrogante sobre los modales de los demás. Una mujer vencedora en todas las batallas socia-

les, gracias a su porte y a una firme fe en la legitimidad de su autoría. Puesto que entonces no había ninguna iglesia católica en Medallion, se afilió a la iglesia negra más conservadora. Y se convirtió en uno de sus puntales. Helene era la que jamás volvía la cabeza cuando alguien llegaba tarde a la iglesia: fue la introductora de la costumbre de adornar el altar con flores de temporada; ella instauró la celebración de banquetes de bienvenida para los veteranos negros que regresaban. Sólo perdió una batalla: la pronunciación de su nombre. Las gentes del Fondo se negaron a decir Helene. La llamaron Helen Wright y basta.

En conjunto, llevaba una vida satisfactoria. Le encantaba su casa y disfrutaba manipulando a su hija y a su marido. A veces, justo antes de dormirse, exhalaba un suspiro mientras se decía que ciertamente había puesto una considerable distancia entre la *Casa del Sol Poniente* y su persona.

De ahí que leyera con una enorme mezcla de emociones contradictorias una carta del señor Henri Martin en la que le describía la enfermedad de su abuela y le sugería que acudiese de inmediato. No quería ir, pero no se sentía con valor para ignorar la silenciosa súplica de la mujer que la había salvado.

Era el mes de noviembre. Noviembre de 1920. Incluso en Medallion se movían con victoriosa jactancia las piernas de los hombres blancos y se veía brillar con disimulado entusiasmo los ojos de los veteranos de color.

La idea del viaje al Sur le inspiraba profundos recelos a Helene, pero decidió que contaba con la mejor protección posible: sus modales y su porte, que completaría con un bonito vestido. Se compró un corte de paño marrón oscuro y tres cuartos de yarda de terciopelo a juego. Con este material se confeccionó un vestido elegante pero serio, con el cuello y los bolsillos de terciopelo.

Nel observó cómo su madre cortaba el patrón sobre un periódico, paseando velozmente la mirada del modelo de una revista a sus propias manos. La vio subir la llama de la lámpara de petróleo cuando se puso el sol, para continuar cosiendo hasta bien entrada la noche.

Cuando lo tuvieron todo a punto, Helene cocinó un jamón ahumado, dejó una nota para su marido, que estaba navegando por los lagos, por si desembarcaba antes de lo previsto, y echó a andar delante de su hija rumbo a la estación, con la cabeza alta y los brazos tensos por el peso del equipaje.

La caminata fue más larga de lo que recordaba y al doblar la esquina,

vieron que el tren empezaba a echar humo. Corrieron junto a la vía buscando el vagón que les había indicado el porteador de color. Incluso en esto se equivocaron. Helene y su hija entraron en un vagón ocupado por una veintena de hombres y mujeres blancos. En vez de dar media vuelta y volver a bajar los tres peldaños de madera, Helene decidió ahorrarse la vergüenza y pasar directamente al vagón reservado para los viajeros de color. Llevaba dos bultos y un bolso de malla; su hija, una cesta tapada con la comida. En el momento de abrir la puerta con el rótulo

SÓLO PASAJEROS DE COLOR,

vieron avanzar hacia ellas un revisor blanco. Hacía fresco, pero una leve película de sudor refulgió sobre la cara de la mujer mientras ella y la niña se esforzaban por mantener abierta la puerta, sujetar su equipaje y entrar en el vagón, todo a la vez. El revisor deslizó la mirada sobre la mujer de pálida tez amarilla y a continuación se introdujo el meñique en la oreja para quitarse la cera.

-¡Quién te has creído que eres, nena?

Helene levantó la mirada hacia él. Tan pronto. Tan pronto. Ni siquiera había empezado el viaje de regreso, el retorno a la casa de su abuela en la ciudad donde refulgían las persianas rojas, y ya la habían llamado «nena». Todas las antiguas vulnerabilidades, todos los viejos temores de ser, en cierto modo, defectuosa se acumularon en su estómago y le hicieron temblar las manos. Sólo oyó esa palabra, que quedó suspendida sobre su sombrero de ala ancha, que, con el esfuerzo se le había escurrido de su cuidadosamente equilibrada posición y ahora le caía ligeramente ladeado sobre un ojo.

Como creyó que el hombre le pedía los billetes, dejó caer rápidamente la maleta de piel de becerro y la de mimbre para buscarlos en el bolso. Las ansias de complacer y las disculpas por estar viva confluyeron en su voz:

-Los tengo aquí mismo, en alguna parte, señor...

El revisor examinó la pizca de cera que había recogido su uña.

¿Qué hacías ahí atrás? ¿Qué hacías en ese coche?

Helene se humedeció los labios.

-Oh... yo... -Su mirada se dirigió más allá de la cara del hombre blanco para posarse en los pasajeros sentados detrás. Cuatro o cinco caras negras la observaban, dos de ellas eran soldados todavía en sus uniformes color mierda y sus gorras de pico. Vio sus rostros inescrutables, sus miradas impenetrables y se volvió intentando encontrar

compasión en los ojos grises del revisor.

-Nos equivocamos, señor. No había ningún cartel. Nos equivocamos de vagón, señor, eso es todo.

-En este tren no permitimos equivocaciones. Vamos, mueve el culo y métete ahí dentro.

Se la quedó mirando hasta que ella comprendió que quería que se hiciera a un lado. Cogiendo a Nel por el brazo, se comprimió junto con su hija en el hueco libre frente a un banco de madera. Y entonces, por ninguna razón explicable, al menos por ninguna razón comprensible para nadie y desde luego por ninguna razón que Nel pudiera comprender, ni entonces ni más adelante, su madre sonrió. Como un perrito callejero que meneaba la cola en el umbral mismo de la carnicería de la que acaba de ser expulsado a patadas sólo segundos antes, Helene sonrió. Esbozó una deslumbrante y coqueta sonrisa bajo la cara color salmón del revisor.

Nel apartó los ojos de la exhibición de la bonita dentadura para posarlos en los demás pasajeros. Los dos soldados negros, que habían estado contemplando la escena con aparente indiferencia, tenían ahora un aire afligido. A las espaldas de Nel brillaba la luminosa y deslumbradora sonrisa de su madre; frente a ella tenía los ojos de medianoche de los soldados. Vio contraerse los músculos de sus caras, un temblor bajo la piel que la trocó de sangre en mármol jaspeado. La expresión de los ojos se mantuvo inmutable, sólo velados por una dura humedad al ver ensancharse la sonrisa tonta de su madre.

Cuando un portazo marcó la salida del revisor, Helene echó a andar por el pasillo en busca de un asiento. Dio una breve mirada a su alrededor esperando que alguno de los hombres quisiera ayudarla a colocar las maletas en el portaequipajes. Ninguno se movió. Helene se sentó aparatosamente, de espaldas a los hombres. Nel se sentó al otro lado, de cara a su madre y a los soldados, sin atreverse a mirar ni a una ni a otros. Le alegraba y le avergonzaba a la vez la intuición de que esos hombres -a diferencia de su padre, que idolatraba a su elegante y hermosa esposa- bullían de rabia contra su madre, con un odio que no existía al principio, sino que había sido engendrado por la deslumbrante sonrisa.

Durante el silencio que precedió a la primera sacudida del tren, Nel hundió la mirada en los pliegues del vestido de su madre. No se atrevía a correr el riesgo de deslizarla más arriba por temor a descubrir que se le habían desabrochado los corchetes y ojales del delantero, dejando en evidencia la piel color flan que había debajo. Se quedó mirando el dobladillo de la falda, deseosa de creerlo pesado, pero cons-

ciente de que cuanto cubría era de flan. Si esa mujer alta y altiva, esa mujer tan exigente con sus amistades que entraban en la iglesia con una elegancia inigualable, y que podía apaciguar a un gañán con una mirada estaba realmente hecha de flan, entonces cabía la posibilidad de que Nel también lo estuviera.

En ese tren, mientras avanzaban lentamente hacia Cincinnati, Nel tomó la decisión de mantenerse en guardia... siempre. Quería tener la seguridad de que ningún hombre la miraría jamás de ese modo. Que ningún par de ojos de medianoche ni ninguna piel jaspeada la insultarían jamás transformándola en gelatina.

Estuvieron viajando durante dos días: dos días en que contemplaron la transformación de la cellisca en lluvia y luego en purpúreas puestas de sol, y una noche acurrucadas sobre los bancos de madera (las cabezas recostadas sobre los abrigos doblados), procurando no oír los ronquidos de los soldados. Cuando cambiaron de tren en Birmingham para el último trecho del viaje, se dieron cuenta del lujo con el que habían viajado en Kentucky y Tennessee, donde todas las estaciones estaban provistas de lavabos para las gentes de color. A partir de Birmingham no encontraron ni uno. Helene tenía la cara tensa por la necesidad y su malestar llegó a ser tan intenso que finalmente se decidió a comentarle su problema a una mujer negra con cuatro criaturas que habían subido en Tuscaloosa.

-¿Sabe dónde podríamos encontrar un lavabo?

La mujer se la quedó mirando con cara de no entenderla.

-El lavabo -repitió Helene. Y luego, en un susurro-: El retrete.

La mujer señaló un punto al otro lado de la ventana y dijo:

-Sí, señora. Ahí.

Helene se asomó a la ventana medio esperando ver una construcción a lo lejos; pero sólo vio unos árboles verdegrises inclinados sobre una maraña de hierba.

-¿Dónde?

-Allí -dijo la mujer-. En Meridian. Enseguida llegaremos. -Después le sonrió con simpatía y le preguntó-: ¿Podrá aguantar?

Helene asintió con la cabeza y volvió a su asiento procurando pensar en otras cosas, pues la manera más segura de sufrir un accidente sería el recuerdo de su vejiga llena.

En Meridian, las mujeres bajaron con sus hijos. Mientras Helene recorría el minúsculo edificio de la estación buscando una puerta con el letrero MUJERES DE COLOR, las demás mujeres se alejaron en direc-

ción a un campo de hierbas altas al otro lado de la vía. Algunos hombres blancos estaban recostados en la barandilla de la estación. Algo más que la expresión burlona con que mordisqueaban sus palillos indujo a Helene a abstenerse de pedirles información. Buscó a la otra mujer con la mirada y cuando vio asomar entre la hierba la parte superior de su pañuelo, empezó a comprender poco a poco qué significaba «allí». Todo el grupo, la gruesa mujer y sus cuatro hijos, tres chicos y una niña, Helene y su hija, se agacharon allí, bajo el sol que caía sobre Meridian a las cuatro de la tarde. Volvieron a hacer lo mismo en Ellisville y de nuevo en Hattiesburg y, cuando llegaron a Slidell, a poca distancia del lago Pontchartrain, Helene no sólo era ya tan experta en doblar hojas como la mujer gruesa, tampoco experimentaba ni el más leve temblor al pasar frente a las miradas turbias de los hombres que permanecían de pie como truncadas columnas dóricas bajo el techo de las estaciones de esas ciudades.

La exaltación que le infundió ese triunfo se esfumó rápidamente cuando el tren entró, por fin, en Nueva Orleans.

La casa de Cecile Sabat se recostaba en los Campos Elíseos entre otras dos idénticas a ella. De construcción chapucera, en un estilo afrancesado, contaba con un magnífico jardín en la parte trasera y una minúscula verja de hierro forjado delante. Sobre la puerta colgaba una corona funeraria de crespón negro con una cinta encarnada. Llegaban demasiado tarde. Helene levantó la mano para tocar la cinta, se quedó indecisa, y llamó a la puerta. Les abrió un hombre que vestía una camisa sin cuello. Helene se presentó y él dijo que era Henri Martin y que había acudido para hacerse cargo de los preparativos. Entraron en la casa. La Virgen María apareció tres veces con las manos unidas frente al pecho en la salita y una vez más en el dormitorio donde yacía el cuerpo de Cecile. La anciana había muerto sin ver a su nieta ni darle su bendición.

No parecía haber nadie en la casa aparte del señor Martin, pero un olor dulzón, como a gardenias, les indicó que otra persona había estado allí. Mientras se secaba las pestañas con un pañuelo blanco, Helene cruzó la cocina en dirección a la habitación trasera donde había dormido durante diecisiete años. Nel la siguió, cautivada por el olor, las velas y el ambiente poco familiar. Cuando Helene se agachó para soltarle el lazo del sombrero, una mujer vestida de amarillo pasó del jardín al porche trasero que comunicaba con el dormitorio.

Las dos mujeres se miraron, sin que en los ojos de ninguna de las dos se trasluciera señal alguna de que se habían reconocido. Luego Helene

dijo:

-Nel, ésta es m... abuela.

Nel miró a su madre y después se volvió brevemente hacia la puerta que acababan de cruzar.

-No. Ésa era tu bisabuela. Esta es tu abuela. Mi... madre.

Antes de que la niña pudiera pararse a pensar, sus palabras quedaron flotando en el aire perfumado de gardenias.

-Pero parece tan joven.

La mujer del vestido amarillo canario se rió y dijo que tenía cuarenta y ocho años, «soy una vieja de cuarenta y ocho».

De modo que el olor de gardenias procedía de ella. De esa diminuta mujer que tenía la suavidad y el fulgor de un canario. En esa casa sombría que albergaba cuatro Vírgenes Marías, con la muerte que suspiraba en cada esquina y el chisporroteo de las velas, el olor a gardenias y el vestido amarillo canario subrayaban el ambiente fúnebre que las rodeaba.

La mujer sonrió, se miró de reojo en el espejo y dijo, dirigiendo la voz hacia Helene:

-¿Sólo tienes ésta?

-Si -respondió Helene.

-Es bonita. Se parece mucho a ti.

-Sí. Bueno. Ya tiene diez años.

-¿Diez años? *Vrai?* Parece pequeña para su edad, ¿no?

Helene se encogió de hombros y se volvió hacia los ojos interrogantes de su hija. La mujer del vestido amarillo se inclinó.

-Ven, *citiére*, ven.

Helene la interrumpió.

-Tenemos que lavarnos. Llevamos tres días en el tren sin poder lavarnos ni...

-*Comment t'appelle?*

-No habla creole.

-Entonces pregúntaselo tú.

-Quiere saber tu nombre, cariño.

Nel se lo dijo, con la cabeza pegada al grueso vestido marrón de su madre, y después le preguntó:

-¿Y tú cómo te llamas?

-Me llamo Rochelle. Bueno. Tengo que irme. -Se acercó más al espejo y empezó a recogerse los pelos sueltos de la nuca en un moño en forma de corona y a humedecerse con saliva los riches que le caían por encima de las orejas-. He estado casi todo el día aquí, ¿sabes? Murió ayer. El funeral será mañana. Henri se ocupa de todo. -

Encendió un fósforo, lo sopló y se oscureció las cejas con la punta quemada, bajo la mirada de Helene y de Nel. Helene estaba furiosa por las hojas dobladas que había soportado, por los bancos de madera en los que había dormido, y todo para no llegar a tiempo de ver a su abuela y encontrarse en cambio con ese canario pintarrajeado que no le había dicho ni una palabra de bienvenida ni de cariño ni...

-No sé qué será de la casa -siguió diciendo Rochelle-. Hace tiempo que está pagada. ¿Has estado pensando en ella? Oui? -Interrogó a Helene con sus cejas recién pintadas.

-Oui. -Helene habló con voz glacial-. He estado pensando en ella.

-Oh, bueno. No es asunto mío...

Se dio bruscamente la vuelta y abrazó a Nel; un abrazo rápido, más apretado y más duro de lo que habría cabido esperar de sus delgados y suaves brazos.

-*Voir! Voir!*-Y desapareció.

En la cocina, mientras su madre la enjabonaba de pies a cabeza, Nel aventuró un comentario:

-Oía tan bien. Y tenía la piel tan suave.

Helene enjuagó la toallita.

-Las cosas muy manoseadas siempre son suaves.

-¿Qué quiere decir?

-No lo sé -respondió su madre-. No hablo creole. -Posó la mirada en las nalgas húmedas de su hija-. Y tú tampoco.

Cuando regresaron a Medallion y entraron en la casa silenciosa, encontraron la nota exactamente donde la habían dejado y el jamón seco en la nevera.

-Señor, en mi vida me había alegrado tanto de estar en esta casa. Pero mira el polvo. Ve a buscar los trapos, Nel. Oh, no importa, déjalo. Respiremos un poco primero. Señor, jamás creí que conseguiría volver sana y salva. Uff. Bueno, todo ha terminado. Definitivamente. Alabado sea su nombre. ¿Has visto esto? Le dije a ese viejo estúpido que no nos dejara la leche y ahí está la lechera llena de leche cortada sin remedio. ¿Qué le pasa a la gente? Le dije que no la dejara. Bueno, esto no es lo que más me preocupa ahora. Vamos a encender el fuego. Lo dejé preparado para que sólo faltara acercarle una cerilla. Señor, qué frío hace. No te quedes ahí sentada, cariño. Pareces embobada...

Nel se había quedado sentada en el sofá escuchando a su madre pero, mientras tanto, recordaba el olor y el apretado, muy apretado

abrazo de aquella mujer de amarillo que se pasaba fósforos quemados por encima de los ojos.

Tarde por la noche, cuando ya habían encendido el fuego, habían comido la cena fría y quitado la capa superficial de polvo, Nel, acostada en su cama, recordó el viaje; recordaba claramente la orina que se le escurría por las piernas y le mojaba las medias hasta que aprendió a agacharse como es debido, el hastío en la cara de la muerta y el sonido de los tambores fúnebres. Había sido un viaje estimulante pero, también, angustioso. La habían asustado las miradas de los soldados en el tren, la corona negra encima de la puerta, el flan que crecía, escondido debajo del vestido grueso de su madre, el contacto con calles y personas desconocidas. Pero había hecho un viaje de verdad y ahora era otra. Se levantó de la cama y encendió la luz para mirarse en el espejo. Vio su cara, un par de ojos vulgares, tres trenzas y la nariz que su madre detestaba. Estuvo mirándose un largo rato y de pronto la sacudió un estremecimiento.

-Soy yo -susurró-. Yo.

Nel no sabía exactamente qué quería decir con eso pero, al mismo tiempo, lo sabía perfectamente.

-Soy yo. No soy su hija. No soy Nel. Soy yo. Yo.

Cada vez que repetía la palabra yo, sentía acumularse dentro de ella algo parecido a una fuerza, a una alegría, a un miedo.

De vuelta en la cama con su descubrimiento, se quedó contemplando el oscuro follaje del castaño de indias a través de la ventana.

-Yo -murmuró. Y luego, arrebujiándose más abajo de las colchas-. Quiera.. quiero ser... maravillosa. Oh, Jesús, hazme maravillosa.

Las múltiples experiencias de su viaje se arremolinaron a su alrededor. Se durmió. Esa sería la última vez -además de la primera- que saldría de Medallion.

Continuó imaginando durante días otros viajes que pensaba hacer, pero sola, a lugares distantes. Era una delicia proyectarlos. Alejarse de Medallion sería su meta. Pero eso fue antes de conocer a Sula, la niña que veía desde hacía cinco años en la escuela primaria Garfield pero con quien nunca había jugado, a la que nunca había llegado a conocer porque su madre decía que la madre de Sula era «tiznosa». El viaje, quizás, o su recién descubierta yoidad, le dieron fuerzas para cultivar una amistad a pesar de su madre.

Después de la primera visita de Sula a la casa de los Wright, el odio agriado de Helene se hizo mantequilla. La amiga de su hija no parecía haber heredado nada del desaliño de la madre. Nel, que detestaba la

opresiva pulcritud de su casa, se sentía cómoda allí en compañía de Sula, a quien aquello le encantaba y era capaz de pasarse de diez y hasta veinte minutos seguidos sentada en el sofá, callada como el alba. Nel, en cambio, prefería el desorden de la casa de Sula, donde siempre había un caldero con alguna cosa que hervía en la cocina; donde la madre, Hannah, nunca reñía ni daba órdenes; donde entraba todo tipo de gente; donde los diarios se apilaban en la entrada y los platos sucios permanecían abandonados durante horas en el fregadero, y donde una abuela con una sola pierna, llamada Eva, le ofrecía a una cacahuete que extraía de las profundidades de sus bolsillos o le interpretaba un sueño.

1921

Sula Peace vivía en una casa de muchas habitaciones, construida a lo largo de un período de cinco años siguiendo las instrucciones de su dueña, quien continuamente le añadía nuevas ampliaciones: más escaleras -había tres distintas para subir al segundo piso-, más habitaciones, puertas y galerías. Había habitaciones con tres puertas, otras que daban sólo al porche y a las que no se podía entrar desde ningún otro lugar de la casa; otras a las que únicamente se podía llegar pasando por el dormitorio de otra persona. La creadora y soberana de esa enorme casa, con los cuatro perales en el patio delantero y el olmo solitario en el patio trasero, era Eva Peace, que permanecía sentada en un carrito en el tercer piso y desde allí dirigía las vidas de sus hijos, amigos, allegados y un constante flujo de realquilados. En la ciudad había menos de nueve personas que recordasen el tiempo en que Eva tenía dos piernas y su hija, Hannah, no vivía con ellos. A menos que Eva misma introdujese el tema, nadie mencionaba jamás su invalidez; fingían ignorarla, excepto cuando a ella le cogía la vena fantasiosa y empezaba a contar alguna historia terrible al respecto, en general para entretener a los niños. Que un día la pierna se había levantado y había echado a andar sola. Que ella la había perseguido renqueando, pero la pierna corría demasiado deprisa. O que tenía un callo en el dedo gordo que había empezado a crecer y crecer sin parar hasta que todo el pie quedó convertido en un callo, y después empezó a subirle pierna arriba y no paró de crecer hasta que se hizo una ligadura por encima con un trapo rojo, pero para entonces ya le llegaba a la altura de la rodilla.

Hubo quien decía que Eva había metido la pierna debajo de las ruedas de un tren y había pasado la factura. Otro dijo que la había ven-

dido a un hospital por 10.000 dólares; el señor Reed se quedó boquiabierto al oírlo y preguntó: «¿Las piernas de negra se pagan a 10.000 dólares cada una?», como si pudiera entender que se cotizasen a 10.000 dólares el par, ¿pero una sola?

Fuera cual fuese la suerte que hubiera corrido su pierna perdida, la que le quedaba era magnífica. Siempre la llevaba cubierta con una media y calzada, hiciese el tiempo que hiciese. De vez en cuando le regalaban una zapatilla, en Navidad o el día de su cumpleaños, pero pronto desaparecía, puesto que Eva siempre llevaba un botín con cordones que le llegaba muy por encima del tobillo. Tampoco usaba faldas exageradamente largas para disimular el hueco del lado izquierdo. Llevaba faldas hasta media pantorrilla que dejaban siempre visible su antaño seductora pierna y también el largo precipicio debajo de su muslo izquierdo. Uno de sus amigos le había construido una suerte de silla de ruedas: la parte superior de una mecedora montada sobre un gran carrito de juguete. En este artilugio se movía por su cuarto, desde la cama al tocador y hasta el balcón que se abría en el lado norte o hasta la ventana que daba al patio trasero. El carrito era tan bajo que los ojos de los niños que le hablaban de pie quedaban a la misma altura que los suyos, y los adultos, estuvieran de pie o sentados, tenían que mirarla de arriba abajo. Aunque no se daban cuenta: a todos les parecía que la miraban desde abajo, que tenían que levantar la vista para alcanzar las distancias abiertas de sus ojos, penetrando por sus suaves fosas nasales negras o trepando por la cresta de su barbilla.

Eva se casó con un hombre llamado BoyBoy y tuvo con él tres hijos: Hannah, la mayor, y Eva, a la que bautizó con su nombre aunque la llamaba Pearl, y un hijo llamado Ralph, al que llamaba Plum (ciruela).

Pasados cinco años de triste y mal ajustado matrimonio, BoyBoy se marchó. Durante el tiempo que permanecieron juntos, él vivía muy preocupado por las mujeres y no paraba demasiado en casa. Hacía cuanto le apetecía y tenía ocasión de hacer, y lo que más le gustaba era corretear detrás de las mujeres, luego seguía la bebida y, en tercer lugar, maltratar a Eva. Cuando se fue, en el mes de noviembre, Eva tenía un dólar con sesenta y cinco, cinco huevos, tres remolachas y ni la menor idea de qué debía sentir o cómo debía sentirse. Sus hijos la necesitaban y ella necesitaba dinero y seguir viviendo. Pero el problema de alimentar a sus tres hijos era tan apremiante que tuvo que aplazar su indignación durante dos años, hasta que pudo dispo-

ner de tiempo y energías para darle rienda suelta. Estaba desorientada y desesperadamente hambrienta. Entonces, en esa parte baja de las colinas vivían muy pocas familias negras. Los Suggs, que tenían su casa cien metros camino abajo, le llevaron un plato de guisantes calientes y una bandeja de pan frío en cuanto se enteraron. Eva les dio las gracias y les preguntó si tendrían un poco de leche para las niñas mayores. Respondieron que no, pero sabían que la señora Jackson tenía una vaca que todavía daba leche. Eva cogió un cubo y la señora Jackson le dijo que volviera por la mañana, porque esa noche ya habían terminado de ordeñar. Así siguieron viviendo hasta casi llegado diciembre. La gente estaba dispuesta a ayudarla, pero Eva intuía que su benevolencia pronto tocaría fondo; los inviernos eran duros y sus vecinos no estaban en mejor situación que ella. Acostada en la cama con el bebé, las dos niñas en el suelo envueltas en colchas, Eva se dedicó a pensar. La mayor, Hannah, tenía cinco años y era demasiado pequeña para cuidar sola del bebé, y cualquier empleo doméstico que pudiera conseguir la mantendría alejada de casa desde las cinco y media de la madrugada, o antes, hasta bien pasadas las ocho de la noche. Los blancos del valle no eran lo bastante ricos como para tener criadas: eran pequeños agricultores y comerciantes y, como máximo, querían alguien que les ayudase con los trabajos pesados. También pensó en la posibilidad de volver junto a algunos de los suyos en Virginia, pero regresar a casa con tres niños pequeños era, para Eva, el último recurso antes de la muerte. Tendría que buscarse la vida como pudiera y continuar mendigando hasta el final del invierno, hasta que su bebé tuviera al menos nueve meses; entonces podría sembrar algo y tal vez conseguir algún trabajito en las granjas del valle, arrancando hierbas malas o sembrando o dando de comer a los animales hasta que surgiera algo más estable en el tiempo de la cosecha. Se dijo que probablemente había sido una estupidez dejar que BoyBoy la alejase de su familia, pero entonces él le había parecido muy correcto. BoyBoy trabajaba para un carpintero y herrero blanco que se empeñó en que le acompañase cuando se trasladó al oeste para instalarse en un apiñado pueblo llamado Medallion. BoyBoy se llevó a su recién adquirida esposa y construyó una cabaña de una sola pieza para los dos, a veinte metros del camino que subía serpenteando desde el valle para adentrarse en las colinas y que llevaba el nombre del oficio del hombre para quien trabajaba. Pasó un año antes de que tuvieran una letrina.

Un poco antes de mediados de diciembre, el bebé, Plum, dejó de ir de vientre. Eva le hizo friegas en la barriga y le dio agua caliente. Debe

haber pasado algo con mi leche, pensó. La señora Suggs le dio aceite de castor, pero tampoco le hizo efecto. Además, el niño lloraba y se retorció, así que tampoco pudieron hacerle tragar gran cosa. Parecía sufrir mucho y daba fuertes gritos ultrajados y doloridos. De pronto, enfebrecido por su propio llanto, se le cortó la respiración y pareció que iba a morir ahogado. Eva corrió a su lado y derribó el orinal de barro, inundando una pequeña parte del suelo con la orina del niño. Consiguió calmarlo pero, cuando entraba la noche empezó a llorar otra vez, Eva decidió acabar de una vez con su sufrimiento. Lo envolvió en una manta, pasó el dedo por los recovecos y las paredes interiores de la lata de manteca y se lo llevó dando traspies hasta la letrina. Allí, en medio de su profunda oscuridad y su glacial hedor, se puso en cuclillas, colocó al niño boca abajo sobre sus rodillas, le destapó las nalgas y le introdujo en el ano el último resto de comida que tenía en el mundo (aparte de las tres remolachas). Suavizando la penetración con la manteca, intentó aflojar las heces con el dedo medio. Su uña enganchó lo que parecía un guijarro; extrajo uno y después otros. Plum dejó de llorar mientras las negras y duras deposiciones iban cayendo como un rosario sobre el suelo helado. Y cuando todo hubo terminado, Eva se quedó pensando, ahí en cuclillas, por qué había salido hasta allí para soltarle las heces y qué estaba haciendo ahí agachada dándole calor con su cuerpo a su adorado niño en medio de una oscuridad casi total, con los tobillos y los dientes helados y la nariz asediada. Sacudió la cabeza como para darles un meneo a los sesos y luego exclamó en voz alta:

-Uh, uh. Nooo. -Y regresó a su casa y a su cama. Y mientras el aliviado Plum dormía, el silencio le permitió pensar.

Dos días después, dejó a todos sus hijos con la señora Suggs, diciendo que volvería el día siguiente.

Dieciocho meses más tarde, descendió de un carro con dos muletas, una nueva billetera negra y una pierna. Primero fue a recuperar a sus hijos, a continuación le entregó un billete de diez dólares a la sorprendida señora Suggs y luego comenzó a construirse una casa junto a Carpenter's Road, a veinte metros de la cabaña de una pieza de BoyBoy, que alquiló.

Cuando Plum tenía tres años, BoyBoy volvió a la ciudad y le hizo una visita. Cuando supo que se dirigía hacia su casa, Eva preparó limonada. No tenía la menor idea de qué haría o sentiría durante el encuentro. ¿Lloraría, le cortaría el pescuezo, le suplicaría que le hiciera el amor? Imposible imaginarlo. Sólo le quedaba esperar. Preparó limo-

nada en un jarro verde y le esperó.

BoyBoy subió brincando las escaleras y llamó a la puerta.

-Adelante -gritó ella.

El abrió la puerta con naturalidad y se quedó sonriente en el umbral, hecho una imagen de prosperidad y de buena voluntad. Llevaba zapatos color naranja brillante y un sombrero de paja de los de ciudad, un traje azul claro y un alfiler de corbata con una cabeza de gato. Eva sonrió y le invitó a sentarse. Él le devolvió la sonrisa.

-¿Cómo te ha ido la vida, niña?

-No mal del todo. ¿Qué cuentas de nuevo? -Al oír salir esas palabras de su boca, Eva comprendió que su conversación empezaría con buenos modales. Aunque todavía estaba por ver si no acabaría atravesándole la cabeza al gato con el punzón del hielo. Sírvete un poco de limonada.

-Si no te importa. -Se quitó el sombrero con aire satisfecho. Llevaba las uñas muy largas y brillantes-. Hace calor de verdad y he estado correteando de acá para allá durante todo el día.

Eva miró al otro lado de la puerta mosquitera y vio a una mujer con un vestido color verde guisante recostada contra el peral más pequeño. Cuando se volvió a mirarlo, su cara le recordó la que ponía Plum las veces en que conseguía sacar él solito una nuez de la cáscara. Eva sonrió otra vez y sirvió la limonada.

Conversaron amigablemente: ella le puso al día de todos los chismorreos, mientras él le preguntaba por tal y por cual, evitando, como todo el mundo, cualquier referencia a su pierna.

Fue como hablar con el primo de alguien que hubiera entrado un momento a saludarla antes de regresar al lugar de donde había venido. BoyBoy no preguntó por los niños ni pidió verlos y Eva no los introdujo en la conversación.

Al cabo de un rato, él se levantó para despedirse. Bajó bailoteando las escaleras, hablando de sus compromisos y exudando olor a dinero nuevo y a ocio, y se reunió jactancioso con la del vestido verde guisante. Eva lo observaba. Examinó la nuca y la posición de los hombros. Debajo de todo su fulgor vislumbró la derrota en el eje del cuello y en la curiosa rigidez de sus hombros. Pero seguía sin saber exactamente qué sentía. Entonces él se inclinó y le susurró algo al oído a la mujer del vestido verde. Ella se quedó callada un instante y luego echó atrás la cabeza y se rió. Una risa aguda, de gran ciudad, que a Eva le recordó Chicago. La risa cayó como una maza sobre ella y entonces supo lo que sentía. Un Líquido hilillo de odio comenzó a inundarle el pecho.

La seguridad de que le odiaría durante largo tiempo y a conciencia la llenó de placentera expectación, como cuando una sabe que va a enamorarse de alguien y aguarda la aparición de las venturosas manifestaciones. El odio a BoyBoy le permitiría seguir adelante, contando con la seguridad, el estímulo, la consistencia de ese odio durante tanto tiempo como quisiera o mientras necesitase su definición y su fuerza, o su protección para hacer frente a las vulnerabilidades cotidianas. (Una vez que Hannah la acusó de odiar a las personas de color, Eva replicó que sólo odiaba a una, al padre de Hannah, BoyBoy, y que ese odio era lo que la mantenía viva y feliz.)

Feliz o no, después de la visita de BoyBoy comenzó a recluirse en su dormitorio, dejando cada vez más la planta baja de la casa en manos de quienes vivían allí: primos que estaban de paso, vagabundos y las muchas, muchísimas parejas de recién casados a quienes alquilaba habitaciones con derecho a cocina. A partir de 1910, sólo una vez pisó las escaleras por propia voluntad y entonces lo hizo para prender un fuego cuyo humo continuaría impregnándole el pelo durante años.

Entre los inquilinos de ese viejo caserón figuraban los niños adoptados por Eva. Guiándose por unas pautas personales de preferencias y prejuicios, mandaba a buscar a determinados niños que había visto desde el balcón de su habitación o cuyas circunstancias habían llegado a sus oídos por boca de los viejos chismosos que la visitaban para jugar a las damas o leer el Courier o anotar su número en las apuestas. En 1921, cuando su nieta Sula había cumplido once años, Eva tenía tres de esos niños. Llegaron provistos de gorras de lana y con nombres que les habían puesto sus madres o sus abuelas o la amiga íntima de alguien. Eva les arrancó las gorras de la cabeza e hizo caso omiso de los nombres. Examinó atentamente al primer niño, sus muñecas, la forma de su cabeza y el carácter que se reflejaba en sus ojos y anunció:

-Bueno, aquí tenemos a Dewey. Vaya, vaya, vaya.

Y volvió a decir lo mismo cuando, más tarde pero ese mismo año, mandó buscar a un niño que continuamente se estaba cayendo del porche de la casa de enfrente.

-Pero, miss Eva -le hizo notar alguien-, ya llama Dewey al otro.

-Bueno, ¿y qué? Ahora tenemos uno más.

Cuando le llevaron el tercero y Eva volvió a llamarlo «Dewey», todo el mundo creyó que, simplemente, no se le ocurrían otros nombres o que por fin había empezado a perder facultades.

-¡Y cómo los distinguiremos? -le preguntó Hannah.

-¿Para qué quieres distinguirlos? Todos son Deweys.

La pregunta de Hannah pareció bastante tonta, pues cada uno de los niños presentaba marcadas diferencias con los otros dos. Dewey uno era un negrito de piel muy oscura con una cabeza bien formada y los ojos dorados de las personas con ictericia crónica. Dewey dos tenía la piel clara y cubierta de pecas y una apretada mata de pelo rojo. Dewey tres era medio mexicano, con la piel color chocolate y una lisa melena negra. Además, se llevaban uno y dos años y medio entre sí. Fue Eva -a fuerza de decir cosas como «Que uno de los Deweys vaya a comprarme un poco de Garret; si no hay, que me traiga Buttercup», o «Decidles a los Deweys que dejen de hacer ruido», o «Tú, Dewey, ven aquí», y «Mandadme a un Dewey. -quien acabó dándole sentido a la pregunta de Hannah.

Poco a poco, cada niño fue saliendo de la forma larvaria que tenía en el momento de ser cedido por su madre o por quien fuese, para aceptar el punto de vista de Eva, convirtiéndose en un Dewey no sólo de nombre, sino también de hecho, uniéndose a los otros dos para formar una trinidad con un nombre polivalente... inseparables, sin apego a nada ni a nadie fuera de ellos mismos. Cuando se desprendió la manija de la nevera, los tres Deweys recibieron una paliza y contemplaron en silencio sus pies con los ojos secos mientras levantaban los traseros para recibir los azotes. Cuando al Dewey de ojos dorados le llegó el momento de empezar la escuela, se negó a ir sin los demás. Tenía siete años; el Dewey pecoso, cinco, y el Dewey mexicano, sólo cuatro. Eva resolvió el problema mandándolos a todos juntos.

-Pero hay uno que sólo tiene cuatro años -protestó el señor Buckland Reed.

-¿Cómo lo sabe? Aquí llegaron los tres el mismo año -replicó Eva.

-Pero ése tenía un año cuando Llegó, y eso fue hace tres años.

-Usted no sabe qué edad tenía cuando llegó y la maestra tampoco lo sabe. Que vayan todos.

La maestra se mostró sorprendida pero no incrédula; había renunciado hacía ya tiempo a intentar comprender las costumbres de las gentes de color de la ciudad. De modo que cuando la señora Reed le dijo que se llamaban Dewey King, que eran primos y que los tres tenían seis años, la maestra sólo dejó escapar un minúsculo suspiro y los inscribió en el primer curso. También ella creyó que no tendría dificultad para distinguirlos, ya que no se parecían en absoluto, pero, como ya les había ocurrido a todos los demás, fue viéndose progresivamente incapaz de determinar cuál era cuál. Los Deweys se resistían a de-

jarse diferenciar. Se le confundió la imagen mental de los tres hasta que por fin acabó resultándole literalmente imposible creer lo que veían sus ojos. Los tres hablaban con una sola voz, pensaban como uno y mantenían una molesta cerrazón. Valientes, ariscos y totalmente impredecibles, los Deweys conservaron siempre su misterio, no sólo durante todo el tiempo que vivieron en Medallion sino incluso después.

Los Deweys llegaron en 1921, pero el año antes Eva le había cedido un cuartito junto a la cocina a Tar Baby, un hombre guapo, menudo y callado que siempre hablaba en susurros. La mayoría de la gente decía que era mitad blanco, pero Eva afirmaba que era blanco del todo. Que ella distinguía la sangre negra a primera vista y que ese hombre no tenía ni una gota. Al principio de llegar a Medallion, la gente le llamaba Pretty Johnnie, pero Eva vio su piel lechosa y su pelo de paja y, medio en broma, medio por perversidad, le apodó *Tar Baby* (muñeco de alquitrán). Era un montañés reservado que no molestaba a nadie y dedicaba todas sus energías a la tarea de emborracharse hasta morir. Al principio trabajaba en una pollería y, cuando volvía a casa, después de un día entero retorciéndoles el cuello a los pollos, se dedicaba a beber hasta dormirse. Más tarde empezó a faltar algunos días al trabajo y a menudo no le alcanzaba el dinero para pagar el alquiler. Cuando perdió definitivamente el empleo, salía por la mañana a buscarse la vida haciendo trabajitos, mendigando o lo que fuera, y luego volvía a casa para beber. Nadie le encontraba molesto, pues no era pesado; comía poco, no pedía nada y le gustaba el vino barato. Además, a menudo acudía a los rezos de los miércoles por la noche y cantaba *In the Sweet ByandBy* con una voz de montañés increíblemente melodiosa. Mandaba a los Deweys a buscar su licor y se pasaba la mayor parte del tiempo hecho una bola en el suelo o sentado en una silla de cara a la pared.

Hannah se preocupaba un poco por él, pero sólo muy poquito. En efecto, muy pronto resultó evidente que sólo buscaba un lugar donde poder morir en privado pero no completamente solo. A nadie se le ocurrió sugerirle que hiciese un esfuerzo para no seguir de ese modo o que fuese a ver un médico, o algo. Ni siquiera las mujeres, que lloraban cuando cantaba *In the Sweet ByandBy* en los rezos, intentaron hacerle participar nunca en las actividades de la iglesia. Se limitaban a escucharle cantar y a llorar y a pensar muy gráficamente en su propia muerte inminente. La gente aceptaba la valoración que él mismo hacía de su vida o se mostraba indiferente a ella. Pero en su indiferencia había un cierto grado de desdén, pues no tenían demasiada paciencia

con las personas que se tomaban tan en serio a sí mismas. Tanto como para intentar morir. Y era lógico que, finalmente, él fuese el primero en acompañar a Shadrack en la celebración del Día Nacional del Suicidio, él, Tar Baby, y los Deweys.

Los hijos verdaderos de Eva crecieron disimulando, bajo su mirada distante y a merced de sus manías: Pearl se casó a los catorce años y se trasladó a Flint, Michigan, desde donde le mandaba frágiles cartas con dos dólares doblados entre el papel. Pobres cartitas absurdas en las que le hablaba de sus pequeños problemas, del trabajo de su marido y le contaba a quién preferían los niños. Hannah se casó con un hombre risueño llamado Rekus, que murió cuando su hija Sula tenía unos tres años, tras lo cual Hannah volvió al gran caserón de su madre dispuesta a ocuparse permanentemente de la casa y de ella.

Con la sola excepción de BoyBoy, las Peace querían a todos los hombres. El amor a los hombres fue la herencia que legó Eva a sus hijas. Probablemente, comentaba la gente, porque no había ningún hombre en la casa, ningún hombre capaz de dirigirla. Pero, en realidad, no era cierto. Las Peace simplemente adoraban la virilidad en sí misma. Eva, a su edad y con una sola pierna, tenía un círculo habitual de visitantes masculinos y, aunque no tomaba parte en el acto final del amor, se intercambiaban una buena dosis de insinuaciones y besitos y risas. Los hombres querían verle la preciosa pantorrilla, el bonito zapato y contemplar ese fulgor concentrado que a veces asomaba en las profundidades de sus ojos. Querían ver la alegría de su rostro cuando se sentaban a jugar con ella a las damas con la certeza de que, aunque les ganase, como casi siempre sucedía, por alguna razón, en su presencia, eran ellos los que salían ganando. Le leían el diario en voz alta comentando su contenido y Eva los escuchaba sin sentirse en absoluto obligada a mostrarse de acuerdo y, de hecho, criticaba su interpretación de las noticias. Pero discutía con ellos con tan poca inquina, con una tal concentración de amor a los hombres, que su desacuerdo les ratificaba en sus convicciones.

Si se trataba de otras personas, Eva manifestaba el mismo prejuicio en favor de los hombres. Les daba interminablemente la lata a las recién casadas riñéndolas por no tener lista a su hora la cena de sus maridos; dándoles instrucciones sobre cómo debían lavar y planchar las camisas, etc.

-Tu marido está al llegar. ¿No va siendo hora de que te pongas a trabajar?

-Ah, miss Eva. No se preocupe, todo estará listo. Comeremos espa-

guetis.

-¿Otra vez? -Las cejas de Eva se arqueaban y la recién casada apretaba los labios, avergonzada.

Hannah simplemente se negaba a vivir sin las atenciones de un hombre y, a la muerte de Rekus, tuvo una continua sucesión de amantes, la mayoría de ellos maridos de sus amigas y vecinas. Su coqueteo era cariñoso, discreto y sin dobleces. Sin necesidad de darse un toquecito en el pelo ni de correr a cambiarse de ropa o de aplicarse rápidamente un poco de maquillaje, sin hacer ningún gesto, vibraba de sensualidad. Con la misma vieja bata estampada de siempre, descalza en verano, en invierno con los pies enfundados en zapatillas masculinas de cuero con la parte posterior aplastada bajo los talones, lograba que los hombres se fijasen en su trasero, en sus finos tobillos, en la piel suave como el rocío y en la increíble longitud de su cuello. Seguía la sonrisa de los ojos, la inclinación de la cabeza, tan acogedoras, alegres y juguetonas. Su voz se arrastraba, se hundía y se inclinaba; ponía melodía a las palabras más sencillas. Nadie, pero nadie, era capaz de decir «Hola, guapo» como Hannah. Al oírla, el hombre se levanta ligeramente el sombrero inclinándolo sobre los ojos, se acomodaba los pantalones y pensaba en el repliegue que a ella se le dibujaba en la base de la nuca. Y todo ello sin que surgiera la más mínima confusión en cuanto al trabajo y las responsabilidades. Mientras Eva ponía a prueba a sus hombres y discutía con ellos, dejándoles con la sensación de haber librado un combate con un digno, aunque amable, enemigo, Hannah no le buscaba tres pies al gato, no planteaba exigencias: hacía que cada hombre se sintiese completo y magnífico tal como era -sin necesidad de ninguna mejora y él se relajaba y desfallecía bajo la luz que ella proyectaba sobre él por el mero hecho de ser él. Si el hombre entraba cuando Hannah subía del sótano con un cubo de carbón, su manera de acarrearlo se convertía en un acto de amor. Y el hombre no hacía el menor gesto de querer ayudarla por la sencilla razón de que quería verle los muslos cuando se agachase para dejarlo en el suelo, y con la certeza de que ella también quería que los viese.

Pero como en esa casa siempre llena de gente no había rincones donde hacer privada y espontáneamente el amor, Hannah se llevaba al hombre al sótano en verano, a un rincón fresco detrás de la carbonera y los diarios, o, en invierno, se metían en la despensa y se apoyaban contra las repisas que ella había llenado de conservas, o se tumbaban encima del saco de harina justo debajo de las ristras de pimentitos verdes. Cuando esos lugares no estaban disponibles, Han-

nah se escabullía en el salón, que raras veces se usaba o incluso subía a su dormitorio. Este último era el sitio que menos le gustaba, no porque Sula durmiera allí con ella, sino porque sus compañeros de re-tazos siempre tendían a dormirse después y Hannah no era de las que duermen con cualquiera. Estaba dispuesta a joder prácticamente con quien se presentase pero, para ella, dormir con una persona implicaba un grado de confianza y un compromiso definidos. De modo que acabó siendo una amante diurna y, de hecho, sólo una vez Sula se encontró, al volver de la escuela, a su madre en la cama, arrullándose con un hombre.

Al verla entrar con tanta desenvoltura en la despensa y volver a salir exactamente con el mismo aspecto que antes, sólo que más contenta, Sula aprendió que el sexo era algo agradable y frecuente pero, por lo demás, poco importante. Fuera de su casa, donde los niños se reían tontamente cuando hablaban de ropa interior circulaba otro mensaje. Por lo tanto, Sula tomó nota de la cara de su madre y de la cara de los hombres cuando abrían la puerta de la despensa y se formó su propia opinión.

Hannah exasperaba a las mujeres de la ciudad; a las mujeres «buenas» que decían: «Si hay algo que no puedo soportar es a una mujer mala»; a las prostitutas que ya de por sí tenían dificultades para encontrar clientes entre los hombres negros y a quienes molestaba la generosidad de Hannah; a las mujeres corrientes, que tenían maridos y aventuras a la vez, porque Hannah parecía demasiado diferente a ellas, con sus relaciones en las que no intervenía la pasión y su total incapacidad de sentir celos. Las amistades de Hannah con las mujeres eran, evidentemente, escasas y de corta duración, y las parejas de recién casados que su madre tomaba como realquilados no tardaban en descubrir el peligro que representaba. Era capaz de romper un matrimonio antes de que hubiera llegado a ser tal; hacía el amor con el novio y lavaba los platos de su mujer todo en una misma tarde. Lo que buscaba, después de morir Rekus, y lo que conseguía obtener casi siempre, era tener su pequeño contacto cada día.

Los hombres, sorprendentemente, nunca hablaban mal de ella. Era sin discusión una mujer amable y generosa, lo cual, unido a su extraordinaria belleza y tímida elegancia de modales, les inducía a defenderla y a protegerla de cualquier comentario vitriólico que pudieran dejar caer los recién llegados o sus mujeres.

El último hijo de Eva, Plum, a quien ella esperaba legárselo todo, vi-

vió constantemente fajado de amor y cariño hasta que se fue a la guerra, en 1917. Regresó a Estados Unidos en 1919, pero no volvió a Medallion hasta 1920. Desde Nueva York, Washington, D.C., y Chicago, escribió cartas llenas de promesas de un pronto regreso a casa, pero era evidente que algo no marchaba. Finalmente, llegó dos o tres días antes de Navidad, con apenas una reminiscencia de su antiguo balanceo al andar. No se había cortado ni peinado el pelo en varios meses, sus ropas no tenían ningún sentido y no llevaba calcetines. Pero traía una bolsa de viaje negra, una bolsa de papel y una sonrisa dulce, muy dulce. Todos le recibieron muy bien y le dieron una habitación caldeada junto a la de Tar Baby y esperaron que les contase lo que él quisiera que supiesen. En vano esperaron que lo dijera, pero no tardaron mucho en saberlo. Sus costumbres eran muy parecidas a las de Tar Baby, aunque sin botellas, y con la diferencia de que a Plum a veces se le veía alegre y animado. Hannah le observaba y Eva esperaba. Después empezó a robarles, a hacer viajes a Cincinnati y a pasarse días seguidos durmiendo en su cuarto con el tocadiscos puesto. Adelgazó todavía más, pues sólo comía bocaditos de alguna cosa al principio o al final de las comidas. Fue Hannah quien encontró la cuchara doblada, negra de tanto calentarla.

Así fue como, una noche de 1921, Eva se levantó de la cama y se vistió. Se apoyó en las muletas y descubrió con sorpresa que todavía sabía manejarlas, aunque le causaban un intenso dolor en las axilas. Se ejercitó dando unos pasos por la habitación y luego abrió la puerta. Fue avanzando despacito por el largo tramo de escaleras, con las dos muletas bajo el brazo izquierdo y apoyándose con la derecha en la barandilla; atronadoras las pisadas de su pie, en comparación con el delicado golpeteo de la punta de la muleta. Se detuvo a respirar en cada descansillo. Fastidiada por su estado físico, cerraba los ojos y retiraba las muletas de debajo del brazo para aliviarlo de la desusada presión. Cuando llegó al pie de la escalera, redistribuyó su peso entre las dos muletas y emprendió el recorrido a través de la salita, hasta el comedor y la cocina, balanceándose y meciéndose como una grulla gigante, tan grácil cuando se mueve en su propio medio, pero torpe y cómica cuando pliega las alas e intenta caminar. Con un balanceo y un cabeceo, se plantó frente a la puerta de Plum y la empujó con la punta de una muleta. Lo encontró tumbado en la cama, apenas visible bajo la luz que proyectaba una única bombilla. Eva se acercó de un salto a la cama y apoyó las muletas a su pie. Se sentó y cogió a Plum entre sus brazos. El se despertó, muy apenas.

-Eh, Eh. ¿Me tienes abrazado, mamá?

Habló con voz amodorrada y divertida. Se rió por lo bajo como si acabara de oír un chiste. Eva le abrazó más fuerte y empezó a mecerlo. Se balanceó hacia atrás y hacia delante, meciéndolo, mientras paseaba la mirada por su cuarto. Ahí, en un rincón, había un pastel de cerezas comprado en la tienda a medio comer. Envoltorios de caramelo arrugados y botellas vacías de refresco asomaban por debajo de la cómoda. En el suelo, al lado de su pie, había un vaso de sorbete de fresa y una revista *Liberty*. Mientras seguía balanceándose, balanceándose, y escuchando las risitas esporádicas de Plum, Eva dejó que su memoria girara, diera volteretas y cayera. Plum en la bañera, esa vez que se había inclinado sobre él. Él había levantado los brazos hacia ella salpicándole el pecho y riéndose. Ella se había enfadado, pero no demasiado, y se había reído con él.

-Mamá, eres tan guapa. Eres tan guapa, mamá.

Eva levantó la lengua cubriéndose el labio, para evitar que las lágrimas se le escurrieran hasta la boca. Mientras, seguía balanceándose, balanceándose. Más tarde, volvió a dejarlo en la cama y se quedó mirándolo durante largo rato. De pronto, le entró sed y cogió el vaso de zumo de fresa. Se lo llevó a los labios y descubrió que era agua manchada de sangre y lo tiró al suelo. Plum se despertó y dijo:

-Oye, mamá, ¿por qué no vuelves a tu cama? Estoy bien. ¿No te lo he dicho? Estoy bien. Vamos, vete.

-Ya me voy, Plum -dijo ella. Desplazó el peso de su cuerpo y acercó las muletas. Meciendo y balanceándose, salió del cuarto. Se arrastró hasta la cocina, donde hizo unos ruidos como si rascara algo. Plum continuaba riendo entre dientes, en los márgenes de un cálido sueño ligero. Mamá. Desde luego, era toda una mujer. Sintió un claroscuro. Una luz húmeda parecía subirle por las piernas y el vientre, con un olor profundamente atractivo. Se enroscaba alrededor de todo su cuerpo -esa luz húmeda-, salpicándolo e impregnándole la piel. Abrió los ojos y vio algo que tomó por la gran ala de un águila que iba bañándolo en una húmeda ingravidez. Es como un bautismo, como una bendición, pensó. Todo irá bien ahora, le decía. Seguro de que así sería, cerró los ojos y volvió a hundirse en la fosa luminosa del sueño.

Eva se apartó de la cama y se afianzó las muletas bajo los brazos. Enrolló un trozo de periódico hasta formar un apretado canuto de unos quince centímetros de largo, lo encendió y, empapado de petróleo, lo lanzó encima de la cama donde yacía el tranquilo y satisfecho Plum. En cuanto le envolvió el crepitar de las llamas, cerró rápida-

mente la puerta e inició el lento y penoso trayecto de vuelta hasta la parte superior de la casa.

Nada más poner el pie en el tercer rellano, llegaron hasta ella las voces de Hannah y de una niña. Continuó avanzando, sin prestar siquiera atención a los gritos de alarma y los chillidos de los Deweys. Cuando se metió en la cama, alguien ya subía detrás de ella saltando los escalones de dos en dos. Hannah abrió la puerta.

-¡Plum! ¡Plum! ¡Se está quemando, mamá! ¡No podemos abrir la puerta! ¡Mamá!

Eva la miró a los ojos.

-¿En serio? ¿Mi niño? ¿Se está quemando?

Las dos mujeres no cruzaron ni una palabra, pues la mirada de cada una ya se lo decía todo a la otra. Después, Hannah cerró los ojos y corrió al encuentro de las voces de los vecinos que gritaban pidiendo agua.

1922

Hacía demasiado fresco para un helado. El viento de las colinas arremolinaba el polvo y los envoltorios vacíos de Camel alrededor de sus tobillos. Les aplastaba los vestidos contra los pliegues del trasero y después les levantaba las faldas para espiarles la ropa interior de algodón. Iban camino de la Dulcería de Edna Finch, una heladería con una clientela respetable, un lugar donde hasta los niños podían sentirse a gusto, ya saben, a pesar de que estaba justo al lado del Asador de Reba y apenas a una manzana del Salón de billar del Uno y Medio. Se alzaba en la curva de Carpenter's Road, la calle que ofrecía en sus cuatro manzanas todos los entretenimientos disponibles en el Fondo. Los hombres, viejos y jóvenes, se instalaban delante del Teatro Elmira, del Palacio de la Cosmetología de Irene, del salón de billar, del asador y de las restantes empresas comerciales poco boyantes que flanqueaban la calle. Acomodados en los umbrales, en los porches, sobre cajas vacías y sillas rotas, se paladeaban los dientes a la espera de que apareciera algún pasatiempo.

Cada persona que pasaba, cada coche, cada alteración de la situación atraía su atención y era motivo de comentario. Se fijaban, sobre todo, en las mujeres. Cuando se acercaba una, los hombres mayores se levantaban ligeramente el sombrero; los más jóvenes, abrían y cerraban los muslos. Pero todos, independientemente de su edad, seguían con interés su figura hasta que desaparecía.

Nel y Sula atravesaron ese valle de ojos, heladas por el viento y acalo-

radas por el sofoco de las miradas apreciativas. Los viejos contemplaron sus piernas rectas como varas, deteniendo la mirada en los tendones de las pantorrillas, y recordaron viejos pasos de baile que no habían ejecutado en veinte años. Y movieron los labios con una lujuria que la edad había trocado en gentileza, como intentando evocar el sabor del sudor joven sobre la piel prieta.

«Carne de Lechón.» Las palabras estaban en la mente de todos. Y uno de ellos, uno de los jóvenes, las pronunció en voz alta. Bajito, pero en tono rotundo, y era imposible no captar el cumplido. Se llamaba Ajax, un asiduo de la sala de billar, de veintiún años con una belleza inquietante. Grácil y de movimientos económicos, era, a causa de su lenguaje magníficamente vulgar, blanco de la envidia de los hombres de todas las edades. De hecho, raras veces blasfemaba, y los epítetos que escogía eran poco llamativos, inocuos incluso. Su reputación procedía de la manera en que articulaba las palabras. Cuando decía «rapidez», hacía vibrar la “r” y conseguía un impacto mayor que el blasfemador con más inventiva de la ciudad. Sabía decir «mierda» con un tono ofensivo imposible de imitar. Por eso, cuando dijo «carne de lechón» al paso de Nel y Sula, ellas ocultaron los ojos temerosas, no fuera que alguien detectara su satisfacción.

En realidad, no era el helado de Edna Finch lo que les hacía afrontar la tensión de esas miradas de pantera. Años después, sus propios ojos refulgirían al evocar, con la mano en la barbilla, las sonrisas de oruga, las pelvis en cucullas, las piernas como rieles a horcajadas sobre las sillas rotas. Los pantalones color crema con una simple costura que indicaba el lugar donde yacía enroscado el misterio. Esas suaves entrepiernas color vainilla las invitaban; las gabardinas amarillo limón les hacían señales.

Avanzaban hacia la heladería como equilibristas sobre una cuerda floja, tan cautivadas por la posibilidad de un resbalón como por el mantenimiento de la tensión y el equilibrio. La más leve mirada de reojo, el más ínfimo tropezón de los dedos del pie, podía arrojarlas entre esas caderas cremosas abiertas para acogerlas. En algún lugar, debajo de toda esa delicadeza, encerrado tras esa pulcritud, yacía lo que hacía cuajar sus sueños.

Y era muy pertinente que así fuera, puesto que las dos se habían conocido inicialmente a través de sus sueños. Mucho antes de que se inaugurara la Dulcería de Edna Finch, antes incluso de desfilarse por los pasillos color chocolate de la escuela primaria Garfield para salir al patio y encontrarse cara a cara, mirándose entre las cuerdas del único

columpio desocupado («Cógelo.» «No. Cógelo tú.»), ya se habían conocido en medio del delirio de sus ensueños del mediodía. Eran dos niñas solitarias embriagadas por la profundidad de un aislamiento que las precipitaba hacia visiones en technicolor que siempre incluían una presencia, alguna otra persona capaz de compartir, con igual intensidad que la soñadora, el placer del sueño. Cuando Nel, que era hija única, se sentaba en la escalera del porche trasero envuelta en el gigantesco silencio de la increíblemente ordenada casa de su madre, con la pulcritud apuntándole a la espalda, se concentraba en los álbomos y se entregaba con facilidad a una visión de ella misma tendida en un lecho de flores, enredada en la maraña de sus propios cabellos, mientras aguardaba la llegada de un príncipe valiente. El se aproximaba sin acabar de llegar jamás. Pero siempre tenía a su lado, contemplando el sueño con ella, un par de sonrientes ojos comprensivos. Una persona tan interesada como ella en la caída de su imaginario cabello, en el espesor del colchón de flores, en las mangas de tul abrochadas bajo los codos con puños recamados de oro.

De igual modo, Sula, que también era hija única, aunque vivía embutida en una casa inmersa en un palpitante desorden, permanentemente sacudida por la presencia de cosas, personas, voces y el ruidoso cerrar de puertas, se pasaba horas en la azotea, detrás de un rollo de linóleo, galopando por su propia imaginación montada en un caballo blanco y gris con un dulce sabor en la boca y oliendo a rosas, bajo la mirada de otra persona que compartía tanto el sabor como la sensación de velocidad. Así, cuando se vieron por primera vez, primero en los pasillos color chocolate y después entre las cuerdas del columpio, sintieron la confianza y la desenvoltura propias de las viejas amigas. Porque una y otra habían descubierto, años antes, que no eran ni blancas ni varones, y que toda libertad y todo triunfo les estaban vedados, y ambas habían decidido crearse otra forma de ser. Su encuentro fue afortunado, pues les permitió apoyarse una en la otra para crecer. Hijas de madres distantes y de padres incomprensibles (el de Sula porque estaba muerto; el de Nel porque no estaba), encontraron en la mirada de la otra la intimidad que estaban buscando.

Nel Wright y Sula Peace tenían doce años en 1922; las dos eran delgadas como espoletas y de trasero desenvuelto. Nel tenía el color del papel de lija húmedo, justo lo bastante oscuro como para salvarse de los golpes de los pura sangre negros como el carbón y del desdén de las viejas que se preocupaban por cosas como las malas mezclas y sabían que una mula y un mulato compartían los mismos orígenes. De haber tenido la piel sólo un poquitín más clara, habría necesitado

la protección de su madre para ir a la escuela o bien una dosis de agresividad para defenderse. Sula era de un espeso color chocolate con grandes ojos tranquilos, sobre uno de los cuales exhibía una mancha de nacimiento que recordaba una rosa con su tallo y que se extendía desde el centro del párpado hacia la ceja. Eso dotaba a su cara, por lo demás corriente, de una tensión contenida y una amenaza de filo azul como la de la cicatriz que loide del hombre afeitado que a veces jugaba a las damas con su abuela. La mancha de nacimiento se oscurecería con los años, pero entonces tenía el mismo color que sus ojos jaspeados de oro, que conservaron siempre la persistencia y la limpidez de la lluvia.

Su amistad fue tan intensa como repentina. Encontraron solaz en sus mutuas personalidades. Aunque ambas eran criaturas desdibujadas, informes, Nel parecía más fuerte y más consciente que Sula, de quien prácticamente no cabía esperar que mantuviera ninguna emoción durante más de tres minutos seguidos. Sin embargo, hubo una ocasión en que sí mantuvo la misma actitud durante semanas, pero en defensa de Nel.

Cuatro adolescentes blancos, hijos de una familia irlandesa recién llegada, a veces mataban las tardes molestando a los colegiales negros. Con zapatos que les apretaban y pantalones cortos de lana que les dejaban círculos rojos en las pantorrillas, habían llegado al valle con sus padres, tan convencidos como éstos de que se trataba de una tierra prometida, verde y ansiosa de darles la bienvenida. Se encontraron con un acento extraño, un intenso temor a su religión y una firme resistencia a sus tentativas de encontrar trabajo. Los residentes de más edad de Medallion les menospreciaban, con una sola excepción. Esta excepción era la comunidad negra. Aunque algunos de los negros ya vivían en Medallion antes de la guerra civil (el pueblo ni siquiera tenía nombre entonces), el odio que pudieran sentir por esos recién llegados carecía de importancia, puesto que no se manifestaba. De hecho, provocarles era la única actividad en la que coincidían todos los residentes protestantes blancos. En parte, sólo consiguieron asegurarse un espacio en ese mundo cuando se hicieron eco de la actitud de los antiguos residentes hacia los negros.

Esos mismos muchachos cogieron a Nel una vez y la zarandearon pasándosela de uno a otro hasta que se hartaron de ver su impotente cara asustada. Debido a ese incidente, el camino que seguía Nel para regresar a casa desde la escuela adquirió un curso complicado. Consiguió eludirlos durante semanas, y lo mismo hizo Sula después, hasta que un frío día de noviembre sugirió:

-Volvamos a casa por el camino más corto.

Nel parpadeó, pero accedió. Subieron calle arriba hasta llegar a la curva de Carpenter's Road, donde encontraron a los chicos recostados en un pozo en desuso. Ellos avistaron a su presa y se adelantaron displicentemente como si todos sus pensamientos estuvieran puestos sólo en el cielo gris. Controlando con dificultad sus sonrisas burlonas, formaron una barrera a través del camino. Cuando las niñas estuvieron a un metro de ellos, Sula metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó el cuchillo de pelar fruta de Eva. Los muchachos se quedaron secos, se miraron y renunciaron a toda pretensión de inocencia. La cosa iba a ser más interesante de lo que suponían. Las niñas iban a intentar resistirse y defenderse; además, con un cuchillo. Tal vez podrían coger a una por la cintura, o arrancarle una lágrima...

Sula se puso en cuclillas en medio del camino de tierra y lo dejó todo en el suelo: su fiambarrera, su libro de lectura, sus guantes y su pizarra. Blandiendo el cuchillo en la mano derecha, acercó la pizarra hacia ella y apretó el índice izquierdo contra el marco. Su decisión era firme pero imprecisa. Sólo consiguió cortarse la punta del dedo. Los cuatro chicos se quedaron mirando boquiabiertos la herida y el jirón de carne que asomaba como un champiñón entre la sangre color cereza que empezaba a acumularse en las esquinas de la pizarra. Sula levantó la mirada hacia ellos y habló con voz serena:

-Si soy capaz de hacerme esto yo misma, ¿qué creéis que os haré a vosotros?

El polvo agitado fue lo único que le indicó a Nel que los chicos estaban retrocediendo; tenía la mirada fija en la cara de Sula, quien parecía encontrarse a muchos kilómetros de allí.

Pero no se caracterizaban por su dureza, sino por su espíritu aventurero y por una perversa determinación de explorar cuanto les llamaba la atención, desde los pollos tuertos que se paseaban pisando fuerte por el terreno acotado de sus gallineros hasta los dientes de oro del señor Buckland Reed; desde el rumor de las sábanas agitadas por el viento hasta las etiquetas de las botellas de vino de Tar Baby. Y no establecían ninguna prioridad. Podían abandonar la contemplación de una pelea con peligrosas navajas, distraídas por el glorioso olor del alquitrán caliente que vertían los peones camineros doscientos metros más allá.

En el seguro resguardo de su mutua compañía, podían permitirse renunciar a los hábitos de los demás para concentrarse en su propia visión de las cosas. Cuando la señora Wright le recordaba a Nel que

debía tirarse de la nariz, ella le obedecía con entusiasmo pero sin la menor esperanza.

-Mientras estás ahí sentada, tírate un poquito de la nariz, cariño.

-Me duele, mamá.

-¿No quieres tener una nariz bonita cuando seas mayor?

Después de conocer a Sula, Nel empezó a esconder la pinza de la ropa debajo de las mantas en cuanto se acostaba. Y aunque tenía que seguir sufriendo el odiado peine caliente todos los sábados por la noche, sus consecuencias -una melena lisa- dejaron de interesarle.

Unidas en una mutua admiración, contemplaban el desarrollo de cada día como si se tratase de una película programada para su diversión. El nuevo tema que estaban descubriendo eran los hombres. Y así empezaron a encontrarse regularmente, sin haberlo previsto siquiera, para bajar hasta la Dulcería de Edna Finch al final de la calle, a pesar de que todavía hacía demasiado frío para comer helados.

Luego llegó el verano. Un verano renqueante bajo el peso de la floración: pesados girasoles lloraban inclinados sobre las vallas; los iris se enroscaban y se resecan por los bordes, lejos de sus corazones morados; las mazorcas de maíz dejaban caer sus melenas doradas alrededor de sus tallos. Y los chicos. Los guapos, guapísimos chicos que salpicaban el paisaje como piedras preciosas, rompían el aire con sus gritos en el campo y espesaban el río con sus relucientes espaldas húmedas. Hasta sus pisadas dejaban una estela de olor a humo detrás.

Fue ese verano, el verano de sus doce años, el verano de los guapos chicos negros, cuando se volvieron recatadas, temerosas y atrevidas, todo a la vez.

En ese inestable estado de ánimo, Sula y Nel se paseaban descalzas por el Fondo en el mes de julio, a la caza de travesuras. Decidieron bajar al río, el lugar donde a veces nadaban los chicos. Nel se quedó esperando en el porche de la casa de Carpenter's Road, mientras Sula entraba para ir al lavabo. Al subir por la escalera, pasó por delante de la cocina donde Hannah estaba sentada con dos amigas, Patsy y Valentine. Las dos mujeres se abanicaban y miraban cómo Hannah trabajaba una masa, mientras las tres charlaban despreocupadamente de esto y lo otro, y, cuando Sula pasó por allí, habían llegado al tema de los problemas de educar a los hijos.

-Son una lata.

-Sí. Ojalá hubiera escuchado a mamá cuando me dijo que no los tuviera demasiado pronto.

-Oh, no sé. Mi Rudy obedece a su padre. Conmigo se porta como un salvaje. Tendré una alegría cuando haya crecido y se vaya.

Hannah sonrió y dijo:

-Cállate. Adoras el suelo donde ha meado.

-Claro que sí. Pero sigue siendo una lata. Es imposible no querer a un hijo. No importa lo que haga.

-Bueno, Hester ya es mayor ahora y no puedo decir que sienta exactamente cariño por ella.

-Claro que sí. La quieres igual que yo quiero a Sula. Sólo que no me gusta. Esa es la diferencia.

-Supongo que tienes razón. Que a una le gusten, ya es otra cosa.

-Ya lo creo. Son personas distintas, ¿sabes...?

Oyó sólo las palabras de Hannah y esa declaración la hizo subir corriendo la escalera. Desconcertada, se detuvo junto a la ventana y empezó a manosear el borde de la cortina, consciente de una picazón en los ojos. La llamada de Nel ascendió hasta ella y entró por la ventana, arrancándola de sus negros pensamientos para devolverla a la intensa, calurosa luz del día.

Hicieron casi todo el trayecto corriendo.

Se dirigieron hacia la parte ancha del río donde los árboles se agrupaban en familias y oscurecían el suelo a sus pies. Dejaron atrás a un grupo de chicos que estaban nadando y tonteando en el agua, sus palabras envueltas en risas.

Corriendo bajo el sol, creándose su propia brisa, que les pegaba los vestidos contra la piel húmeda. Cuando llegaron a un rectángulo formado por cuatro árboles con las hojas enlazadas que prometían frescor, se dejaron caer sobre la sombra cuadrada para paladear el sudor sobre sus labios y contemplar el desenfreno que se había apoderado de ellas tan de repente. Se tumbaron sobre la hierba, con las frentes casi tocándose, con los cuerpos que apuntaban en direcciones contrarias y formaban un ángulo de 180°. Sula había recostado la cabeza sobre un brazo, con una trenza deshecha enroscada alrededor de la muñeca. Nel se apoyaba sobre los codos y retorció largas briznas de hierbas entre los dedos. Debajo de los vestidos, su carne se contraía temblorosa con el intenso frescor; sus pequeños pechos justo empezaban a causarles una cierta incomodidad cuando se tumbaban boca abajo.

Sula levantó la cabeza y se unió al jugueteo de Nel con la hierba. Acompasadamente, sin que sus miradas se encontrasen ni un instante, comenzaron a acariciar las briznas de hierba arriba y abajo, arriba

y abajo. Nel encontró una ramita gruesa y empezó a arrancarle la corteza con la uña hasta dejarla desnuda, reducida a una suave, cremosa inocencia. Sula miró a su alrededor y también localizó una. Cuando hubieron desnudado las dos ramas, Nel pasó con desenvoltura a la fase siguiente y comenzó a arrancar las hierbas de raíz hasta dejar al descubierto un trozo de tierra. Cuando tuvieron despejado un generoso claro, Sula se puso a trazar allí intrincados dibujos con su ramita. Al principio, Nel se contentó con imitarla. Pero pronto empezó a impacientarse y a hundir rítmicamente y con fuerza la ramita en el suelo, abriendo un liso agujerito que se ensanchaba y se hacía más hondo con cada ligera manipulación del palito. Sula la imitó y, al poco rato, cada una había excavado un agujero del tamaño de una taza. Nel intensificó el esfuerzo y, de rodillas, empezó a retirar con cuidado la tierra que sacaba a medida que iba ahondando su hoyo. Continuaron trabajando al unísono hasta que los dos hoyos se confundieron en uno. Cuando la depresión alcanzó el tamaño de un pequeño fregadero, a Nel se le rompió la rama. Con un gesto de disgusto tiró los trozos dentro del hoyo; Sula hizo otro tanto con los suyos. Nel encontró una tapa de botella y también la arrojó dentro. A continuación, las dos empezaron a buscar desperdicios para tirarlos al hoyo: papeles, pedacitos de vidrio, colillas de cigarrillos, hasta tener allí reunidos todos los pequeños desechos que consiguieron encontrar. Con cuidado, volvieron a llenar el hoyo de tierra y recubrieron toda la sepultura con hierbas arrancadas.

Ninguna de las dos había pronunciado ni una palabra.

Se levantaron, se desperezaron y, después, pasearon la mirada sobre la veloz y monótona superficie del agua, presas de inconfesables agitación e inquietud. En el mismo instante, cada una oyó unas pisadas sobre la hierba. Un niño con unos calzoncillos demasiado grandes para él se acercaba desde la parte baja de la margen del río. Al verlas, se detuvo y se hurgó la nariz con un dedo.

-Tu mamá no te ha dicho que no comas mocos, Pollo -le gritó Nel haciendo bocina con las manos.

-Cállate -dijo él, sin sacarse el dedo de la nariz.

-Ven aquí y repite eso.

-Déjalo tranquilo, Nel. Ven, Pollo, y te mostraré una cosa.

-No.

-¿Tienes miedo de que te quitemos tu pilila?

-Déjalo, te he dicho. Ven, Pollo. Mira. Te ayudaré a subirte a un árbol. Pollo miró el árbol que le indicaba Sula, un alto abedul de doble copa

con las ramas bajas y muchas horcas donde sentarse.

Se acercó despacito hasta ella.

-Ven, Pollo. Te ayudaré a subir.

Todavía con el dedo en la nariz y con los ojos muy abiertos, el niño se acercó hasta ellas. Sula le cogió la mano y le animó a seguirla. Cuando llegaron al pie del abedul, lo subió hasta la primera rama y le dijo:

-Sigue subiendo. Sigue subiendo. Yo te sostengo.

Trepó detrás del niño, sosteniéndolo con la mano y, cuando lo necesitaba, con sus palabras tranquilizadoras. Cuando ya no pudieron subir más, Sula le indicó la otra orilla del río.

-¿Ves eso? Te apuesto a que nunca habías visto hasta tan lejos, ¿verdad?

-Uhuh.

-Ahora mira ahí abajo. -Los dos se inclinaron un poco y se asomaron entre las hojas para mirar a Nel, que intentaba localizarlos desde abajo. Desde ahí arriba se la veía pequeña y achaparrada.

Pollo Little se rió.

-Será mejor que bajéis, si no queréis romperos la crisma -gritó Nel.

-No pienso bajar nunca más -replicó a gritos el niño.

-Sí, será mejor que bajemos. Vamos, Pollo.

-No. Suéltame.

-Si, Pollo, venga, abajo.

Sula le tiró suavemente de la pierna.

-Suéltame.

-Está bien, quédate. -Y empezó a bajar.

-¡Espera! -chilló él.

Sula se detuvo y juntos fueron descendiendo lentamente hasta el suelo.

Pollo continuaba extasiado.

-He estado ahí arriba, ¿verdad? ¿verdad? Cuando se lo cuente a mi hermano.

Sula y Nel empezaron a imitarle:

-Cuando se lo cuente a mi hermano, cuando se lo cuente a mi hermano.

Sula le cogió por las manos y le hizo dar vueltas levantándolo del suelo. Sus pantalones cortos se hincharon como un globo y sus gritos de miedo y alegría asustaron a los pájaros y a los gordos saltamontes. Cuando se escurrió de sus manos y salió volando por encima del agua, todavía siguieron escuchando el gorgoteo de su risa.

El agua se oscureció y cubrió rápidamente el lugar donde se había

hundido Pollo Little. Sula contempló el punto donde se había cerrado el agua, sintiendo todavía la presión de sus deditos duros y apretados en las palmas de las manos. Esperaban verle volver a salir, riendo. Las dos niñas se quedaron mirando el agua.

La primera que habló fue Nel.

-Alguien lo ha visto. -En la orilla opuesta apareció brevemente una figura.

La única casa que había allí era la de Shadrack. Sula miró a Nel. El terror le ensanchaba las fosas nasales. ¿Lo habría visto?

El agua parecía tan tranquila otra vez. Sólo se veía el sol ardiente y la reciente ausencia de alguna cosa. Sula se cogió la cara entre las manos un instante; después, dio media vuelta y echó a correr hacia el puentecito de tablas que cruzaba el río hasta la casa de Shadrack. No había sendero. Diríase que ni Shadrack ni ninguna otra persona pasaba nunca por allí.

Corrió deprisa y con determinación, pero cuando estuvo cerca de los tres escalones que conducían hasta su porche el miedo le atenazó el estómago y sólo la reciente ausencia de alguna cosa al otro lado del río le dio fuerzas para subir los tres peldaños y llamar a la puerta.

Nadie contestó. Sula dio media vuelta para emprender el regreso, pero volvió a recordar la tranquilidad del río. Shadrack estaría allí dentro, escondido al otro lado de la puerta, preparado para saltar sobre ella. Sin embargo, no podía volverse atrás. Empujó la puerta muy suavemente con la punta de los dedos y sólo oyó el gemido de los goznes. Un poco más. Y se encontró dentro. Sola. La pulcritud, el orden la sorprendieron, pero todavía resultaba más asombrosa la sensación de sosiego. Todo era tan diminuto, tan corriente, tan poco amenazador. Tal vez no era la casa de Shad. El terrible Shad que se paseaba con el pene colgando fuera, que orinaba delante de las señoras y de las niñas, el único negro que podía maldecir a los blancos sin que le pasara nada, que bebía junto al camino directamente de la botella, que gritaba y se agitaba por las calles. ¿Esa casita? ¿Esa vieja encantadora casita? ¿Con su cama bien hecha? ¿Con su alfombra trenzada y su mesa de madera? Sula se detuvo en el centro del cuartito y la sorpresa le hizo olvidar qué la había llevado hasta allí. Hasta que un ruido junto a la puerta le hizo dar un brinco. Lo vio allí de pie, en el umbral, mirándola. No le había oído llegar y ahora la estaba mirando.

Con más vergüenza que miedo, Sula bajó los ojos. Cuando consiguió reunir el valor necesario para volver a mirarle, vio su mano apoyada

sobre el marco de la puerta. Sus dedos dispuestos en un elegante arco apenas rozaban la madera, Tranquilizada y adelantada (ninguna persona con unas manos como éstas, ninguna persona con unos dedos que se arqueaban con tanta ternura sobre la madera sería capaz de matarla), Sula se deslizó por la otra puerta pasando por su lado y sintió girar su mirada tras ella.

Cuando llegó al borde del porche, reuniendo los últimos jirones de valor que habían empezado a abandonarla rápidamente, Sula se volvió una vez más a mirarle, para preguntarle... si había...

El la estaba observando sonriente, con una gran sonrisa, cargada de lujuria y de anticipación del futuro. Asintió con la cabeza como respondiendo a una pregunta y dijo en tono agradablemente coloquial, un tono de mantequilla fresca:

-Siempre.

Sula bajó corriendo las escaleras y huyó a través del verdor y el sol ardiente para volver junto a Nel y al punto oscuro donde se había cerrado el agua. Una vez allí, rompió a llorar.

Nel la tranquilizó.

-Sst. Sst. Tranquila, tranquila. No lo has hecho a posta. No ha sido culpa tuya. Ssst. Ssst. Ven, vámonos, Sula. Ven, vámonos ya. ¿Estaba allí? ¿Lo había visto? ¿Dónde está la cinta de tu vestido?

Sula negó con la cabeza mientras se palpaba la cintura buscando la cinta.

Por fin se levantó y dejó que Nel se la llevara de allí.

-Ha dicho: «Siempre. Siempre.»

-¿Cómo?

Sula se tapó la boca mientras bajaban la colina. Siempre. Él había respondido a una pregunta que ella no le había hecho y la promesa le mordisqueaba los pies.

Entrada la tarde, un barquero, al clavar su pértiga para alejarse de la orilla, encontró el cuerpo de Pollo enredado entre rocas y algas; los pantalones cortos formaban un globo alrededor de sus piernas. Su primera intención fue dejarlo donde estaba, pero advirtió que se trataba de un niño, no de un viejo negro, como le había parecido primero, y pinchó el cuerpo con la pértiga, lo recogió con el salabardo y lo izó hasta la barca. Meneó la cabeza con desdén ante la idea de que hubiera padres capaces de ahogar a sus propias criaturas. Cuando dejarán de ser estas gentes simplemente animales, aptos sólo para sustituir a las mulas, se preguntó, aunque las mulas, al menos, no se mataban entre ellas como hacían los negros. Metió a Pollo Little en un

saco de arpillera y lo depositó junto a unas cajas de huevos y varios cajones de paño de lana. Luego, cuando ya se había sentado a fumar encima de una lata de manteca vacía, todavía enfrascado en sus cavilaciones sobre la maldición divina y la terrible carga de elevar a los hijos de Ham que pesaba sobre su propia especie, de pronto recordó sobresaltado que, con ese calor, el cuerpo desprendía un olor espantoso que podría impregnar el tejido del paño de lana que llevaba. Arrastró el saco lejos de allí y lo suspendió de un gancho por encima de la borda, dejando el cuerpo de Pollo mitad dentro y mitad fuera del agua.

Secándose al mismo tiempo el sudor del cuello, notificó el hallazgo al sheriff de Porter's Landing, quien comentó que en su distrito no tenía ningún negro pero que, en las colinas del otro lado del río, por encima de Medallion, vivían unos cuantos. El barquero dijo que no podía volver hasta allí, que había nada menos que tres kilómetros de camino. El sheriff le dijo que por qué no volvía a tirarlo al agua. El barquero respondió que tendría que haber empezado por no sacarlo. Finalmente, consiguieron que el hombre que cruzaba dos veces al día el río con el ferry accediese a llevarlo por la mañana hasta el otro lado.

Ésa fue la razón de que durante tres días se desconociera el paradero de Pollo Little y de que su cuerpo no llegase a la funeraria hasta el cuarto día, cuando ya era irreconocible para prácticamente todos cuantos le habían conocido; incluso su madre en el fondo no estaba segura del todo, aunque tenía que ser él, puesto que nadie había conseguido encontrarlo. Su boca se cerró con fuerza al ver sus ropas encima de la mesa del sótano del depósito de cadáveres y volvió a abrirse de par en par al ver su cuerpo, y pasaron siete horas antes de que pudiera cerrarla y emitir el primer sonido.

Así que taparon la caja.

El coro juvenil, vestido de blanco, cantó *Nearer My God to Thee* y *Precious Memories*, con la mirada pegada a los libros de cánticos que no necesitaban, pero era la primera vez que sus voces actuaban en una ceremonia de verdad.

Nel y Sula no se cogieron de la mano ni se miraron durante el funeral. Se alzaba entre ambas una separación. Las piernas de Nel se habían vuelto de piedra y esperaban ver caer sobre ella en cualquier momento el dedo acusador del sheriff o del reverendo Deal. Aun a sabiendas de que no había «hecho nada», se sentía condenada y ajusticiada allí en el banco, dos filas por delante de sus padres, en la zona de los niños.

Sula sólo lloraba. Sin ruido ni sollozos ni suspiros, dejaba que las lágrimas fluyeran hasta su boca y se le escurrieran barbilla abajo, salpicándole la pechera del vestido.

Cuando el reverendo Deal se adentró en el sermón, las manos de las mujeres se desplegaron como alas de cuervo y se agitaron levantadas sobre sus sombreros. No escucharon todas sus palabras, sino sólo aquella palabra, frase o inflexión que a cada una le servía de puente entre ese acontecimiento y ellas mismas. Para algunas, era la expresión «Dulce Jesús». Y veían la mirada del Cordero y la víctima auténticamente inocente: ellas mismas. Reconocían a la criatura inocente que se escondía en un rincón de sus corazones, con una rebanada de pan con mantequilla y azúcar en la mano. La misma. La que habitaba debajo de su piel, en las profundidades de su cuerpo grueso, delgado, viejo, joven, y había sido lastimada por el mundo. O pensaban en su hijo recién muerto, y recordaban sus piernas cubiertas por los pantalones cortos y se preguntaban por dónde habría entrado la bala. O recordaban cuán sucia les pareció la habitación cuando su padre se marchó de casa y se preguntaban si también se había sentido así el delgado joven judío, el que para ellas era a la vez hijo y amante y en cuyo rostro apenas cubierto de vello veían las rebanadas de pan con mantequilla y azúcar y palpaban el sufrimiento más antiguo y más devastador que existe: no el sufrimiento de la infancia, sino su recuerdo.

Entonces, se levantaron de los bancos. Pues algunas emociones obligaban a estar de pie. Y hablaron, pues se sentían llenas y necesitaban manifestarse. Y balancearon los cuerpos, pues era preciso agitar las corrientes de dolor o de éxtasis. Y al pensar en toda esa vida y esa muerte que se alojaba en el pequeño ataúd cerrado, bailaron y gritaron, no como protesta contra la voluntad divina, sino en reconocimiento de ésta y para ratificar una vez más su convicción de que la única forma de escapar a la Mano de Dios es entregarse a ella.

Enterraron a Pollo Little en la parte de color del cementerio, entre su abuelo y una tía. Las mariposas entraban y salían revoloteando de los ramos de flores que habían retirado de encima del féretro y ahora yacían formando un pequeño montículo al lado de la fosa. Ya no hacía calor, pero ni una brisa agitaba la melena de los sauces.

Nel y Sula se detuvieron a una cierta distancia de la tumba; el espacio que las separaba en los bancos de la iglesia se había desvanecido. Se habían cogido de la mano y sabían que quedaría enterrado sólo el ataúd; la risa gorgoteante y la presión de los dedos sobre la palma de la mano permanecerían para siempre sobre la tierra. Al principio, allí

de pie, sus manos se estrechaban con fuerza. Después, fueron aflojándose lentamente hasta que, durante el trayecto de regreso a casa, sus dedos quedaron tan levemente entrelazados como los de cualquier par de amiguitas que pasean por el camino un día de verano y se preguntan dónde se meten las mariposas en invierno.

1923

El segundo suceso fuera de lo común fue que Hannah entró en el cuarto de su madre con un cuenco vacío y un celemín de habichuelas de Kentucky y dijo:

-Mamá, tú nos querías?

Soltó las palabras como una niña que recita un verso de Pascua y después se arrodilló para extender un diario en el suelo y puso la cesta encima; el cuenco lo afianzó en el espacio que quedaba entre sus piernas. Eva, que estaba sentada sin hacer nada excepto darse aire con el abanico de cartón de la funeraria del señor Hodges, escuchó el silencio que siguió a las palabras de Hannah y luego dijo:

-¡Largo de aquí! -dirigiéndose a los Deweys que estaban jugando a presidiarios junto a la ventana.

Con los cordones de los zapatos de cada uno anudados a los de los demás, éstos salieron del cuarto de Eva dando tumbos y traspiés.

-Ahora -Eva contempló a su hija desde su carrito-, repítame eso otra vez. Claramente, para que lo entienda.

-Quiero decir si de verdad nos querías. Ya sabes, cuando éramos pequeños.

La mano de Eva se deslizó como un caracol por su muslo en busca de su muñón, pero se detuvo, poco antes de alcanzarlo, para alisarse un pliegue.

-No. Creo que no. No de la forma en que tú piensas.

-Oh, bueno, no importa, sólo tenía curiosidad. -Hannah pareció dar por saldado el asunto.

-Es una curiosidad perversa, desde luego. -Eva no había terminado con el tema.

-No lo he dicho con ninguna intención, mamá.

-¿Qué quiere decir que no lo has dicho con ninguna intención? ¿Cómo puedes haberlo dicho sin intención?

Hannah empezó a pellizcar las habichuelas por la punta para abrir sus largas vainas. Con el sonido de los chasquidos y crujidos y los rápidos movimientos de sus dedos parecía estar tocando un complicado instrumento. Eva se la quedó observando unos instantes y luego dijo:

-¿Piensas hacer conserva?

-No. Son para esta noche.

-Creí que pensabas guardar algunas.

-El tío Paul todavía no me las ha traído. Con un celemín no hay bastante para hacer conserva. Dice que va a traerme dos fanegas.

-Está de broma.

-Oh, es una buena persona.

-Seguro que lo es. Todo el mundo es bueno. Excepto mamá. Mamá es la única que no es buena. Porque no quería a los nenes.

-Oooh, mamá.

-¿Ooh, mamá? ¿Oooh, mamá? Vienes a sentarte aquí tan tranquila con tu bonito culo y me preguntas si te quería. Esos viejos ojazos que tienes en la cara serían dos agujeros llenos de gusanos si no te hubiera querido.

-No quería decir eso, mamá. Ya sé que nos diste de comer y todo eso. Me refería a otra cosa. Como.... como... si jugabas con nosotros. ¿Jugaste alguna vez con nosotros, ya sabes?

-¿Jugar? Nadie jugaba en mil ochocientos noventa y cinco. Sólo porque ahora vives bien, ¿crees que todo fue siempre tan fácil? Mil ochocientos noventa y cinco fue un año asesino, niña. Las cosas estaban muy mal. Los negros se morían como moscas. Te sientes muy segura, ¿verdad? El tío Paul va a traerme dos fanegas. Ya. Y abajo hay un melón, ¿verdad? Y hago pan todos los sábados y Shad trae pescado los viernes, y hay un barril lleno de harina, y guardamos huevos en una jarra de vinagre...

-¿Qué estás diciendo, mamá?

-Te estoy hablando de mil ochocientos noventa y cinco, cuando me pasé cinco días metida en esa casa contigo y Pearl y Plum y tres remolachas. Serpiente ingrata. ¿Cómo habría quedado si me hubiera puesto a corretear por ese viejo cuartucho jugueteando con unos niños con tres remolachas como única riqueza?

-Ya sé lo de las remolachas, mamá. Nos lo has contado mil veces.

-¿Ah, sí? ¿Y bien? ¿Eso no cuenta para nada?

-¿Eso no es amor? ¿Querías que te hiciera cosquillitas en la barbilla y me olvidara de las llagas que tenías en la boca? ¿Pearl estaba cagando gusanos y yo tenía que jugar al corro de la patata?

-Pero, mamá, tenía que haber algún momento en que no estuvieses pensando...

-Ninguno. No tenía tiempo para eso. Nunca. En cuanto se acababa el día, empezaba la noche. Con todos vosotros que tosáis y yo pendiente de que no se los llevara la tuberculosis, y cuando dormíais tranqui-

los pensaba: oh, Señor, están muertos, y os ponía la mano encima de la boca para ver si salía el aliento; y me preguntas que si os quería, niña; seguí viva por vosotros, ¿no puedes meterte eso en tu dura cabeza?, ¿qué tienes entre las orejas, ternera?

Hannah ya tenía suficientes habichuelas. Con unos tomates y un poco de pan caliente, habría bastante para todos; sobre todo, teniendo en cuenta que los Deweys no comían verdura ni por ésas y Eva nunca les obligaba, y Tar Baby vivía de aire puro y música últimamente. Recogió la cesta y se acercó a su madre con el cuenco de habichuelas y la cesta en la mano. La cara de Eva seguía haciéndole la última pregunta. Hannah la miró a los ojos.

-Pero ¿y Plum? ¿Por qué mataste a Plum, mamá?

Era un miércoles de agosto y el carro del hielo no paraba de hacer viajes. Se escuchaban jirones del carro del conductor. La señora Jackson bajaría ahora las escaleras de su porche: «Sólo un pedacito. ¿No tiene un pedacito chiquitito por ahí que le sobre?» Y, como venía haciendo desde quién sabe cuándo, el hombre le daría un trozo de hielo, recomendándole: «Tenga cuidado, señora Jackson. Esa pajita la matará a cosquillas si se le atraviesa en su lindo cuello.»

Eva oyó acercarse el carro y se preguntó cómo debía sentirse una en la fábrica de hielo. Se recostó un poquito en su silla y cerró los ojos intentando imaginar el interior de la fábrica de hielo. Una visión oscura, divina con ese calor, hasta que le recordó esa noche de invierno en la comuna, a oscuras con su niño en brazos, mientras buscaba a tientas con los dedos el orificio del trasero, blandiendo con decisión en la punta del dedo medio el último resto de manteca recogido de las paredes de la lata, el último resto de manteca para no hacerle daño al meterle el dedo, y todo porque había roto el orinal y los trapos estaban helados. El último resto de alimento que quedaba en la casa lo había introducido en el trasero de su niño para no hacerle demasiado daño mientras hurgaba en sus intestinos para sacarle las heces. Él gritaba como si le matasen pero, cuando por fin localizó su agujero y le metió el dedo, su sorpresa fue tal que se calló en seco. Hasta ese día, el más caluroso que recordada cualquier habitante de Medallion -un día tan caluroso que las moscas dormían y los gatos yacían desparrados con el pelaje extendido como una colcha, tan caluroso que las mujeres encintas se recostaban contra los árboles y lloraban, y las mujeres recordaban un agravio de tres meses atrás y ponían vidrio molido en la comida de sus amantes, y los hombres miraban la comida y pensaban si tendría vidrio y se la comían de todos modos porque hacía demasiado calor para resistirse a hacerlo-, incluso ese día, el

más caluroso de la ola de calor, Eva se estremeció al recordar el penetrante frío y la peste de esa comuna.

Hannah seguía esperando. Con la mirada pendiente de los párpados de su madre. Cuando por fin Eva habló, lo hizo con dos voces. Como si dos personas hablasen a la vez, repitiendo la misma cosa, con fracciones de segundo de diferencia.

-Me hizo pasar tan mal rato. Tan mal rato. No pareció tener ni ganas de nacer. Pero al final salió. Los chicos son algo especial. Tú no puedes saberlo, pero es así. Fue una tarea tan grande hacerlo nacer y mantenerlo vivo. Sólo para conseguir que su corazoncito siguiera latiendo y no se le taparan los pulmoncitos, y cuando volvió de esa guerra parecía como si quisiera volver a meterse dentro. Después de tanto trabajo, sólo para hacerlo salir y mantenerlo vivo, quería volver a meterse en mi vientre y, bueno..., ya no tengo sitio para él aunque pudiera hacerlo. No tenía sitio para él en mi vientre. Y él se arrastraba intentando volver a meterse dentro. Con su inutilidad y sus pensamientos de niño, sus sueños de niño y ensuciándose otra vez los pantalones y siempre sonriente. Tenía espacio de sobra en mi corazón, pero no en mi vientre, ya no. Lo parí una vez y no podía volver a hacerlo. Era un hombre crecido, grande y viejo. Dioseapiadedemí. No podía parirlo dos veces. Me pasaba la noche aquí tumbada y él estaba abajo, en ese cuarto, pero cuando cerraba los ojos le veía... con su metro ochenta, sonriendo y subiendo callandito por la escalera para que no le oyera y abriendo la puerta, despacito para que no le oyera y metiéndose en mi cama para intentar abrirme las piernas, intentando meterse otra vez en mi vientre. Era un hombre, niña, un hombre grande y crecido. Yo no tenía tanto sitio. No paraba de soñar lo mismo. Lo soñaba y sabía que era cierto. Una noche no sería un sueño. Sería verdad y yo lo habría permitido; le habría dejado hacerlo si hubiera tenido sitio, pero un hombre mayor no puede seguir siendo un niño acurrucado en el vientre de su mamá; se ahogaría. Había hecho cuanto podía para que se alejara de mí y viviera su vida y fuera un hombre, pero él no quería y yo tenía que impedir que se me metiera dentro y por eso pensé en una manera para que pudiera morir como un hombre, no hecho un ovillo dentro de mi vientre, sino como un hombre.

Eva no podía ver bien a Hannah por culpa de las lágrimas, pero levantó la mirada hacia ella de todos modos y dijo, a modo de excusa o de explicación o tal vez sólo por una cuestión de modales:

-Pero primero le abracé fuerte. Bien fuerte. Mi dulce ciruela. Mi niño.

Mucho después de que Hannah hubiera dado media vuelta para salir del cuarto, Eva seguía llamándolo por su nombre, mientras se alisaba con los dedos los pliegues del vestido.

Hannah se fue a la cocina, con sus zapatillas de viejo que repicaban sobre la escalera y sobre las tablas del suelo. Abrió el grifo y dejó que el chorro de agua separase los grupos de habichuelas hasta hacerlas flotar en la superficie del cuenco. Las removió con los dedos, escurrió el agua y repitió la operación. Cada vez que las bolitas verdes afloraban a la superficie sentía como una exaltación y las cogía a puñados para hacerlas caer de nuevo de dos en dos o de tres en tres en el agua.

A través de la ventana de encima del fregadero divisaba a los Deweys, que seguían jugando a presidiarios; cuando las ligaduras que los unían por los tobillos les hicieron tropezar, se levantaron con dificultad e intentaron caminar en fila india. Las gallinas se paseaban por su lado, con un ojo sorprendido puesto en ellos y el otro pendiente del fogón de ladrillo donde hervían las sábanas y los frascos de conserva. Sólo los Deweys podían jugar con ese calor. Hannah puso las habichuelas al fuego y, presa de una repentina modorra, fue a acostarse en la salita. Allí hacía todavía más calor, pues las ventanas estaban cerradas para que no entrara el sol. Hannah alisó la manta que cubría el diván y se tumbó. Soñó con una boda con la novia vestida de rojo hasta que entró Sula y la despertó.

Pero antes del segundo suceso fuera de lo común, había ocurrido lo del viento, que fue la primera cosa inusitada. La noche inmediatamente anterior al día en que Hannah le preguntó a Eva si les había querido, el viento sopló con fuerza desde las colinas zarandeando los tejados y aflojando las puertas. Todo se sacudía y, aunque la gente estaba asustada, lo recibió con agrado, tomándolo por un anuncio de lluvia. Se desprendieron las ventanas y los árboles perdieron sus brazos. La gente se pasó la mitad de la noche despierta aguardando el primer relámpago. Algunos incluso habían destapado barriles para recoger el agua de lluvia, que les gustaba mucho para beber y cocinar. Esperaron en vano, pues no hubo rayos ni truenos ni lluvia. El viento se limitó a barrer el lugar, absorbiendo la poca humedad que quedaba en el aire y, después de revolver los patios, continuó su camino. Las colinas del Fondo, como de costumbre, resguardaron la parte del valle donde vivían los blancos y, a la mañana siguiente, todo el mundo se alegró porque el calor era más seco. Y se pusieron a trabajar temprano, pues era el tiempo de hacer conservas y quién sabía si no volvería el viento, esta vez con una lluvia refrescante. Los hombres que traba-

jaban en el valle se levantaron a las cuatro y media de la mañana y escudriñaron el cielo, donde el sol ya había empezado a levantarse como una perra en celo. Golpearon las alas de sus sombreros contra sus piernas antes de ponérselos y bajaron lentamente por la carretera, como viejas promesas que nadie quisiera cumplir.

El jueves, cuando Hannah le subió a Eva sus tomates fritos y sus huevos revueltos bien blandos, con la clara separada para favorecer la suerte, le habló de su sueño de la boda con la novia vestida de rojo. Ninguna de las dos se tomó la molestia de consultarlo, pues ambas sabían que el número que les correspondía era el 522. Eva dijo que lo jugaría cuando pasara el señor Buckland Reed. Después lo recordaría como el tercer hecho inusitado. Ya entonces le había parecido raro, pero el color rojo del sueño la confundió. Y tampoco estaba segura de que fuera el tercer suceso, pues Sula estaba dando la lata, provocando a los Deweys y molestando a la pareja de recién casados. Como tenía trece años, todo el mundo supuso que era cosa de la bajada de la naturaleza, pero sus malos humores y su irritación se hacían difíciles de aguantar. Se le estaba oscureciendo la mancha de nacimiento del párpado, que cada vez se parecía más a un tallo con una rosa. Dejaba caer las cosas, y comió algo que era de los recién casados y empezó a dar la lata a todo el mundo diciendo que los Deweys necesitaban un baño y ella se encargaría de que lo tomaran. Los Deweys, que se ponían frenéticos sólo de pensar en el agua, correteaban por toda la casa llorando como posesos.

-No tenemos que bañarnos, ¿verdad? ¿Tenemos que hacer lo que dice ella? No es sábado.

Incluso despertaron a Tar Baby, que salió de su cuarto para ver qué hacían y después abandonó la casa en busca de música.

Hannah continuó sacando frascos de conserva del sótano y lavándolos, sin hacerles caso. Eva aporreó el suelo con el bastón, pero nadie acudió. Hacia mediodía, todo se había calmado. Los Deweys habían huido, Sula estaba en su cuarto o se había ido a alguna parte. Los recién casados, vigorizados por la sesión amorosa de la mañana, habían salido en busca de trabajo para el día con la alegre seguridad de que no encontrarían nada.

El aire del Fondo quedó impregnado del olor a fruta pelada y verdura hirviente. Maíz tierno, tomates, judías verdes, cortezas de melón. Las mujeres, los niños y los viejos que no tenían trabajo preparaban sus reservas para un invierno que conocían muy bien. Llenaron los frascos de melocotones y cerezas negras (después, cuando refrescara un

poco, prepararían las jaleas y mermeladas). Los avariciosos hacían hasta cuarenta y dos frascos diarios de conserva, a pesar de que algunos, como la señora Jackson, que comía hielo, todavía tenían conservas de 1920.

Antes de empujar su carrito hasta el tocador para coger el peine, Eva se asomó a la ventana y vio a Hannah agachada para encender el fuego en el patio. Y ése fue el quinto hecho inusitado (o el cuarto, si no se incluía el arretrato de Sula).

No pudo encontrar el peine. Nadie tocaba las cosas en la habitación de Eva excepto para limpiar y entonces volvían a dejarlo todo en su sitio. Pero Eva no pudo encontrarlo en ninguna parte. Se soltó las trenzas con una mano mientras con la otra hurgaba en los cajones de la cómoda, y ya empezaba a irritarse cuando lo palpó en el cajón de las blusas. Después, volvió a arrastrarse hasta la ventana para que le diera el aire, si le daba por soplar un poco, mientras se peinaba. Hizo rodar el carrito hasta la ventana y entonces fue cuando vio arder a Hannah. Las llamas del fuego del patio le lamían el vestido de algodón azul y la hacían dar brincos. Eva comprendió que no le quedaba tiempo para nada, como no fuera para llegar hasta allí y cubrir el cuerpo de su hija con el suyo. Levantó su pesada figura apoyándose sobre la pierna sana y rompió el cristal de la ventana con los brazos y los puños. Utilizando el muñón para apoyarse en el alféizar y haciendo palanca con la pierna sana, se arrojó por la ventana. Cortada y sangrante, aleteó en el aire intentando dirigir su cuerpo hacia la figura que bailoteaba envuelta en llamas. Falló y fue a estrellarse a unos cuatro metros del humo que salía de Hannah. Atontada pero todavía consciente, Eva se arrastró hasta su primogénita, pero Hannah, enloquecida, salió corriendo del patio, gesticulando y bamboleándose como un muñeco salido de una caja de sorpresas.

El señor y la señora Suggs, que habían montado su instalación conservera en el patio delantero, la vieron correr bailoteando hacia ellos. Jesús, Jesús -susurraron y entre los dos levantaron el barreño lleno de agua en el que flotaban los prietos tomates rojos y lo vaciaron encima de la mujer envuelta en llamas y humo. El agua apagó las llamas, pero también se convirtió en vapor, escaldó y apergaminó lo poco que quedaba de la hermosa Hannah Peace, quien quedó tirada encima de los tablones de la acera, retorciéndose ligeramente entre los tomates aplastados, con una máscara de agonía tan intensa en la cara que durante años las gentes menearían incrédulas la cabeza al recordarla cuando se reunían.

Alguien le cubrió las piernas con una camisa. Una mujer se desenrolló

el pañuelo de la cabeza y se lo puso encima del hombro. Otra persona corrió hasta la Tienda de Alimentos Frescos y Artículos Varios de Dick para avisar a la ambulancia. Los demás la rodearon impotentes, como girasoles recostados en una valla. Los Deweys se acercaron y pisotearon los tomates, escudriñándola con ojos admirados. Dos coches aparcaron entre la multitud que olfateaba la carne quemada. Los vómitos de una niña rompieron finalmente el profundo silencio e impulsaron a las mujeres a hablar entre ellas y con Dios. En medio de las invocaciones a Jesús, escucharon el tañido hueco de la campanilla de la ambulancia que subía trabajosamente la colina, pero no el «Vosotros, ayudadme» que susurró la mujer moribunda. Entonces alguien se acordó de ir a ver cómo estaba Eva. La encontraron boca abajo, junto a los arbustos de forsitias, gritando el nombre de Hannah, mientras se arrastraba entre los guisantes de olor y el trébol que crecía debajo de los arbustos, en el lateral de la casa. Madre e hija fueron instaladas en sendas camillas y trasladadas hasta la ambulancia. Eva estaba perfectamente consciente. La sangre de las heridas de la cara le cubría los ojos y no pudo ver nada; sólo captó el familiar olor a carne quemada.

Hannah murió camino del hospital. O eso dijeron. Como quiera que fuese, ya se le habían hecho unas ampollas y llagas tan terribles que fue preciso mantener la caja cerrada durante el funeral, y las mujeres que lavaron el cuerpo y lo vistieron para darle sepultura lloraron por su pelo quemado y sus pechos encogidos como si hubiesen sido sus mismísimos amantes.

Cuando Eva llegó al hospital, dejaron su camilla en el suelo. Estaban tan preocupados con la carne ardiente y borboteante de la otra (algunos no habían visto nunca un caso de quemaduras tan extremo) que se olvidaron de ella, y se habría muerto desangrada de no haber sido porque el viejo Willy Fields, el ordenanza, descubrió manchas de sangre sobre sus suelos recién fregados y se fue a investigar de dónde procedían. Cuando reconoció a Eva, enseguida llamó a gritos a una enfermera, que se acercó a comprobar si la negra ensangrentada con una sola pierna estaba viva o muerta. Después de eso, Willy siempre se jactó de haberle salvado la vida a Eva, un hecho indiscutible que ella misma reconocía y por el que le maldijo a diario durante los treinta y siete años siguientes, y habría continuado maldiciéndole el resto de su vida, pero para entonces ya tenía noventa años y se le olvidaban las cosas.

Acostada en la sala del hospital reservada para las gentes de color,

que era un rincón de otra sala más grande separado por un biombo, Eva meditó en la perfección del veredicto emitido en su contra. Recordó el sueño de la boda y se acordó de que los casamientos siempre significaban muerte. Y el vestido rojo seguro que era fuego, como debería haber sabido. También recordó otra cosa y, por mucho que intentó negarla, estaba segura de que mientras estaba caída en el suelo e intentaba arrastrarse entre los guisantes de olor y el trébol para llegar hasta Hannah, había visto a Sula de pie en el porche trasero mirándolo todo sin hacer nada. Cuando Eva, que nunca había sido de las que disimulaban las faltas de sus niños, les comentó a algunos amigos lo que creía haber visto, éstos le dijeron que era natural. Sula probablemente estaba paralizada, como le habría ocurrido a cualquiera que hubiese visto incendiarse a su propia madre. Eva asintió, pero en su fuero interno no estaba de acuerdo y continuó convencida de que Sula se había quedado mirando cómo se quemaba Hannah no porque estuviera paralizada, sino porque estaba interesada.

1927

Los viejos bailaban con los niños. Los chiquillos con sus hermanas y las mujeres de iglesia, que miraban con malos ojos cualquier expresión física de alegría (excepto cuando obedecía a una orden de la mano de Dios), marcaban el compás con los pies. Alguien (el padre del novio, decían todos) había echado una jarra de medio litro de licor de caña en el ponche, con lo cual estaban alegres incluso los hombres que no habían salido disimuladamente por la puerta trasera para echar un trago y también las mujeres que no dejaban que les llegara a la sangre nada más fuerte que la malta. Un niño permanecía de pie junto a la victrola dándole a la manivela y sonriendo mientras escuchaba cantar a Bert Williams *Save a Little Dream for Me*.

Hasta Helene Wright se había ablandado con la caña y recibía sin alterarse las excusas por las copas derramadas encima de la alfombra y no prestaba absolutamente la menor atención a los restos de pastel de chocolate abandonados en el brazo de su sofá de terciopelo rojo. El ramillete de rosas de té que llevaba prendido encima del pecho izquierdo se había desprendido del broche que lo sujetaba y colgaba cabeza abajo. Cuando su marido le señaló a los niños que jugaban a envolverse con las cortinas, se limitó a sonreír y dijo:

-Oh, déjalos que jueguen.

No sólo estaba un poquitín bebida, sino también cansada, y hacía semanas que se sentía así. La boda de su única hija -la culminación de

cuanto ella misma había sido, pensado o hecho en el mundo- le había absorbido unas energías y un empuje que ni ella sabía que tuviera. Había tenido que limpiar a fondo la casa, desplumar pollos, cocinar pasteles y tartas, y se había pasado semanas cosiendo con sus amigas y su hija. Ahora todo se estaba haciendo realidad y bastó un poquitín de licor de caña para que las cuerdas de la fatiga se rompieran y le importasen un comino las cortinas blancas que había sujetado con alfileres sobre la tabla de planchar sólo la mañana antes. Cuando terminara ese día, tendría toda una vida para dar vueltas por la casa y reparar los destrozos.

Una boda de verdad, en una iglesia, con una auténtica recepción después, era algo raro entre las gentes del Fondo. Costoso, para empezar; y la mayoría de los novios acudían simplemente al juzgado, si no eran remilgados, o llamaban al predicador para que les dijera unas palabras, si lo eran. El resto sencillamente se «juntaban». No se mandaban invitaciones. Era una formalidad innecesaria. La gente simplemente iba a verlos, llevándoles un regalo, si lo tenían; sin llevar nada, si no lo tenían. Fuera de quienes trabajaban en las casas del valle, la mayoría no había asistido nunca a una boda por todo lo alto; sencillamente suponían que debía ser bastante parecida a un funeral, con la diferencia de que después no sería necesario recorrer a pie todo el camino hasta el cementerio de Beechnut.

Esa boda ofrecía un atractivo especial, pues el novio era un hombre guapo y apreciado: el tenor del cuarteto masculino de Monte Sión, que gozaba de una fama envidiable entre las chicas y aceptable entre los hombres. Se llamaba Jude Green, y entre las ocho o diez chicas que acudían regularmente a los servicios para oírle cantar había preferido a Nel Wright.

En realidad, no tenía previsto casarse. Entonces tenía veinte años y, aunque su trabajo de camarero en el Hotel Medallion era una bendición para sus padres y sus otros siete hijos, no ganaba ni mucho menos lo suficiente como para mantener a una esposa. Mencionó el tema por primera vez el día en que empezó a correr la voz de que iban a construir en la ciudad una nueva carretera, asfaltada, que atravesaría todo Medallion y bajaría hasta el río, donde iban a levantar un magnífico puente nuevo que comunicaría Medallion con Porter's Landing, la ciudad del otro lado. La guerra había terminado y todavía se respiraba una falsa prosperidad. En un estado de euforia, con ansias de creciente expansión, el consejo de padres fundadores puso sus miras en un futuro que sin duda incluiría los intercambios comerciales entre las ciudades de ambas orillas del río. Unas ciudades que necesi-

taban algo más que una balsa para trasladar a los comerciantes hasta Medallion. Ya habían empezado las obras de la Carretera Nueva del Río (la ciudad siempre tuvo intención de darle otro nombre, un nombre magnífico, pero diez años después, cuando abandonaron el proyecto del puente en favor de un túnel, seguía llamándose Carretera Nueva del Río).

Jude había bajado con algunos otros jóvenes negros hasta el cobertizo donde contrataban a los trabajadores. Tres viejos de color ya habían sido contratados, pero no para trabajar en la carretera sino sólo para las tareas de limpieza, la distribución de la comida y otros pequeños recados. Eran viejos casi inútiles, que no servían prácticamente para otra cosa, y todo el mundo se alegró de que los cogiesen; sin embargo, era una vergüenza ver a esos blancos riéndose con los abuelos mientras rehuían a los jóvenes negros que habrían sido capaces de despanzurrar esa carretera. Hombres como Jude, capaces de trabajar de verdad. El propio Jude ansiaba más que nadie que le cogiesen. No sólo por la buena paga sino, sobre todo, por el trabajo en sí. Quería blandir el pico o arrodillarse para tensar el hilo o palear la grava. Sus brazos anhelaban un esfuerzo más pesado que el de transportar bandejas, el contacto con algo más sucio que las mondaduras; sus pies querían calzar los gruesos zapatones de trabajo, no los zapatos negros de suela fina que exigían en el hotel. Y por encima de todo, deseaba compartir la camaradería de los peones camineros: las ollas del almuerzo, los gritos, el movimiento físico que acabaría produciendo resultados reales, algo que podría mostrar. «Yo construí esa carretera», podría decir. Cuánto más agradable sería la caída del sol comparada con el final de una jornada de trabajo en el restaurante, donde los resultados se medían por el número de platos sucios y el peso del cubo de la basura.

«Yo construí esa carretera.» La gente pisaría durante años el producto de su sudor. Puede que un martillo pilón le aplastara el pie y, cuando le preguntasen por qué cojeaba, podría decir: «Fue mientras construía la Carretera Nueva.»

Fue cuando estaba lleno de esos sueños y su cuerpo ya sentía el roce de las ásperas ropas de trabajo y sus manos ya se curvaban para adaptarse al mango del pico que le habló de matrimonio a Nel. Ella pareció receptiva a la idea, aunque no se mostró exactamente ansiosa. Después de pasarse seis días seguidos haciendo cola y de presenciar cómo el jefe de la cuadrilla seleccionaba a los chicos montañeses de Virginia de flacos brazos, y a los griegos e italianos de grueso cue-

llo de toro y de oír decir una y otra vez: «Nada más por hoy. Vuelve mañana»; por fin captó el mensaje. Y fue la rabia, la rabia y la decisión de desempeñar un papel de hombre a pesar de todo, lo que le impulsó a presionar a Nel para que se decidiese. Necesitaba satisfacer alguno de sus apetitos, verse reconocido en alguna posición de adulto pero, sobre todo, quería que alguien se interesase por su dignidad ofendida y se la tomase muy en serio. Lo suficiente como para abrazarle, lo suficiente como para mecerle y para preguntarle: «Cómo te sientes? ¿Estás bien? ¿Quieres un café?» Y si quería ser un hombre, esa persona no podía seguir siendo su madre. Escogió a la chica que siempre había sido amable, que nunca había parecido ansiosa por casarse; con la cual todo el proyecto aparecería como idea suya, como su conquista. Cuanto más pensaba en el matrimonio, más atractivo le resultaba. Cualquiera que fuese su suerte, cualquiera que fuese la prenda que le tocase vestir, siempre tendría un respunte, un repliegue que ocultada los bordes deshilachados; una persona dulce, trabajadora y leal que le daría cobijo. Y, a cambio, él la protegería, la amaría, envejecería a su lado. Sin esa persona, sería un camarero que se pasaba el día en la cocina, como una mujer. Con ella, sería el jefe de una familia obligado por la necesidad a desempeñar un trabajo poco satisfactorio. La suma de los dos daría un Jude.

Su temor de que los anhelos frustrados de trabajar en la construcción de la carretera la desanimasen no se vieron confirmados. La indiferencia de Nel ante sus insinuaciones de matrimonio se desvaneció en cuanto descubrió su dolor. Jude vio cómo su persona tomaba forma ante los ojos de ella. Realmente quería ayudarle, consolarle, y ¿sería verdad lo que había dicho Ajax en el salón de billar del Uno y Medio? Que «todo lo que buscan, tío, es su propio sufrimiento. Pídeles que mueran por ti y serán tuyas para toda la vida».

Tuviese o no razón en general, Ajax acertó en el caso de Nel. Con la excepción de alguna actitud de mando dirigida a Sula, estaba totalmente desprovista de agresividad. Sus padres habían conseguido reducir a un fulgor mortecino cualquier posible indicio de chispa o vigor. Sólo con Sula había dado rienda suelta esas cualidades, pero su amistad era tan estrecha que a ellas mismas les costaba distinguir los pensamientos de cada una. Durante toda su infancia, el único respiro que había tenido Nel frente a sus severos y poco efusivos padres había sido Sula. Cuando Jude empezó a rondarla, se sintió halagada -les gustaba a todas las chicas- y Sula intensificó el placer que le procuraban sus atenciones, por la sencilla razón de que siempre quería que Nel destacase. Nunca se habían peleado, esas dos, por cuestiones de

chicos, como les ocurre a algunas muchachas, y tampoco competían entre ellas por sus atenciones. En aquel tiempo, un cumplido dirigido a una de ellas era un cumplido para la otra, y la crueldad hacia una constituía un desafío para la otra.

La respuesta de Nel ante la vergüenza y la indignación de Jude la separó de Sula. Y esa nueva sensación que le provocaba el hecho de ser necesitada por alguien que la veía como una individualidad fue superior a su amistad. Ni siquiera sabía que tuviera una nuca hasta que Jude se fijó en ella, o que su sonrisa fuese algo más que la separación de sus labios hasta que él vio en ella un pequeño milagro.

Sula estaba igualmente entusiasmada con el casamiento. Le parecía la actividad perfecta para cuando hubieran terminado la enseñanza básica. Quería ser dama de honor. Sin ninguna otra. Y alentó a la señora Wright a que no se olvidase de ningún detalle, hasta el extremo de pedirle prestada la ponchera de Eva. De hecho, se encargó de resolver la mayoría de los pormenores con gran eficiencia, aprovechándose de la circunstancia de que casi todo el mundo anhelaba complacerla, puesto que hacía pocos años que había muerto su madre y todavía recordaban la expresión de agonía de la cara de Hannah y la sangre en la de Eva.

Y así fue como se bailó en el Fondo el segundo sábado de junio; se bailó en la boda en la que todo el mundo cayó en la cuenta por primera vez de que, aparte de sus magníficos dientes, los Deweys ya no crecerían. Hacía años que medían un metro diez y, aunque poco corriente, su estatura no era insólita. Lo comprendieron al comprobar que, mentalmente, seguían siendo niños. Traviosos, astutos, introvertidos y absolutamente no domesticados, sus juegos e intereses no habían cambiado desde que Hannah los inscribiera a todos juntos en el primer curso escolar.

Nel y Jude, que habían sido el centro de atención durante toda la boda, finalmente quedaron olvidados cuando la recepción se transformó en baile, comida, chismorreos, terreno de juegos y nido de amor. Por primera vez en todo el día, se relajaron y se miraron, y lo que vieron les gustó. Se pusieron a bailar, abriéndose paso entre los demás, y ambos concentraron sus pensamientos en la noche que se aproximaba a grandes pasos. Habían alquilado una habitación en casa de una de las tías de Jude (desafiando las protestas de la señora Wright, que tenía habitaciones de sobra, pero Nel no quería hacer el amor con su marido en casa de su madre) y empezaban a estar impacientes por encontrarse allí.

Como si leyera sus pensamientos, Jude se inclinó y le susurró:

-Yo también.

Nel sonrió y recostó la mejilla en su hombro. El velo que llevaba era demasiado grueso como para permitirle sentir en toda su intensidad el beso que él le estampó en la cabeza. Cuando levantó la mirada hacia él en busca de una última confirmación tranquilizadora, divisó a través de una puerta abierta una delgada figura vestida de azul que se alejaba por el sendero, con pasos apenas ligeramente jactanciosos, en dirección a la carretera. Con una mano se sujetaba el gran sombrero para que la cálida brisa de junio no se lo arrancase de la cabeza. Incluso vista de espaldas, Nel supo que era Sula y que sonreía; que, debajo de su elasticidad, una parte de ella lo estaba observando todo, divertida. Tardarían diez años en volver a verse y su encuentro estaría rodeado de pájaros.

SEGUNDA PARTE

1937

Sula volvió a Medallion acompañada por una plaga de petirrojos. Los temblorosos pajaritos con el pecho color ñame estaban en todas partes y su abundancia inducía a los más pequeños a recibirlos con perversas pedradas en vez de darles la habitual bienvenida. Nadie sabía por qué o de dónde habían venido. Sí sabían que era imposible ir a ninguna parte sin pisar sus mojoncitos perlados y que era un problema tender la ropa, arrancar la maleza o simplemente sentarse en el porche delantero rodeado de petirrojos que revoloteaban y caían muertos por todas partes.

Aunque la mayoría de la gente recordaba la vez en que el cielo se ennegreció durante dos horas con nubes y nubes de palomas y a pesar de estar acostumbrados a los excesos de la naturaleza –demasiado calor, demasiado frío, demasiada poca lluvia, lluvia a raudales, con inundaciones-, todavía temían el proceso a través del cual un acontecimiento relativamente trivial podía llegar a dominar sus vidas y a imponerse sobre sus pensamientos.

A pesar de este miedo, su reacción ante una rareza opresiva, o lo que llamaban días malos, era de una aceptación que bordeaba la bienvenida. Era preciso evitar el mal, pensaban, y naturalmente debían adoptar precauciones para protegerse de él. Pero dejaban que el fenómeno siguiera su curso, que alcanzara su culminación, y jamás ideaban formas para modificarlo, aniquilarlo o impedir que volviera a

repetirse. Lo mismo hacían con las personas.

Lo que los extraños tomaban por apatía, dejadez o incluso generosidad, respondía de hecho a un pleno reconocimiento de la legitimidad de otras fuerzas no benignas. No creían que los médicos pudiesen curar; en su caso, ninguno lo había hecho nunca. No creían que la muerte fuese un accidente: tal vez la vida lo fuese, pero la muerte era deliberada. No creían que la naturaleza actuase torcidamente jamás, aunque pudiera resultar incómoda. Las plagas y la sequía eran para ellos tan «naturales» como la llegada de la primavera. Si la leche podía cortarse, también podían caer los petirrojos sobre ellos, por Dios. El sentido del mal consistía en sobrevivir a él y estaban decididos (sin haber sido conscientes jamás de haberse hecho ese propósito) a sobrevivir a las inundaciones, a los blancos, a la tuberculosis, al hambre y a la ignorancia. Conocían bien la rabia, pero no la desesperación, y no lapidaban a los pecadores por la misma razón que no se suicidaban: estaban por encima de esas cosas.

Sula bajó del autobús, el Cincinnati Flyer, pisó la mierda de petirrojo e inició la larga subida hasta el Fondo. Iba vestida en un estilo lo más próximo al de una estrella de cine que llegaría a ver cualquiera de ellos. Con un vestido de crepé negro salpicado de cintas rosas y amarillas, colas de zorro, un sombrero de fieltro negro con el velo de redicilla caído sobre un ojo. En la mano derecha llevaba un bolso negro con un cierre de abalorios y en la izquierda un maletín de cuero rojo, tan pequeño, tan seductor: nadie había visto nunca nada parecido, ni siquiera la mujer del alcalde o la profesora de música, que había viajado a Roma.

Durante su ascenso colina arriba por Carpenter's Road, con los tacones y los costados de los zapatos orlados de excrementos de pájaro medio secos, atrajo a su paso las miradas de los viejos sentados en los bancos de piedra delante del juzgado, de las amas de casa que arrojaban cubos de agua sobre sus aceras y de los alumnos de la escuela secundaria que regresaban a comer a casa. Cuando llegó al Fondo, la noticia de su regreso había sacado a los negros a sus porches o sus ventanas. Hubo algunos gritos y gestos de saludo dispersos, pero, sobre todo, miradas curiosas. Un niño se le acercó y le dijo:

-¿Le llevo la bolsa, señora?

-Eh, John, vuelve aquí -le gritó su madre antes de que Sula pudiera responderle.

Frente a la casa de Eva había cuatro petirrojos muertos en el sende-

ro. Sula se detuvo y los empujó con la punta del pie hacia la hierba de los lados.

Eva miró a Sula más o menos como había mirado a BoyBoy cuando regresó aquella vez después de haberla dejado sin un céntimo ni ninguna perspectiva de tenerlo. Estaba sentada en su carrito, de espaldas a la ventana (ahora claveteada con tablas) por la que había saltado quemando los pelos que se había arrancado con el peine. Cuando Sula abrió la puerta, levantó los ojos y dijo:

-Debí saber que esos pájaros significaban algo. ¿Dónde tienes el abrigo?

Sula se dejó caer encima de la cama de Eva.

-Más tarde traerán el resto de mis cosas.

-Eso espero. Esas cofias peludas no te serán más útiles que al zorro que las llevaba antes.

-¿Ya no saludas a la gente cuando hace más de diez años que no la ves?

-Si la gente le hace saber a las personas dónde está y cuándo piensa volver, los demás pueden prepararse para recibirla. Si no lo hacen, y se limitan a aparecer así de pronto, tienen que contentarse con el humor que encuentren.

-¿Qué tal tu vida, mamá grande?

-Vamos tirando. Es un detalle que me lo preguntes. Eras bastante despierta cuando querías algo. Cuando necesitabas un poco de calderilla o...

-No me digas lo mucho que me diste, mamá grande, y lo mucho que te debo, y todas esas cosas.

-¿Oh? ¿Así que no puedo hablar de eso?

-De acuerdo. Dilo. -Sula se encogió de hombros y se inclinó, con las nalgas apuntando hacia Eva.

-No llevas ni diez segundos en esta casa y ya estás dando guerra.

-Se necesitan dos para eso, mamá grande.

-Bueno, no empieces nada con la boca que no seas capaz de soportar luego en el trasero. ¿Cuándo piensas casarte? Tienes que tener niños. Eso te calmará.

-No quiero hacer otras personas. Quiero hacerme a mí misma.

-Egoísta. Ninguna mujer tiene derecho a andar suelta por ahí sin un hombre.

-Tú lo hiciste.

-No por gusto.

-Mamá lo hizo.

-No por gusto, te he dicho. No está bien que quieras quedarte sola.

Necesitas..., yo te diré lo que necesitas.

Sula se incorporó.

-Necesito que te calles la boca.

-Nadie me habla así a mí. Nadie...

-Aquí hay una que sí. Te crees que porque tuviste la maldad de cortarte tu propia pierna eso te da derecho a golpear a los demás con el puño.

-¿Quién te ha dicho que me corté la pierna?

-Bueno, la metiste debajo de un tren para cobrar el seguro.

-¡Cuidado, ternera mentirosa!

-Lo tendré.

-La Biblia dice honra a tu padre y a tu madre para que se prolonguen tus días sobre la tierra que tu Dios te ha dado.

-Mamá debió saltarse esa parte. Sus días no fueron demasiado largos.

-¡Boca purulenta! ¡Dios te castigará!

-¿Qué Dios? ¿El que se quedó mirando mientras quemabas a Plum?

-No me hables a mí de quemados. Tú te quedaste mirando cómo se quemaba tu propia madre. ¡Cucaracha loca! A ti deberían haber comido las llamas.

Pero no lo hicieron; ¿está claro? No lo hicieron. Y en adelante, todos los fuegos que haya en esta casa los prenderé yo.

-El fuego del infierno no necesita que nadie lo encienda y ya te está quemando por dentro...

-¡Lo que quema dentro de mí es mío!

-¡Amén!

-¡Dividiré esta ciudad en dos y todo lo que hay en ella antes que permitir que me lo apagues!

-El orgullo lleva a la caída

-¿Y a mí qué diablos me importa caerme?

-Sorprendente frescura.

-Vendiste tu vida por veintitrés dólares al mes.

-Y tú has desperdiciado la tuya.

-Es mía y puedo desperdiciarla si quiero.

-Un día la necesitarás.

-Pero no a ti. No te necesitaré nunca. ¿Y sabes una cosa? A lo mejor una noche, cuando estés adormilada en ese carrito espantando las moscas y tragando saliva, puede que suba callandito hasta aquí con un poco de petróleo y, quién sabe, tal vez ardas con las llamas más brillantes de todas.

Por eso, a partir de ese día Eva le echó el cerrojo a su puerta. Pero no le sirvió de nada. En abril llegaron dos hombres con una camilla y no tuvo tiempo ni de peinarse antes de que la sujetaran a la lona. Cuando se presentó el señor Buckland Reed a recoger su número de la apuesta, se quedó boquiabierto al ver que sacaban a Eva de la casa y a Sula con unos papeles apoyados contra la pared, al pie de los cuales, justo encima de la palabra «tutora», escribió con muy buena letra señorita: Sula Mae Peace.

Sólo Nel captó la textura particular del mes de mayo que siguió a la partida de los pájaros. Tenía un resplandor, un destello de verdes noches de sábado empapadas de lluvia (iluminadas por la novedad de las farolas recién instaladas); de tardes amarillo limón relucientes de bebidas heladas y salpicadas de ranúnculos. Se reflejaba en las caras húmedas de sus hijos y en la suavidad de río de sus voces. Hasta su propio cuerpo no permaneció inmune a la magia. Se sentaba a coser en el suelo como hacia de niña, recogía las piernas bajo el cuerpo o ejecutaba una breve danza al compás de alguna melodía que sonaba en su cabeza. Fueron relajados días bañados por el sol y atardeceres rojos en los que Tar Baby cantaba *Abide With Me* en los rezos, con las pestañas oscurecidas por las lágrimas, su silueta flácida de remordimiento contra las paredes encaladas de San Mateo el Mayor. Escuchándole, Nel se sentía impulsada a sonreír. A responder con una sonrisa a la absoluta belleza que penetraba por las ventanas y despertaba el dolor del cantante, trocando su figura en una visión que apetecía contemplar.

No le extrañó esa magia, aunque sólo ella la veía. Sabía que la causa de todo era la vuelta de Sula al Fondo. Era como si hubiera recuperado la visión de un ojo; como si le hubiesen extirpado una catarata. Su vieja amiga había vuelto a casa. Sula. La que le hacía reír, le hacía ver las cosas conocidas con nuevos ojos y en cuya presencia se sentía inteligente, amable y un poquitín descocada. Sula, cuyo pasado había compartido y con quien el presente era un continuo intercambio de puntos de vista comunes. Hablar con Sula siempre había sido como mantener una conversación consigo misma. ¿Existía otra persona delante de la cual jamás pudiera quedar en ridículo? ¿Para quien los defectos fuesen meras peculiaridades; un rasgo de carácter, más que una insuficiencia? ¿Existía otra persona capaz de dejar a su paso esa estela de diversión y complicidad? Sula nunca competía; se limitaba a dejar que los demás se definiesen. Las demás personas parecían sintonizar su volumen y aumentarlo cuando Sula estaba presente. Sobre

todo, con ella había vuelto el sentido del humor. Podía oír el crujido del azúcar que los niños habían derramado sin coger la vara, y se olvidaba del desgarrón en la persiana de la salita. Hasta el amor que Nel sentía por Jude, y que con los años había ido tejiendo una persistente tela de araña gris alrededor de su corazón, se transformó en luminoso y relajado afecto, con una despreocupación que se reflejó en su vida amorosa.

Sula se presentaba cualquier tarde con su andar fluido, luciendo un sencillo vestido amarillo con el mismo estilo con que su madre, Hannah, vestía esas batas de casa demasiado grandes, con una distancia, una falta de relación con las ropas que subrayaba todo cuanto cubría la tela. Cuando arañaba la mosquitera, como en los viejos tiempos, y entraba en la casa, los platos apilados en el fregadero parecían estar en su lugar; el polvo de las lámparas relucía; no era necesario recoger disculpándose el cepillo del pelo abandonado en el sofá «bueno» de la salita, y los sucios, intratables hijos de Nel parecían tres criaturitas salvajes alegremente despreocupadas bajo el resplandor de mayo.

-Hola, chica. -La mancha en forma de rosa del párpado de Sula confería a su mirada una insinuación de asombrada alegría. Nel no la recordaba tan oscura.

-Hola. Pasa, ven aquí.

-¿Cómo te va? -Sula retiró una pila de pañales planchados de una silla y se sentó.

-Oh, todavía no he estrangulado a nadie, o sea que supongo que todo va bien.

-Bueno, avísame si cambias de opinión.

-¿Hay que matar a alguien?

-A la mitad de este pueblo.

-¿Y la otra mitad?

-Se merece una larga enfermedad.

-Oh, vamos ya. ¿Tan espantoso te parece Medallion?

-¿Nadie te lo había dicho todavía?

-Has estado demasiado tiempo fuera, Sula.

-No demasiado tiempo, pero tal vez sí demasiado lejos.

-¿Qué quieres decir con eso? -Nel se mojó los dedos en un cuenco de agua y humedeció un pañal.

-Oh, no lo sé.

-¿Quieres un té frío?

-Mmmm. Con mucho hielo, estoy que ardo. -Todavía no ha venido el hombre del hielo, pero está bueno y fresquito.

-Perfecto.

-Espero no haberme precipitado al ofrecértelo. Entran y salen tantos niños de esta casa. -Nel se agachó para abrir la nevera.

-Te estás pasando, Nel. Jude debe estar agotado.

-¿Dude debe estar agotado? Mi espalda te importa un comino, ¿verdad?

-¿Ahí es donde está el secreto, en tu espalda?

-¡Qué va! Jude cree que está en todas partes.

-Y tiene razón, está en todas partes. Me alegra que lo haya encontrado, sea lo que sea. ¿Te acuerdas de John L.?

-¿Cuando Shirley dijo que la derribó junto al pozo e intentó metérsela en la cadera? -Nel soltó una risita al recordar esa anécdota de la adolescencia-. Debería haberle dado las gracias. ¿La has visto desde que has vuelto?

-Mmmm. Parece un buey.

-Vaya negro tonto, ese John L.

-Tal vez. A lo mejor sólo fue una cuestión sanitaria.

-¿Sanitaria?

-Bueno, piénsalo un poco. ¿Te imaginas a Shirley despatarrada delante de ti? ¿No preferirías apuntar a la cadera?

Nel hundió la cabeza entre los brazos cruzados salpicando con lágrimas de risa los pañales calientes. Una risa que le hizo flaquear las piernas y le estimuló la vejiga. Su rápido gorjeo de soprano y el profundo carcajeo soñoliento de Sula entonaron un dúo que asustó al gato e hizo entrar a los niños del patio, intrigados primero por los sonidos desenfrenados, encantados después al ver que su madre se alejaba dando traspiés en dirección al baño, sujetándose el vientre con las manos, mientras canturreaba en medio de la risa:

-Oh, oh, Señor. Sula, no sigas.

Mientras, la otra, la de la siniestra marca negra encima del ojo, se reía quedamente y seguía provocando a su madre:

-La pulcritud también cuenta. Sabes qué viene después de la limpieza...

-Ssst. -El ruido de la puerta del baño al cerrarse cercenó la súplica de Nel.

-¿De qué os reís?

-Cosas de otros tiempos. Cosas ya pasadas, de los viejos tiempos.

-Cuéntanoslas.

-¿A vosotros? -La mancha negra dio un brinco.

-Uh, uh. Cuéntanoslo.

-Lo que nos divierte a nosotras no os haría gracia a vosotros.

-Uh, uh, que sí, que si.

-Bueno, hablábamos de gente que conocíamos cuando éramos pequeñas.

-¿Mi mamá fue pequeña?

-Si, claro.

-¿Y qué pasó?

-Bueno, un chico que conocíamos que se llamaba John L. y una chica llamada...

Nel volvió a la cocina con la cara mojada. Se sentía como nueva, reblandecida y nueva. Hacía tantísimo tiempo que no se reía con tantas ganas. Había olvidado cuán profundamente podía sacudirla a una la risa. Una experiencia tan distinta del surtido de risitas y sonrisas con que había aprendido a contentarse en los últimos años.

-Oh, cielos, Sula. No has cambiado nada. -Se secó los ojos-. ¿Qué buscábamos con todo eso en el fondo? ¿Todo ese ajetreo para hacerlo y no hacerlo, todo a la vez?

-Me dejapasmada. Una cosa tan sencilla. -Pero desde luego le sacamos mucho jugo y los chicos estaban más en la luna que nosotras.

-Nadie podría haber estado más en la luna que yo.

-Deja de mentir. Eras la preferida de todos.

-¿Sí? ¿En serio?

-Y sigues siéndolo. Tú fuiste la que te marchaste.

-Eso es cierto.

-Cuéntame cosas. De la gran ciudad.

-Es grande, eso es todo. Un Medallion en grande.

-No. Me refiero a la vida allí. Los nightclubes y las fiestas...

-Estaba en la universidad, Nellie. No hay nightclubes en el campus.

-¿El campus? ¿Así lo llaman? Bueno. Ya hace.... ¿cuánto?, ¿diez años...?, que no estás en la universidad. Y no le escribiste a nadie. ¿Por qué no me escribiste nunca?

-Tú tampoco lo hiciste.

-¿Y adónde iba a escribirte? Sólo sabía que estabas en Nashville. Le pregunté por ti un par de veces a miss Peace.

-¿Y qué te dijo ella?

-No conseguí entender gran cosa. Ya sabes que se ha vuelto cada vez más rara desde que salió del hospital. Por cierto, ¿cómo está?

-Igual, supongo. No demasiado bien.

-¿No? Sé que Laura se encargaba de cocinarle y esas cosas. ¿Todavía lo hace?

-No. La despedí.

-¿La despediste? ¿Por qué?

-Me ponía nerviosa.
-Pero lo hacía sin cobrar, Sula.
-Eso es lo que tú crees. Robaba todo lo que podía.
-¿Y desde cuándo te molesta que la gente robe?
Sula sonrió.
-De acuerdo. Te he mentado. Querías una explicación.
-Bueno, dame la verdadera.
-No sé cuál es la verdadera razón. Simplemente estaba fuera de lugar en esa casa. No me gustaba verla revolviendo en los armarios, toqueteando las ollas y el punzón del hielo...
-Desde luego, has cambiado mucho. Esa casa siempre ha estado llena de gente que revolvía los armarios y toqueteaba las cosas.
-Entonces ésa debe ser la razón.
-Sula. No te pongas así.
-Tú también has cambiado. Antes no tenía que explicártelo todo.
Nel se ruborizó.
-¿Quién les hace la comida a los Deweys y a Tar Baby? ¿Tú?
-Sí, yo, claro. Además, Tar Baby no come y los Deweys siguen tan locos como antes.
-Me contaron que la mamá de uno vino a buscarlo pero no pudo saber cuál de los tres era.
-Nadie lo sabe.
-¿Y Eva? ¿También te ocupas de sus cosas?
-Bueno, veo que no te has enterado, así que voy a contártelo. Eva está muy mal de verdad. Tuve que llevarla a un lugar donde pudieran vigilarla y cuidarla.
-¿Qué lugar es ése?
-Ahí, junto a Beechnut.
-¿Quieres decir la residencia de la iglesia blanca? ¡Sula! Ése no es un lugar para Eva. Todas esas mujeres son pobres cómo ratas y no tienen absolutamente a nadie. La señora Wilkens y las demás. Chochean y se hacen las cosas encima; han perdido completamente el seso. Eva es rara, pero sabe lo que hace. No creo que esté bien, Sula.
-Me da miedo, Nellie. Por eso...
-¿Miedo? ¿Eva?
-Tú no la conoces. ¿Sabías que quemó a Plum?
-Oh, lo oí decir hace años. Pero nadie lo creyó en serio.
-Deberían haberlo creído. Es la verdad. Yo la vi. Y cuando volví empezó a tramar la manera de liquidarme también a mí.
-¿Eva? Me cuesta mucho creerlo. Casi se mató intentando salvar a tu madre.

Sula se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa.

-¿Te he mentado alguna vez?

-No. Pero podrías estar equivocada. ¿Por qué iba a hacer Eva...?

-Sólo sé que tengo miedo. Y no puedo irme a ningún otro sitio. Sólo quedamos nosotras dos, *Eva* y yo. Supongo que no debí volver. No se me ocurría qué otra cosa podía hacer. Tal vez debería haber hablado contigo primero. Siempre fuiste más sensata que yo. Antes, siempre que yo tenía miedo, tú sabías exactamente lo que convenía hacer. El punto donde se había cerrado el agua apareció ante sus ojos. Nel dejó la plancha encima del fogón. Ahora lo entendía todo. Sula, como de costumbre, era incapaz de tomar decisiones excepto sobre cuestiones triviales. En cuanto se trataba de cosas serias e importantes, reaccionaba de un modo emocional e irresponsable y dejaba a los demás la tarea de recomponer las cosas después, y cuando le entraba el miedo, hacía cosas increíbles. Como esa vez con el dedo. Cualquier cosa que hubiesen podido hacerles esos extranjeros no habría sido tan grave como lo que ella misma se había hecho. Pero Sula tenía tanto miedo que, para protegerse, se mutiló.

-¿Qué quieres que haga, Nellie? ¿Quieres que me la lleve otra vez a casa y vuelva a dormir con el cerrojo echado?

-No. Además, supongo que ya es demasiado tarde para eso. Pero podemos buscar una manera de que esté atendida y no la hagan pasar malos ratos.

-Lo que tú digas.

-¿Cómo está la cuestión de dinero? ¿Tiene alguna cosa?

Sula se encogió de hombros.

-Siguen llegando los cheques. No es gran cosa, no como antes. ¿Debería pedir que los extendiesen a mi nombre?

-¿Puedes conseguirlo? Entonces, hazlo. Podríamos conseguir que disfrutase de algunas comodidades especiales. Ese sitio es un desastre, ya lo sabes. Jamás aparece un médico por ahí. Todavía no entiendo cómo consiguen sobrevivir tanto tiempo ahí metidas.

-¿Por qué no pido que hagan los cheques a tu nombre, Nellie? Vales más que yo para estas cosas.

-Oh, no. La gente diría que me llevo algo entre manos. Tú tienes que encargarte de eso. ¿Hannah tenía un seguro?

-Sí. Y Plum también. Había cobrado todo ese seguro del ejército.

-¿Queda todavía algo?

-Bueno, fui a la universidad con parte de ese dinero. Eva puso el resto en el banco. Pero lo averiguaré. Tendré que explicárselo todo a los del banco. -¿Querrás acompañarme?

-Naturalmente. Ya verás como todo saldrá bien.

-Me alegra haberte hablado de todo esto. Me tenía preocupada.

-Bueno, las lenguas se moverán, pero mientras nosotras sepamos cuál es la verdad lo demás no importa.

En ese momento, entraron los niños para anunciar la llegada de su padre. Jude abrió la puerta trasera y entró en la cocina. Todavía era un hombre muy guapo y la única diferencia que detectó Sula fue el fino bigotito afilado debajo de la nariz y el peinado con raya.

-Hola, Jude. ¿Qué cuentas de bueno?

-Cuando manda el hombre blanco, no hay nada bueno.

Sula se rió mientras Nel, muy sensible a sus estados de ánimo, ignorando la sonrisa de su marido, le preguntaba:

-¿Mal día, cariño?

-La misma vieja historia de siempre -contestó él, y les contó un breve incidente sobre un insulto personal recibido de un cliente y de su patrón, un relato quejoso a medio camino entre la rabia y un suplicante deseo de consuelo. Terminó con el comentario de que al hombre negro le había tocado labrar un duro surco en este mundo.

Esperaba que su relato enlazase con una cálida conmiseración lechosa pero, antes de que Nel pudiese segregarla, Sula dijo que ella no lo veía así, que su vida le parecía bastante buena.

-Repite eso -dijo con una muy leve irritación, mirando a esa amiga de su mujer, esa mujer delgada, no exactamente fea, pero tampoco atractiva, con una cobra encima del ojo. Tal como él la veía, debía estar removiendo cielo y tierra intentando encontrar algún hombre dispuesto a cargar con un montón de labia y de lengua. Sula sonreía.

-Quiero decir que no veo a qué vienen tantas quejas. Yo veo que todo el mundo os quiere. Los blancos os quieren. Dedicar tanto tiempo a pensar en vuestros penes que se olvidan de los suyos. Sólo piensan en cortarles las partes a un negro. Y si eso no es cariño y respeto, que me digan qué es. ¿Y las mujeres blancas? Os persiguen hasta el último rincón de la tierra; os buscan debajo de cada cama. Conocí a una mujer blanca que jamás salía de casa después de las seis por miedo a ser raptada por uno de vosotros. ¿Eso no es amor? Nada más veros, piensan que vais a violarlas y, si no se produce la esperada violación, gritan denunciándola de todos modos para que la persecución no sea inútil. Las mujeres de color sufren hasta ponerse enfermas intentando no separarse de vosotros. Hasta los niños, blancos y negros, chicos y chicas, se pasan toda la infancia angustiados pensando que no les queréis. Y por si eso fuera poco, os queréis entre vosotros. Nadie quiere tanto a un hombre negro como otro hombre negro. Una oye

hablar de hombres blancos solitarios, ¿pero negros? No pueden estar separados ni un momento del día. De modo que yo diría que sois la envidia de todo el mundo.

Jude y *Nel* se reían y él dijo:

-Bueno, si ésa es su única forma de demostrarlo, cortándome los huevos y metiéndome en la cárcel, prefiero que se olviden de mí.

Pero, para sus adentros, pensaba que Sula tenía una curiosa visión de las cosas y que su amplia sonrisa atenuaba un poquitín la amenaza de la serpiente de cascabel que lucía encima del ojo. Una mujer graciosa, se dijo, no tan fea. Pero comprendía que no se hubiese casado; podía estimular mentalmente a un hombre, pero no le decía nada a su cuerpo.

Se dejó olvidada la corbata. La de las listas amarillas irregulares inclinadas sobre el fondo azul oscuro. Quedó colgada encima de la puerta del armario apuntando firmemente hacia abajo, aguardando con absoluta confianza el regreso de Jude.

¿Era posible que se hubiese ido si su corbata seguía allí? Se acordaría de ella y volvería a buscarla y entonces ella..., uh. Entonces podría... decírselo. Podría sentarse reposadamente y decírselo. «Pero, Jude -le diría-, Tú me conocías. Me habías conocido durante todos esos días y años, Jude. Conocías mis costumbres y mis manos y los pliegues de mi vientre y sabías cómo intentamos que Mickey tomara el pecho y lo que pasó esa vez cuando el casero dijo..., pero tú dijiste..., y yo lloré, Jude. Me conocías y me habías oído hablar por la noche y me habías oído en el baño y te habías burlado de mi faja raída y yo me reí contigo, porque yo también te conocía, Jude. ¿Cómo se explica entonces que pudieras dejarme cuando me conocías?»

Pero estaban a cuatro patas, desnudos, sin tocarse excepto con los labios, ahí mismo en el suelo, en el lugar que señala la punta de la corbata, a cuatro patas como (uhú, adelante, dijo), como perros. Morisqueándose, sin tocarse siquiera, sin mirarse siquiera, sólo con los labios, y cuando abrí la puerta no levantaron la vista ni un segundo y creí que la razón por la que no habían levantado los ojos era que no estaban haciendo eso. Así que no pasa nada. Yo estoy aquí de pie. Ellos no están haciendo eso. Estoy aquí de pie, viéndolo, pero en realidad no lo están haciendo. Pero después levantaron la vista. O tú lo hiciste. Tú levantaste los ojos, Jude. Y si al menos no me hubieses mirado como los soldados en el tren, como miras a los niños cuando entran mientras estás escuchando a Gabriel Heatter e interrumpen tus

pensamientos, sin fijar exactamente la mirada sobre ellos, concediéndoles un instante, una fracción de tiempo para que piensen en lo que están haciendo, en lo que están interrumpiendo, y se vuelvan por donde han venido, para que puedas seguir escuchando a Gabriel Heater. Y me quedé sin saber cómo mover los pies ni dónde poner los ojos ni nada. Sólo pude quedarme ahí parada, viéndolo todo y sonriendo, porque a lo mejor había una explicación, alguna cosa importante que yo no sabía y que lo justificaría todo. Esperaba que Sula me mirase de un momento a otro y dijese una de esas preciosas palabras universitarias, como *estética* o *informe*, que nunca entendía pero que me encantaban porque sonaban tan agradables y tan rotundas. Y por fin, simplemente, te levantaste y empezaste a vestirme y te colgaban las partes, tan blandas, y te abrochaste el cinturón pero te olvidaste de cerrar la bragueta y ella se había sentado en la cama, sin molestarse siquiera en vestirse, porque en realidad no le hacía falta, ya que por alguna razón yo no la veía desnuda, sólo tú la veías así. Tenía el mentón apoyado en la mano y estaba sentada como un visitante venido de fuera que espera que sus anfitriones pongan fin a una discusión para poder continuar con la partida de cartas y yo estaba deseando que se marchase para poder decirte en privado que te habías olvidado de abrocharte la bragueta, porque no quería decírtelo delante de ella, Jude. E incluso cuando empezaste a hablar, no podía oírte porque estaba preocupada pensando que no sabías que tenías la bragueta abierta y también estaba asustada, porque tus ojos me miraban como los de los soldados esa vez en el tren, cuando mi madre se convirtió en flan.

¿Recuerdas qué grande nos pareció el dormitorio? dude? Que cuando nos mudamos aquí dijimos: Bueno por fin tenemos un dormitorio bien grande, pero entonces lo vi pequeño, Jude, y tan desordenado, y puede que siempre estuviera así, pero habría preferido haber barrido debajo de la cama, porque me avergonzaba ver el polvo en ese cuarto tan pequeño. Y entonces pasaste junto a mí y me dijiste -Volveré a por mis cosas.

Y lo hiciste, pero te dejaste olvidada la corbata.

El reloj tictaqueaba. Nel lo miró y descubrió que eran las dos y media; sólo faltaban tres cuartos de hora para que los niños volviesen del colegio y todavía no había sentido nada adecuado ni sensato y ahora ya no tenía tiempo ni lo tendría hasta la noche, cuando estuvieran durmiendo y pudiera meterse en la cama y tal vez entonces podría. Podría pensar. ¿Pero cómo podría pensar en esa cama donde hab-

ían estado ellos y donde también ellos habían estado y donde ahora sólo quedaba ella?

Miró a su alrededor en busca de un lugar donde meterse. Un sitio pequeño. ¿El armario? No. Demasiado oscuro. El cuarto de baño. Era pequeño y luminoso a la vez, quería estar en un lugar muy pequeño y muy, muy luminoso. Suficientemente pequeño como para contener su pena. Con luz suficiente como para poner de relieve las cosas oscuras que se atropellaban dentro de ella. Una vez dentro, se dejó caer sobre las baldosas del suelo, al lado del inodoro. De rodillas, con la mano apoyada en el reborde frío de la bañera, esperó que ocurriera algo... dentro de su cuerpo. Notó una agitación, un movimiento de barro y hojas secas. Pensó en las mujeres en el funeral de Pollo Little. Las mujeres que chillaban ante el féretro y junto a la tumba abierta. Lo que a partir de entonces había considerado como un comportamiento poco digno le parecía muy apropiado ahora; sus gritos se dirigían contra la nuca de Dios, su gigantesco cogote, la enorme cara posterior de la cabeza que había vuelto de espaldas a ellas en el momento de la muerte. Pero ahora le pareció que no estaban dando rienda suelta a un vengativo dolor de puño alzado sino a la mera obligación de decir algo, de hacer algo, de sentir algo en relación al muerto. No podían permitir que ese suceso que les destrozaba el corazón pasase desapercibido, inadvertido. Era malsano, antinatural dejar partir a los muertos con un mero sollozo, un ligero murmullo, un ramo de rosas de buen gusto. El buen gusto estaba fuera de lugar cuando se trataba de la muerte, que constituía la esencia del mal gusto. Y en su presencia tenía que haber rabia y saliva. El cuerpo tenía que moverse y agitarse, y la garganta tenía que dar rienda suelta a todos los anhelos, a la desesperación y a la cólera que acompañan la estupidez de una pérdida.

«El verdadero infierno del Infierno es que no se acaba nunca.» Sula había dicho eso. Decía que hacer cualquier cosa eternamente, para siempre, era el infierno. Entonces Nel no lo había entendido, pero ahora, en el baño, mientras intentaba sentir algo, pensó: «Sería feliz si pudiera tener la seguridad de poder quedarme aquí, en este cuartito blanco, con las baldosas sucias y el agua que gorgotea en las cañerías, y mi cabeza apoyada en el borde fresco de esta bañera, sin tener que cruzar nunca más esa puerta. Si pudiera tener la seguridad de que nunca tendré que levantarme y tirar la cadena, ir a la cocina, ver crecer y morir a mis hijos, ver mi comida mordisqueada en mi plato... Sula se equivocaba. El infierno no es algo que dure para siempre. El infierno es el cambio.» No sólo se iban los hombres y los niños

crecían y morían; ni siquiera el sufrimiento duraba. Un día no le quedaría ni eso. Hasta ese sufrimiento que la hacía yacer encorvada en el suelo y que le arrancaba la piel habría desaparecido. También lo perdería.

«Pero qué hago, hasta en mi odio tengo que pensar en lo que dijo Sula.»

En cuclillas en el pequeño cuartito luminoso, Nel esperó. Esperó que surgiese el grito más atávico. Un grito que no estaba dirigido a los demás, que no era de conmiseración hacia un niño quemado o un padre muerto, sino un lamento profundamente personal por el propio dolor. Un sonoro, estridente «¿Por qué yo?» Y esperó. El barro se removió, las hojas se agitaron, la envolvió un olor a cosas verdes demasiado maduras que anunciaba el inicio de su propio aullido particular. Pero éste no llegó.

El olor se evaporó, las hojas se quedaron quietas, el barro se precipitó. Y finalmente no quedó nada, sólo un resabio de algo seco y desagradable en la garganta. Se levantó asustada. A su derecha, en el aire, pegado a ella, justo fuera del alcance de su vida, había algo. No podía verlo, pero sabía exactamente qué aspecto tenía. Una bola gris ahí suspendida. Exactamente a su lado. A la derecha. Inmóvil, gris, sucia. Una bola de cordeles fangosos, pero ingrávida, mullida pero de una terrible malevolencia. Sabía que no podría mirarla, de modo que cerró los ojos y se deslizó por su lado para salir del baño, y cerró la puerta a sus espaldas. Transpirando de miedo, entró en la cocina y salió al porche trasero. Los arbustos de lilas se pavoneaban junto a la barandilla, pero todavía no tenían flores. ¿No había llegado el tiempo? Seguro que sí. Miró hacia el patio de la señora Rayford, al otro lado de la valla. Los suyos tampoco tenían flores. ¿Habría pasado ya el tiempo? Se entregó con entusiasmo a este interrogante, mientras seguía teniendo muy presente todo el rato algo en lo que sin embargo no pensaba. Era la única forma apartar de sus pensamientos la esquirra que tenía en la garganta.

Pasó todo el verano con la bola gris, la bolita de piel y cordeles y pelo continuamente suspendida junto a ella bajo la luz, pero sin verla nunca porque nunca la miró. Pero eso era lo terrible, el esfuerzo que tenía que hacer para no mirar. Pero seguía allí de todos modos, justo a la derecha de su cabeza y tal vez un poquito más abajo, junto a su hombro. Por eso, cuando los niños fueron a ver una película de monstruos y dijeron: «Mamá, ¿por qué no duermes con nosotros esta noche?», dijo que sí, que de acuerdo, y se metió en la cama con los dos

niños, que estaban encantados, y con la niña, que no lo estaba. Durante largo tiempo fue incapaz de no acostarse con los niños y cada vez se decía que podían soñar con dragones y necesitarían que estuviese allí para consolarles. Era agradable pensar en sus sueños de miedo y no en una bola de piel. Tenía incluso la esperanza de que se le contagiaran sus sueños, ofreciéndole el maravilloso alivio de una pesadilla que le permitiera abandonar su permanente temor a volver la cabeza para acá o para allá y, entonces, verla. Eso era lo que le daba miedo: verla. No se abalanzaba sobre ella; nunca se le acercaba ni intentaba golpearla. Se limitaba a permanecer allí suspendida para que la viera, si quería, y, oh Dios mío, para que la tocara, si quería. Pero ella no quería verla, nunca, porque, si la veía, podía llegar a tocarla, o a querer hacerlo, ¿y qué ocurriría entonces, si llegaba a alargar la mano y la tocaba? Probablemente moriría, pero nada peor que eso. Morir no le importaba, porque era como dormir y no había bolas grises después de la muerte, ¿o sí? ¿O sí las había? Tendría que preguntárselo a alguien, a alguna persona en quien pudiera confiar y que supiera muchas cosas, como Sula, pues Sula lo sabría o, si no lo sabía, diría alguna cosa graciosa que la tranquilizaría. Oh no, Sula, no. Ahí estaba, metida en ese asunto, detestándolo, temiéndolo, y volvía a pensar en Sula como si todavía fuesen amigas y se contasen las cosas. Era demasiado.

Haber perdido a Jude y no tener a Sula para poder hablarlo, porque había sido por Sula que él la había dejado.

Ahora sus muslos estaban realmente vacíos. Y fue entonces cuando comprendió el sentido de lo que habían dicho esas mujeres cuando hablaban de no volver a mirar a otro hombre, pues la clave, el meollo de lo que habían dicho, estaba en la palabra mirar. No se trataba de prometer no hacer nunca más el amor con otro hombre, ni de negarse a casarse con otro hombre, sino de prometer y comprender que jamás podría volver a arriesgarse a mirar, a ver y aceptar el perfil de su cabeza en el aire o a ver lunas y ramas de árbol enmarcadas por sus cuellos y sus hombros... No volver a mirar jamás, porque ahora no podía arriesgarse a mirar y, además, ¿para qué? Porque ahora sus muslos estaban realmente vacíos y también muertos, y era Sula quien les había arrebatado la vida y Jude

141

quien le había destrozado el corazón y entre los dos la habían dejado sin muslos y sin corazón; sólo con su cerebro, que no paraba de dar vueltas.

¿Y qué se supone que debo hacer ahora con estas viejas piernas, pa-

searme por estas habitaciones y ya está? ¿Para qué me sirven, Jesús? Jamás me darán la serenidad que necesito para llegar del amanecer a la puesta del sol, ¿para qué me sirven?, intentas decirme que tendré que recorrer de cabo a cabo todos estos días hasta el final. Oh, Dios mío, hasta llegar a la caja con cuatro asas sin que nadie repose jamás entre mis piernas, aunque remiende esas viejas fundas de almohada y friegue el porche y dé de comer a mis hijos y sacuda las alfombras y suba el carbón de la carbonera, aun así, nadie. Oh, Jesús, podría ser una mula o arar los surcos con mis manos si fuese necesario, si supiese que en algún lugar de este mundo, en las profundidades de alguna noche, podría abrir mis piernas para recibir las estrechas caderas de algún vaquero, pero intentas decirme que no y, oh, mi dulce Jesús, ¿qué clase de cruz es ésta?

1939

Cuando corrió la voz de que habían metido a Eva en Sunnydale, la gente del Fondo meneó la cabeza y dijo que Sula era una cucaracha. Más adelante, cuando la vieron llevarse a Jude, para después reemplazarlo por otros, y supieron que él se había comprado un billete de autobús para Detroit (donde compraba pero nunca echaba al correo felicitaciones de cumpleaños para sus hijos), se olvidaron de las costumbres ligeras de Hannah (o de las propias) y dijeron que era una zorra. Todo el mundo recordaba la plaga de petirrojos que había anunciado su regreso y volvió a salir a la luz la historia de cómo se había quedado mirando cómo se quemaba Hannah.

Pero la etiqueta definitiva se la pusieron los hombres, que la encasillaron de forma definitiva. Fueron ellos quienes dijeron que era culpable de lo imperdonable, de la única cosa para la que no había comprensión, ni excusa, ni compasión. El camino sin retorno, la suciedad imposible de lavar. Dijeron que Sula se acostaba con hombres blancos. Puede que no fuese cierto, pero sin duda podría haberlo sido. Era a todas luces capaz de ello. De un modo u otro, todos se volvieron contra ella cuando corrió ese rumor. Al oírlo, las viejas apretaban los labios; los niños evitaban mirarla, avergonzados; los jóvenes imaginaban elaboradas torturas para ella... sólo para que luego volviera a hacérseles agua la boca cuando la veían.

Cada uno imaginaba la escena según sus propias predilecciones -Sula debajo de un hombre blanco- y la visión les llenaba de sofocante asco. No habría podido hacer nada más bajo, más inhumano. El hecho de que el color de su propia piel demostrase que lo mismo había ocurrido

en sus propias familias no mitigaba su cólera. Como tampoco actuaba como atenuante la consideración de que los hombres negros estuvieran bien dispuestos a meterse en la cama de las mujeres blancas, algo que podría haberles inducido a la tolerancia. Insistían en que todas las uniones entre hombres blancos y mujeres negras debían ser violaciones; que una mujer negra accediese de buen grado resultaba literalmente impensable. Con lo cual, manifestaban hacia la integración exactamente el mismo rencor que los blancos.

Así, empezaron a atravesar palos de escoba detrás de sus puertas por las noches y a esparcir sal sobre las escaleras de los porches. Pero, aparte de un par de fallidos intentos de recoger el polvo de sus pisadas, no intentaron hacerle daño. Como siempre, los negros miraron impertérritos el mal y dejaron que siguiera su curso.

Sula no dio muestras de haber advertido ninguno de sus intentos de exorcismo ni de sus chismorreos y no parecía necesitar los servicios de nadie, lo cual les impulsó a vigilarla con mayor atención que a cualquier otra cucaracha o zorra de la ciudad, y sus esfuerzos se vieron recompensados. Empezaron a ocurrir cosas.

Para empezar, Teapot llamó a su puerta para preguntarle si tenía botellas vacías. Era un niño de cinco años, hijo de una madre indiferente, cuyos únicos intereses giraban en torno a la puerta del salón de billar del *Uno y Medio*. Se llamaba Betty, pero la llamaban la mamá de Teapot, porque ser su madre era precisamente su mayor fracaso. Cuando Sula le dijo que no, el niño dio media vuelta y se cayó por la escalera. No consiguió levantarse enseguida y Sula se acercó a ayudarlo. Su madre, que en ese momento regresaba tambaleándose a su casa, vio a Sula inclinada sobre la cara dolorida de su hijo. En un arranque de preocupado, aunque ebrio, instinto maternal cogió a Teapot y se lo llevó en volandas a casa. Le contó a todo el mundo que Sula le había empujado, y lo contó con tanta indignación que se vio obligada a seguir el consejo de sus amistades y llevarlo al hospital del distrito. Los dos dólares que tanto le dolía gastar resultaron bien invertidos, pues Teapot tenía en efecto una fractura, aunque el médico dijo que una mala alimentación había contribuido considerablemente a la fragilidad de sus huesos. De todos modos, la mamá de Teapot fue el centro de mucha atención y se entregó de lleno a un papel por el que hasta entonces no había manifestado la menor inclinación: el de madre. La sola idea de que una mujer adulta le hubiese hecho daño a su niño le daba dentera. Y se convirtió en la más devota de las madres: sobria, limpia y trabajadora. Dejó de darle una moneda a Teapot para que fuera a desayunar barras de dulce y refrescos en lo de

Dick y al niño se le acabaron las horas de soledad o de vagabundeo por las calles mientras ella estaba ocupada en otras cosas. Fue un cambio claramente favorable, aunque el pequeño Teapot echó de menos los ratos de tranquilidad en lo de *Dick*.

También ocurrieron otras cosas. El señor Finley estaba sentado en su porche chupando huesos de pollo, como venía haciendo desde hacía trece años, levantó la vista, vio a Sula, se le atragantó un hueso y murió en el acto. Este incidente, y el de la mamá de Teapot, dejó claro para todos el significado de la mancha de nacimiento del párpado: no era una rosa con su tallo ni una serpiente sino las cenizas de Hannah, que la habían marcado desde el principio.

Acudía a las cenas de la iglesia sin ropa interior, compraba platos de una comida humeante que sólo mordisqueaba, sin saborear nada, sin alabar nunca las chuletas o el pastel de frutas de nadie. Y pensaron que se estaba burlando de su Dios.

Y la furia que despertaba entre las mujeres de la ciudad era increíble, pues se acostaba con sus maridos una vez y nunca más. Hannah había sido un problema, pero en cierto modo halagaba a las mujeres que deseara a sus maridos. Sula los probaba y los rechazaba sin ofrecerles ni una excusa que ellos pudieran tragarse. Y entonces las mujeres, para justificar su propio criterio, valoraban todavía más a sus hombres, daban solaz al orgullo y a la vanidad lastimados por Sula.

Entre las pruebas de peso que comenzaban a acumularse contaba el hecho de que Sula no aparentaba su edad. Tenía casi treinta años y, a diferencia de ellas, no había perdido ni un diente, no tenía ni una cicatriz, no había acumulado un rollo de grasa alrededor de la cintura ni una bolsa en la nuca. Se rumoreaba que no había tenido ninguna de las enfermedades infantiles, no se tenía noticia de que hubiese tenido el sarampión, las tos ferina o ni siquiera un resfriado. De niña había jugado a juegos violentos; ¿dónde estaban las cicatrices? Salvo por la forma curiosa de un dedo y esa perversa mancha de nacimiento, no presentaba ninguna de las habituales señales de vulnerabilidad. Algunos de los hombres que habían salido con ella de jóvenes recordaban que, en las meriendas campestres, nunca se le acercaban los jejenes ni los mosquitos. Patsy, la antigua amiga de Hannah, lo confirmó y dijo que, además de eso, ella era testigo de que Sula jamás eructaba cuando bebía cerveza.

Pero la prueba más condenatoria la ofreció Dessie, una mujer gruesa que pertenecía a una organización benéfica y sabía muchas cosas. En una reunión social les reveló un hecho a sus amigas.

-Sí, bueno, yo observé algo hace mucho tiempo. No había dicho nada

porque no estaba segura de qué significaba. Bueno... se lo conté a Ivy, pero a nadie más. Ya no me acuerdo cuánto hace. Debió de ser hace un mes o dos, porque todavía no había instalado el linóleo nuevo. ¿Lo has visto, Cora? Es como el que vimos en el catálogo.

-No. Sigue con lo que estabas contando, Dessie.

-Bueno, Cora estaba conmigo cuando miramos el catálogo...

-Todas sabemos lo de tu linóleo. Lo que no sabemos es...

-De acuerdo. Dejadme que lo cuente a mí manera, ¿vale? Justo antes de que llegara el linóleo, estaba sentada delante de mi casa y vi a Shadrack tonteando como de costumbre... ahí arriba, junto al pozo... dando vueltas alrededor y saludando y tonteando. Ya sabéis lo que hace... gritando órdenes y...

¿Vas a continuar o no?

-¿Quién lo está contando? ¿Tú o yo?

-Tú.

-Bueno, entonces déjame que lo cuente. Como he dicho, estaba haciéndolas tonterías de costumbre cuando miss Sula Mae pasó por el otro lado del camino. Y en un santiamén -hizo chasquear los dedos- él se olvidó de todo y cruzó el camino y se le acercó como un pavo caminando entre el maíz bajo. Y, a ver si lo adivináis, la saludó quitándose el sombrero.

-Shadrack no lleva sombrero.

-Ya lo sé, pero se lo quitó de todos modos. Ya sabéis lo que quiero decir. Actuó como si llevara sombrero y se llevó la mano a él y lo levantó para saludarla. Ahora bien, vosotras sabéis que Shadrack no es educado con nadie.

-Ya lo creo que no.

Hasta cuando le compras el pescado, reniega. Si no tienes el cambio justo, te insulta. Si haces gesto de que el pescado no te parece muy fresco, te lo arrebató de la mano como si fuese él quien te estuviera haciendo un favor.

-Bueno, todo el mundo sabe que es un réprobo.

-Ya, ¿y entonces por qué se levantó el sombrero para saludar a Sula? ¿Por qué no la insultó?

-Los demonios.

-¡Eso es!

-¿Y qué hizo ella cuando él la saludó? ¿Le sonrió y le hizo una reverencia?

-No, y esto es otra cosa. Fue la primera vez que le he visto poner una cara que no fuese de desprecio. Como si te estuviera oliendo con los ojos y no le gustase tu jabón. Cuando él se levantó el sombrero,

ella se llevó la mano a la garganta y se quedó así un instante y después escapó. Huyó corriendo camino arriba hasta su casa. Y él se quedó ahí parado saludándola todavía. Y... y éste es el detalle que quería contaros..., cuando entré de nuevo en la casa, me salió un gran orzuelo en el ojo. Y yo no había tenido nunca un orzuelo. ¡Nunca!

-Fue porque lo viste.

-Exactamente.

-Cosas del diablo sin duda.

-No falla -dijo Dessie y retiró con un chasquido la goma que sujetaba la baraja para comenzar una bonita, larga partida de whist con apuestas.

Su convencimiento acerca de la malignidad de Sula generó en ellos explicables pero misteriosas transformaciones. Una vez identificado el origen de sus personales desventuras, quedaron libres de protegerse y quererse entre sí. Comenzaron a apreciar a sus maridos y esposas, a proteger a sus hijos, a reparar sus casas y, en general, a hacer frente común contra el demonio que vivía entre ellos. En su mundo, las aberraciones eran parte integrante de la naturaleza, exactamente como la gracia. No les correspondía a ellos expulsarlas ni destruirlas. No expulsarían a Sula de la ciudad, como tampoco habrían matado a los petirrojos que la trajeron de vuelta, pues, en su percepción secreta, El no era el Dios de tres caras de sus cánticos. Sabían perfectamente que tenía cuatro caras, y que la cuarta explicaba a Sula. Habían vivido todos sus días en compañía de diversas formas de mal y no creían precisamente que Dios les protegería. Más bien creían que Dios tenía un hermano y que ese hermano no se había apiadado del hijo de Dios: ¿por qué entonces había de apiadarse de ellos?

No había ninguna criatura que fuera tan execrable como para impulsarles a destruirla. Si algo provocaba su ira, podían llegar a matar con facilidad pero no de forma deliberada, y esto explica que fuesen incapaces de «linchar» a nadie. Hacerlo no sólo habría sido antinatural sino, también, indecoroso. La presencia del mal era algo que de entrada era preciso reconocer, para luego afrontarla, sobrevivir a ella, burlarla y vencerla.

Sus pruebas contra Sula eran invenciones, pero sus conclusiones sobre ella no lo eran. Sula era visiblemente diferente. En ella se mezclaban la arrogancia de Eva y la autocomplacencia de Hannah, y, con un toque personal que era producto exclusivo de su propia imaginación, dedicaba sus días a explorar sus propios pensamientos y emo-

ciones, dándoles rienda suelta, sin sentirse obligada a complacer a nadie a menos que el placer del otro la complaciese a ella.

Tan dispuesta a sentir dolor como a causarlo, a sentir placer como a darlo, vivía su vida como un experimento desde aquel comentario de su madre que la hizo huir escalera arriba, desde que su único importante sentimiento de culpa quedó exorcizado en la orilla de un río que tenía un espacio cerrado en medio del agua. La primera experiencia le enseñó que no se podía confiar en ninguna otra persona; la segunda, que tampoco se podía confiar en una misma. Carecía de centro; no tenía ningún punto en torno al cual desarrollarse. Era capaz de decir «¿Por qué masticas con la boca abierta?», en medio de una agradable conversación con alguien, movida no por un interés en la respuesta sino porque quería ver el rápido cambio de expresión en la cara de la persona.

Carecía por completo de ambiciones; no le interesaban el dinero, las propiedades ni los objetos; no era codiciosa; no deseaba ser objeto de atención ni recibir cumplidos; carecía de ego. Por ello, no sentía ninguna necesidad de verificarse, de ser coherente.

Se había agarrado a Nel porque creyó que ella era lo más próximo a un «otro» y a un «yo» a la vez, pero sólo para descubrir que ella y Nel no eran una sola y la misma cosa. No tenía absolutamente ninguna intención de hacer sufrir a Nel cuando se acostó con Jude. Siempre habían compartido el afecto de las demás personas: solían comparar la forma de besar de un chico, los recursos que empleaba con una y con otra. Todo eso, al parecer, había cambiado por obra del matrimonio, pero Sula, que no poseía un conocimiento íntimo del matrimonio, que había vivido en una casa de mujeres que consideraban asequibles a todos los hombres y los seleccionaban atendiendo sólo a sus propios gustos, estaba mal preparada para entender la posesividad de la única persona que consideraba próxima. Sabía perfectamente lo que decían y sentían, o decían que sentían, las otras mujeres. Pero ella y Nel siempre les habían visto el plumero. Ambas sabían que esas mujeres no tenían celos de otras mujeres; que sólo temían perder su empleo. Que sus maridos descubriesen que no tenían nada singular entre las piernas.

Nel era la única persona que no le había pedido nada, que había aceptado todas sus facetas. Y ahora se lo exigía todo, y todo por culpa de eso. Nel había sido la primera persona que había sido real para ella, a quien había llamado por su nombre, que había visto como ella un sesgo que permitía forzar la vida hasta el límite. Ahora Nel se había

convertido en una de *ellos*. Una de esas arañas pendientes sólo del siguiente hilo de la tela, suspendidas en lugares secos y oscuros, colgadas de su propia saliva, más aterradas ante la caída libre en el vacío que ante el aliento de la serpiente que las acechaba abajo. La mirada tan pendiente del extraño descarriado que tropieza con su tela, que no ven el cobalto sobre su propia espalda, la luz de la luna que intenta penetrar en sus rincones. Si las tocaba el aliento de la serpiente, por fatal que fuese su contacto, sólo se convertían en víctimas y ése era un papel que sabían desempeñar (igual que Nel sabía desempeñar el papel de la mujer engañada). Pero la caída libre en el vacío, oh, no, eso requería -exigía- inventiva: algo relacionado con la posesión de alas, una forma de encoger las piernas y, sobre todo, un pleno abandono al descenso de la caída, si querían sentir el sabor en sus lenguas y mantenerse vivas. Pero justamente ellas no querían estar vivas, y ahora tampoco Nel. Era demasiado peligroso. Ahora Nel formaba parte de la ciudad y de sus costumbres. Se había entregado a ellos y el chasquido de sus lenguas la obligaría a refugiarse otra vez en su seco agujerito, donde podría agarrarse a su saliva y permanecer suspendida muy por encima del aliento de la serpiente y de la caída.

Le había sorprendido un poco y la había entristecido bastante que Nel reaccionase como habrían hecho las demás. Nel era una de las razones que la habían llevado otra vez a Medallion, Nel y el hastío que sentía en Nashville, Detroit, Nueva Orleans, Nueva York, Filadelfia, Macon y San Diego. Todas esas ciudades albergaban a personas iguales, que trabajaban los mismos meses del año y sudaban el mismo sudor. Los hombres que la habían llevado a uno u otro de esos lugares se habían confundido en una sola gran personalidad: las mismas palabras de amor, los mismos pasatiempos del amor, el mismo enfriamiento del amor. Cada vez que introducía sus pensamientos privados en sus roces o movimientos, apartaban los ojos. Sólo le enseñaban trucos amorosos; sólo la hacían participar de preocupaciones; sólo le daban dinero. Mientras tanto, ella buscaba un amigo y tardó un tiempo en descubrir que un amante no era un compañero y que jamás podría serlo... para una mujer. Y que ninguno sería jamás esa versión de sí misma que anhelaba tocar y acariciar con una mano no enguantada. Sólo existían sus propios humores y caprichos y, puesto que no había nada más allá, decidió dirigir hacia allí su mano desnuda, descubrirlos y dejar que los demás intimasen tanto con su propio yo como ella con el suyo.

A su manera, sus rarezas, su ingenuidad, su búsqueda de la otra mi-

tad de su ecuación eran el resultado de una imaginación ociosa. De haber tenido pinturas, o arcilla, o haber dominado la disciplina de la danza o de las cuerdas; de haber dispuesto de algo a lo cual aplicar su inmensa curiosidad y su don para la metáfora, habría podido trocar la impaciencia y el interés en sus caprichos por una actividad capaz de ofrecerle cuanto anhelaba. Y, como todo artista sin forma artística, se volvió peligrosa.

Sólo había mentido una vez en su vida: a Nel, sobre el motivo por el que había internado a Eva, y sólo había podido mentirle porque le tenía aprecio. Desde su regreso a casa, le resultaba imposible mantener conversaciones sociales porque era incapaz de mentir. Le era imposible decirles a las viejas conocidas: «Eh, chica, qué guapa estás», cuando veía el polvo de cenizas que los años habían acumulado sobre su piel de bronce, los ojos que antes se abrían redondos bajo la luna curvados en tristes medias lunas preocupadas. Cuanto más constreñidas sus vidas, más se habían ensanchado sus caderas. Las que tenían marido se habían replegado en ataúdes almidonados, con las costuras a punto de reventar bajo la presión de los sueños desollados y las huesudas frustraciones de otros. Las que no tenían hombre eran como agujas de punta roma con un solo ojo permanentemente vacío. Las que tenían hombre habían perdido la dulzura de su aliento succionada por los hornos y el vapor de las teteras. Sus hijos eran como heridas distantes pero abiertas, cuyas punzadas no resultaban menos íntimas por el hecho de que estuvieran separadas de su carne. Habían dirigido su mirada al mundo y luego a sus hijos, otra vez al mundo y de nuevo a sus hijos, y Sula sabía que una límpida mirada joven era cuanto mantenía alejado el cuchillo de la curva de la garganta.

Entonces se convirtió en una paria, y lo sabía. Sabía que la despreciaban y creía que daban a su odio la apariencia de repulsión por la facilidad con que se acostaba con los hombres. Lo cual era cierto. Se metía en la cama con un hombre tan a menudo como podía. Era el único lugar donde podía encontrar lo que buscaba: sufrimiento y capacidad de sentir un profundo pesar. No siempre había sido consciente de que lo que anhelaba era la tristeza. Al principio, el acto del amor le parecía la creación de una forma especial de alegría. Creía que le gustaba la parte fuliginosa del acto sexual y su comedia; se reía mucho durante los rudos preliminares y rechazaba a los amantes que consideraban el sexo como algo sano o hermoso. La estética sexual la aburría. Aunque no creía que el acto sexual fuese feo (la fealdad también la aburría), le gustaba verlo como algo perverso. Pero, a medida que fueron multiplicándose sus experiencias, comprendió

que no sólo no era perverso sino que tampoco tenía necesidad de invocar la idea de perversión para poder participar plenamente. En el acto del amor, encontraba y necesitaba encontrar su borde cortante. Cuando dejaba de cooperar con su cuerpo para reafirmarse a sí misma en el acto, partículas de fuerza comenzaban a confluir en su interior como virutas de acero atraídas hacia un amplio centro magnético, formando un apretado núcleo que nada podría romper, eso le parecía. Y era el colmo de la ironía y del descaro yacer debajo de alguien, en una posición de entrega, mientras sentía palpar su propia fuerza tenaz y su ilimitado poder. Pero el núcleo se rompía, se desintegraba, y, en su pánico por intentar mantenerlo unido, saltaba de la cornisa para hundirse en el silencio y se precipitaba hacia abajo aullando con una punzante conciencia de que se acababa todo: un ojo de dolor en medio del gran huracán de placer: Allí, en el centro de ese silencio, encontraba no la eternidad, sino la muerte del tiempo, y una soledad tan profunda que la palabra misma perdía todo sentido. Pues la soledad supone la ausencia de otras personas, y el aislamiento que encontraba en ese terreno desesperado jamás había admitido la posibilidad de que hubiera otras personas. Entonces lloraba Derramaba lágrimas por la muerte de las cosas más insignificantes: los zapatos infantiles desechados; los tallos rotos de las hierbas de las marismas azotadas y ahogadas por el mar; las fotografías de fin de curso de mujeres muertas que nunca había conocido; los anillos de boda exhibidos en los escaparates de las casas de empeños; los diminutos cuerpos de los pollos picantones en un nido de arroz.

Cuando su compañero se desasía de ella, lo miraba con sorpresa intentando recordar su nombre, y él la contemplaba sonriente, tiernamente comprensivo hacia el estado de llorosa gratitud al que creía haberla llevado. Y ella esperaba con impaciencia que volviese la espalda y se dejase caer sobre una húmeda película de satisfacción y de leve repulsión, dejándola sola en su mundo poscoital privado donde se encontraba a solas, se saludaba con agrado y se acoplaba consigo misma en una imparangonable armonía.

A los veintinueve años, sabía que jamás podría vivirlo de otra manera, pero no había contado con las pisadas en el porche ni con la hermosa cara negra que la contemplaba a través del cristal azulado de la ventana. Ajax. Que conservaba, a los ojos de todos, el mismo aspecto que tenía diecisiete años atrás, cuando la había llamado «carne de lechón». Entonces tenía veintiún años, y ella doce. Un universo de tiempo les separaba. Ahora ella tenía veintinueve y él treinta y ocho,

y las caderas amarillo limón no parecían, después de todo, tan distantes.

Sula abrió la pesada puerta y le vio de pie al otro lado de la puerta mosquitera con dos botellas de leche de medio litro sujetas bajo los brazos como estatuas de mármol. Él le sonrió y le dijo:

-Te he estado buscando por todas partes.

-¿Por qué? -preguntó ella.

-Para darte esto. -Y señaló con la cabeza una de las botellas de leche.

-No me gusta la leche -replicó ella.

-Pero te gustan las botellas, ¿verdad? -Levantó una-. ¿No es bonita?

Y realmente lo era. Suspendida entre sus dedos, recortada sobre un satinado cielo azul, se veía preciosa y limpia y permanente. Sula tuvo la clara impresión de que él había hecho algo peligroso para conseguirlas.

Sula arañó pensativa la rejilla durante unos instantes y luego empujó la puerta mosquitera riendo.

Ajax entró y se fue directo a la cocina. Sula le siguió despacio. Cuando llegó junto a la puerta, él ya había soltado el complicado tapón de alambre y estaba dejando caer la leche fría en la boca.

Sula se lo quedó observando -o más bien observando el ritmo de su garganta- con creciente interés. Cuando tuvo bastante, derramó el resto en la fregadera, enjuagó la botella y se la ofreció. Sula cogió la botella con una mano y su muñeca con la otra y se lo llevó a la despensa. No tenía ninguna necesidad de meterse ahí, pues no había ni un alma en la casa, pero fue un gesto natural para la hija de Hannah. Allí en la despensa, vacía ahora de sacos de harina, vacía de las hileras superpuestas de conservas, libre para siempre de las ristras de pimientitos verdes, con la botella de leche mojada bien apretada debajo del brazo, Sula se recostó contra la pared con las piernas bien separadas y extrajo de las delgadas caderas de él todo el placer que pudieron acomodar sus muslos.

A partir de entonces, él empezó a visitarla regularmente, y a llevarle regalos: racimos de moras todavía pegadas a la rama, cuatro pargos fritos en harina envueltos en una hoja color salmón del *Courier* de Pittsburgh, un puñado de pescaditos, dos cajas de jalea de lima, un pedazo de hielo del repartidor, una lata de limpiador Old Dutch con la mujer con el gorro que expulsaba el polvo con su varita, una página de la historieta de Tillie Toiler y más relucientes botellas blancas de leche.

En contra de lo que cualquiera habría sospechado viéndole holgazane-

ar alrededor de la sala de billar o disparándole al señor Finley por haberle pegado a su propio perro o gritándoles sucios cumplidos a las mujeres que pasaban, Ajax era muy amable con las mujeres. Sus mujeres, evidentemente, lo sabían y ello provocaba encarnizadas batallas por él en la calle; las peleas de mujeres de gruesas nalgas, armadas con navajas, alteraban muchas noches de viernes con sangrientos enfrentamientos y atraían bulliciosas multitudes. En esas ocasiones, Ajax se mantenía al margen, junto a la muchedumbre, contemplaba a las combatientes con la misma indiferencia de sus ojos dorados con que contemplaba las partidas de damas de los viejos. Aparte de su madre, que permanecía en su choza con seis hijos más pequeños macerando raíces, en toda su vida no había conocido nunca ninguna mujer interesante.

La amabilidad general con que las trataba no obedecía a un ritual de seducción (no le hacía falta), sino que, más bien, era producto del hábito adquirido en sus relaciones con su madre, quien inspiraba consideración y generosidad a todos sus hijos.

Era una mujer que se dedicaba a conjurar el mal, bendecida con siete hijos que la adoraban y que disfrutaban llevándole las plantas, pelos, ropas interiores, recortes de uñas, gallinas blancas, sangre, alcanfor, fotos, petróleo y polvo de pisadas que necesitaba, y ocupándose además de encargarle diversos preparados, tabaco Little John para mascar, semillas de mostaza y las nueve hierbas de Cincinnati. Era experta en el tiempo, los augurios, los vivos, los muertos, los sueños y todas las enfermedades, y se ganaba modestamente la vida con sus artes. De haber tenido dientes y haber llevado alguna vez la espalda erguida, habría sido la criatura más preciosa del mundo, merecedora de la adoración de sus hijos sólo por su belleza, sin contar la absoluta libertad que les concedía (descrita en algunos medios como negligencia) y la autoridad de sus conocimientos ancestrales.

Ajax amaba a esa mujer y su segundo amor después de ella eran... los aviones, sin nada entre una y otros. Y, cuando no estaba sentado escuchando embelesado las palabras de su madre, se dedicaba a pensar en aviones y pilotos y en la profundidad del cielo que los sostenía a unos y otros. La gente creía que sus largos viajes hasta las grandes ciudades del estado eran para buscar diversiones sofisticadas que ellos eran incapaces de imaginar y sólo podían envidiar. En realidad, lo pasaba apoyado contra las alambradas de los aeropuertos o husmeando en los hangares sólo para escuchar las conversaciones de los hombres que tenían la suerte de ser del oficio. El resto del tiempo,

cuando no estaba observando las prácticas mágicas de su madre o pensando en aviones, lo dedicaba a los pasatiempos propios de los solteros sin trabajo en una ciudad pequeña. Había oído todo lo que se contaba de Sula y los relatos habían aguijoneado su curiosidad. Su carácter esquivo y su indiferencia hacia las pautas de conducta establecidas le hacían pensar en su madre, que se dedicaba a la búsqueda de lo oculto con tanta obstinación como las mujeres de San Mateo el Mayor a intentar conseguir la gracia redentora. Por eso, cuando su curiosidad fue lo bastante intensa, cogió dos botellas de leche del porche de una familia blanca y se fue a verla, con la sospecha de que tal vez sería la única otra mujer dueña de su vida y capaz de afrontarla con eficiencia que él podría conocer, y que no tendría interés en pescarlo.

Sula también tenía curiosidad. No sabía nada de él, aparte de esas palabras que le había gritado años atrás y de la sensación que habían estimulado en ella entonces. Ya se había acostumbrado a los clichés de las vidas de las demás personas y también a su creciente insatisfacción personal con Medallion. Si se le hubiese ocurrido algún lugar adonde ir, probablemente se habría marchado, pero eso era antes de que Ajax la mirase a través del cristal azulado y le mostrase las botellas de leche levantándolas como un trofeo.

Pero no fue a causa de los regalos que lo envolvió con sus piernas. Eran magníficos, desde luego (sobre todo el frasco de mariposas que soltó en el dormitorio), pero lo que de verdad le gustaba era que él le hablaba. Tenían auténticas conversaciones. No le hablaba con condescendencia ni tomándola como blanco, y tampoco se contentaba con hacerle pueriles preguntas sobre su vida o con monólogos sobre sus propias actividades. Con la idea de que posiblemente era una mujer brillante, como su madre, esperaba palabras brillantes de ella y ella respondía a sus expectativas. Y siempre escuchaba más de lo que hablaba. El hecho de que se sintiese evidentemente cómodo en su presencia, su displicente aquiescencia a contárselo todo sobre las pócimas y los poderes de las plantas, su resistencia a mimarla como una niña o a protegerla, su presunción de que ella era fuerte y también sabia, todo ello unido a una amplia generosidad de espíritu que sólo de tarde en tarde hacía erupción en forma de venganza, alimentaba el interés y el entusiasmo de Sula.

Su concepto de la felicidad (en la tierra, frente a la felicidad en el aire) era darse un largo baño con agua bien caliente, la cabeza recostada sobre el blanco reborde fresco, los ojos cerrados para soñar.

-Remojarte en agua caliente te dará dolor de espalda.

Desde el umbral de la puerta, Sula contemplaba sus rodillas relucientes que asomaban apenas sobre la superficie del agua de jabón.

-Remojarme en Sula es lo que me da dolor de espalda.

-¿Y vale la pena?

-Todavía no lo sé. Vete.

-¿Aviones?

-Aviones.

-¿Lindbergh ha oído hablar de ti?

-Vete.

Sula se fue y le esperó en la cama alta de Eva, con la cabeza vuelta hacia la ventana claveteada. Sonrió pensando cuán propio de Jude era su deseo de hacer un trabajo de blancos cuando, en eso, entraron dos de los Deweys exhibiendo sus bonitos dientes y dijeron

-Estamos enfermos.

Sula volvió lentamente la cabeza y murmuró:

-Pues, curaos.

-Necesitamos la medicina.

-Buscad en el baño.

-Ajax está dentro.

-Entonces esperad.

-Estamos enfermos ahora.

Sula se inclinó fuera de la cama, cogió un zapato y se lo tiró.

-¡Mamona! -le gritaron y ella saltó de la cama desnuda como un perro. Atrapó al Dewey pelirrojo por la camisa, lo cogió por los talones y lo mantuvo suspendido por encima de la barandilla hasta que se mojó los pantalones. El tercer Dewey se unió al segundo y hurgaron en sus bolsillos en busca de piedras, que lanzaron sobre ella. Sula, agachando la cabeza para esquivarlas y sacudiéndose de risa, se llevó al Dewey mojado al dormitorio y, cuando los otros dos la siguieron, desprovistos de otras armas que no fueran sus dientes, ya había dejado al primer Dewey encima de la cama.

Estaba hurgando en su bolso. Les dio un billete de un dólar a cada uno, que ellos le arrebataron rápidamente y después desaparecieron por la escalera camino de la tienda de Dick para comprar el remedio contra el catarro que tanto les gustaba beber.

Ajax entró chorreando en el cuarto y se tumbó en la cama para que el aire lo secase. Permanecieron inmóviles un largo rato hasta que él alargó la mano y le tocó el brazo.

Le gustaba que ella lo montase para poder verla erguida encima de él y gritarle pequeñas obscenidades a la cara. Mientras se balanceaba y

se mecía allí arriba como un pino de Georgia, apoyada sobre sus rodillas, mirando desde muy alto la sonrisa que resbalaba y caía, los ojos dorados y el casco aterciopelado del pelo, balanceándose y meciéndose, concentraba sus pensamientos para contener el creciente desorden que le inundaba la pelvis. Dirigía la mirada hacia abajo, desde lo que parecía una terrible altura, y veía la cabeza del hombre cuyas gabardinas amarillo limón habían sido la fuente de la primera excitación sexual que había experimentado. Concentraba sus pensamientos en su cara para retener, sólo un instante más, el deslizamiento de la carne hacia el intenso silencio del orgasmo.

Si cojo una gamuza y te restriego bien fuerte encima del hueso, justo encima del reborde del pómulo, el negro se borraré un poco. Se descamará y se quedará prendido en la gamuza y debajo aparecerá una chapa de oro. Puedo verlo brillar a través del negro. Sé que está ahí...

La altura y el balanceo la mareaban y se inclinó y dejó que sus pechos rozaran su torso.

Después puedo coger un cincel y un martillito y olear el alabastro. Y se resquebrajará como hielo bajo el punzón y a través de las grietas veré el légamo, fértil, desprovisto de guijarros y de ramitas. Pues es el légamo lo que te da ese olor.

Deslizó las manos bajo sus sobacos, pues se sentía incapaz de contener la debilidad que sentía extenderse bajo su piel si no se agarraba a algo.

Hundiré la mano profundamente en tu suelo, lo cogeré, lo cerniré entre mis dedos, palparé su cálida superficie y el frío húmedo debajo.

Recostó la cabeza bajo su mentón, ya sin ninguna esperanza en el mundo de mantener nada bajo control.

Regaré tu suelo, lo mantendré fértil y húmedo. ¿Pero cuánto se necesita? ¿Cuánta agua para mantener húmedo el légamo? ¿Y cuánto légamo necesitaré para mantener quieta mi agua? ¿Y cuándo se convertirán uno y otra en barro?

Él le succionó la boca, igual que sus muslos habían succionado sus genitales y un gran, gran silencio se hizo en la casa.

Sula empezó a descubrir qué era la posesión. No el amor tal vez, pero sí la posesión o, al menos, el deseo de ella. Se quedó asombrada ante un sentimiento tan nuevo y tan ajeno a ella. Primero fue la mañana de la noche anterior, cuando empezó a preguntarse en efecto si Ajax iría a verla ese día. Después, fue una tarde en que se detuvo frente al espejo y resiguió con el dedo las arruguitas que había dejado la risa

alrededor de su boca, intentando decidir si era guapa o no. Al final de este profundo escrutinio, se ató una cinta verde en el pelo. La seda verde crujió con un murmullo cuando la entrelazó con su pelo, un murmullo que había podido ser fácilmente la risita de Hannah, un quedo, lento siseo nasal que solía emitir cuando algo la divertía. Como las mujeres que se pasan dos horas sentadas soportando el hierro de ondular sólo para empezar a preguntarse, al cabo de dos días, cuándo necesitarán otra sesión. A la colocación de la cinta siguieron otras actividades y, cuando esa noche llegó Ajax con un silbato de caña que había tallado esa mañana, no sólo seguía luciendo la cinta verde en el pelo, sino que el baño estaba reluciente, la cama hecha y la mesa puesta para dos.

Él le dio el silbato, se desabrochó los zapatos y se sentó en la mecedora de la cocina.

Sula se le acercó y le besó en la boca. Él le deslizó los dedos por la nuca.

-Apuesto a que ni siquiera has echado en falta a Tar Baby, ¿verdad? -dijo él

-¿En falta? No. ¿Dónde está?

Ajax sonrió ante su deliciosa indiferencia.

-En la cárcel.

-¿Desde cuándo?

-Desde el sábado pasado.

-¿Por borracho?

-Algo más que eso -respondió él y procedió a contarle su participación en otra de las desventuras de Tar Baby.

El sábado por la tarde, Tar Baby se había zambullido borracho entre el tráfico de la Carretera Nueva del Río. Una conductora giró bruscamente para esquivarle y chocó con otro coche. Cuando se presentó la policía, comprobaron que la mujer era la nieta del alcalde y detuvieron a Tar Baby. Luego, al saberse la noticia, Ajax había acudido a la comisaría con otros dos hombres para interesarse por él. Al principio, no querían dejarles pasar. Pero cedieron después de que Ajax y los otros dos se pasaran hora y media por allí, repitiendo su petición a intervalos regulares. Cuando por fin les permitieron entrar y le vieron en la celda, estaba hecho un ovillo en un rincón, maltrecho por una fuerte paliza y vestido sólo con un calzoncillo sumamente sucio. Ajax y los otros dos le preguntaron al oficial de guardia por qué no le devolvían sus ropas a Tar Baby.

-No está bien dejar a un hombre mayor cubierto por su propia mierda -le dijeron.

El policía, que parecía coincidir plenamente con Eva, quien siempre había afirmado que Tar Baby era blanco, respondió que, si al prisionero no le gustaba vivir en la mierda, debería bajar de las colinas y vivir como un blanco decente.

Se cruzaron más palabras, palabras fuertes y sombrías, y la cosa acabó con una denuncia contra los tres negros y una citación para que se presentasen ante el juez de paz el jueves siguiente.

Todo ello no parecía preocupar en absoluto a Ajax. Más que nada lo veía como un fastidio y una molestia. Ya había tenido varios topetones con la policía, sobre todo en allanamientos de locales de juego, y los consideraba un riesgo natural en la vida de un negro.

Pero Sula, con la cinta verde resplandeciente entre el pelo, se sintió abrumada por la conciencia de la influencia que tenía el mundo exterior sobre Ajax. Se levantó y se acomodó sobre el brazo de la mecedora. Hundió los dedos en las profundidades de su pelo de terciopelo y murmuró:

-Ven. Apóyate en mí.

Ajax parpadeó. Después lanzó una rápida mirada a su cara. En sus palabras, en su voz, había detectado un sonido que conocía muy bien. Entonces se fijó por primera vez en la cinta verde. Miró a su alrededor y vio la cocina reluciente y la mesa puesta para dos y detectó el olor del nido. Cada pita de su cuerpo se erizó y comprendió que ella no tardaría en hacerle, como habían hecho antes todas sus hermanas, la fatídica pregunta: «¿Dónde has estado?» Un tenue y momentáneo pesar nubló sus ojos.

Se levantó y subió la escalera con ella y entró en el immaculado dormitorio con el polvo barrido debajo de la cama de patas en forma de garras. Mientras tanto, intentó recordar la fecha de la exhibición aérea de Dayton. Cuando entró en el dormitorio, vio a Sula acostada entre las sábanas blancas limpias y planchadas, rodeada del fúnebre olor de la colonia recién aplicada.

Se montó encima suyo y le hizo el amor con la persistencia y la intensidad de un hombre que pronto partiría para Dayton.

De vez en cuando ella miraba a su alrededor en busca de pruebas tangibles de que él había estado alguna vez allí. ¿Dónde estaban las mariposas?, ¿y las moras?, ¿y el silbato de caña? Imposible encontrar nada, pues él no había dejado nada, aparte de su desconcertante ausencia. Una ausencia tan decorativa, tan ornamentada, que a Sula se le hacía difícil entender cómo había podido soportar alguna vez, sin caer fulminada ni consumirse, su magnífica presencia.

El espejo del lado de la puerta no era un espejo junto a una puerta sino el altar ante el cual él se detenía sólo un instante para ponerse la gorra antes de salir. La mecedora roja era el balanceo de sus caderas cuando se sentaba en la cocina. Sin embargo, no podía localizar nada suyo, nada que le perteneciera a él. Era como si temiera haber sufrido una alucinación y necesitara una prueba que lo desmintiese. Su ausencia estaba en todas partes, lo impregnaba todo, teñía los muebles de colores primarios, recortaba los perfiles de los rincones de las habitaciones y daba un fulgor dorado al polvo que se acumulaba encima de las mesas. Cuando estaba él hacía que todo gravitase a su alrededor. No sólo las miradas de ella y todos sus sentidos, sino también los objetos inanimados parecían existir en función de él, como un telón de fondo para su presencia. Ahora que ya no estaba, esas cosas, durante largo tiempo apagadas por su presencia, adquirirían un nuevo fulgor, iluminadas por su estela.

Entonces, un día, hurgando en el fondo del cajón de una cómoda, encontró lo que estaba buscando: una prueba de que él había estado allí, su permiso de conducir.

Contenía justo la verificación que necesitaba: sus datos personales. Nacido en 1901; estatura, un metro ochenta; peso, setenta y cinco kilos; ojos, castaños; pelo, negro; color, negro. Oh sí, de piel negra. Muy negra. Tan negra que sólo un firme, atento restregón con un estropajo de acero podría arrancarle el color, y, al retirarlo, aparecía un destello de chapa de oro y, debajo de la chapa de oro, el frío alabastro, y muy al fondo, debajo del frío alabastro, volvía a ser negro, pero esta vez el negro del légamo caliente.

¿Pero qué decía ahí? ¿Albert Jacks? ¿Se llamaba Albert Jacks? A. Jacks. Ella creía que su nombre era Ajax. Había estado convencida durante todos esos años. Ya desde los tiempos en que pasaba por delante del salón de billar y evitaba mirarlo sentado allí a horcajadas sobre una silla de madera, evitaba mirarlo para no ver el amplio espacio de intolerable pulcritud entre sus piernas; el espacio abierto sin ninguna señal, absolutamente ninguna señal del animal que acechaba debajo de sus pantalones; evitaba mirar las insolentes fosas nasales y la sonrisa escurridiza que siempre se le caía, tanto que le daban ganas de alargar la mano y recogerla antes de que fuera a estrellarse contra la acera y se ensuciase en contacto con las colillas y tapas de botella y escupitajos dispersos entre sus pies y los pies de los demás hombres que holgazaneaban sentados o de pie alrededor del salón de billar, gritándoles, canturreándoles a ella y a Nel, y también a las mujeres adultas, frases líricas como *carne de lechón y azúcar cande* y

cebo de cárcel y Oh, Señor, qué he hecho yo para merecer Tu ira, y Llévame contigo, Jesús, ya he visto la tierra prometida y Acuérdate de mí, Señor, con voces dulcificadas por la pasión sin esperanzas. Ya desde entonces, cuando ella y Nel hacían un gran esfuerzo para no soñar con él y no pensar en él cuando se acariciaban la suavidad de la ropa interior o se deshacían las trenzas en cuanto salían de casa para que el pelo brincase y se ensortijase alrededor de sus orejas, o cuando se vendaban el pecho para que no les asomasen los pezones bajo la blusa dándole pie a esbozar su sonrisa escurridiza, que se caía y que les hacía fluir la sangre a flor de piel. Y también después, cuando se acostó por primera vez con un hombre y pronunció involuntariamente su nombre o cuando lo decía dirigiéndose realmente a él, el nombre que gritaba y pronunciaba no era de hecho el suyo.

Con la ajada hoja de papel entre los dedos, Sula dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie en concreto:

»Ni siquiera sabía su nombre. Y si no sabía su nombre, entonces no supe nada y jamás he sabido absolutamente nada, puesto que lo único que quería saber era su nombre, y cómo no iba a dejarme ajando, había estado haciendo el amor con una mujer que ni siquiera sabía su nombre.

»Cuando era pequeña a mis muñecas de papel se les desprendía la cabeza y tardé mucho tiempo en descubrir que a mí no se me caería también la mía si doblaba el cuello. Solía caminar con el cuello muy tieso porque creía que un fuerte golpe de viento o un empujón podría partírmelo en dos. Nel fue quien me dijo la verdad. Pero estaba equivocada. No mantuve la cabeza suficientemente tiesa cuando le conocí y por esto la he perdido, igual que las muñecas.

Más vale que se haya ido. Muy pronto habría empezado a despellejarle la cara, sólo para ver si yo estaba en lo cierto con respecto a lo del oro, y nadie habría entendido ese tipo de curiosidad. Habrían pensado que quería hacerle daño, igual que al niño que se cayó por la escalera y se rompió la pierna y la gente cree que le empujé sólo porque me acerqué a mirarlo.

Se arrastró hasta la cama con el permiso de conducir en la mano y se durmió llena de sueños azul cobalto.

Cuando se despertó, en su cabeza sonaba una melodía que no conseguía identificar ni recordaba haber oído nunca. «A lo mejor la he inventado», pensó. Y entonces le vino a la memoria el nombre de la canción y todas sus estrofas como si la hubiese escuchado ya muchas veces. Se sentó al borde de la cama mientras se decía: «No hay de-

masiadas canciones nuevas y ya he cantado todas las que existen. Las he cantado todas. He cantado todas las canciones que existen.» Y volvió a meterse en la cama y entonó una errante cancioncita con las palabras *He cantado todas las canciones todas las canciones he cantado todas las canciones que existen* hasta que, adormecida por su propia canción de cuna, le entró sueño y en el vacío que precede al sueño paladeó la acritud del oro, sintió el frío del alabastro y olió el profundo, penetrante hedor del légamo.

1940

-He sabido que estabas enferma. Si puedo hacer algo por ti... Lo había ensayado, no solamente las palabras sino también el tono, la entonación de la voz. Debía ser calmada, resuelta, pero también Llena de comprensión... hacia la enfermedad; no obstante, no hacia la enferma.

El sonido de su voz en su cabeza no traicionaba curiosidad ni orgullo; sólo la inflexión propia de cualquier buena mujer que ha acudido a interesarse por una persona enferma a quien, casualmente, nadie más había visitado con ese propósito.

Por primera vez en tres años contemplaría la rosa con su tallo que adornaba el ojo de su enemiga. Y lo haría con el regusto de la partida de Jude en la boca, con el resentimiento y la vergüenza que todavía le oprimían el estómago buscando una salida. Contemplaría la rosa negra que Jude había besado y la nariz de la mujer que había transformado su amor hacia sus propios hijos en algo tan denso y monstruoso que le daba miedo manifestarlo por temor a que se desbordara aplastándoles bajo su pesada garra. Un molesto amor de osa que, si le daba alas, les sorbería el aliento en su angustiosa necesidad de miel.

La partida de Jude había sido absoluta y la responsabilidad de la familia había recaído totalmente sobre Nel. Ya no podía contar con los sobres marrones con cincuenta dólares y prefirió dedicarse a limpiar en vez de consumir la minúscula pensión de marino con que vivían sus padres. Y sólo en el último año había conseguido un empleo mejor, como camarera en el mismo hotel donde antes trabajaba Jude. Las propinas eran apenas aceptables, pero el horario era bueno: podía estar de regreso en casa cuando los niños salían del colegio.

A los treinta años, sus ardientes ojos oscuros se habían transformado en ágatas y su piel había adquirido el lustre de los arces talados, cortados y lijados en el momento de máximo verdor. La virtud, triste y

contenida, era su único anclaje. Fue lo que la llevó hasta Center's Road, 7, y la puerta con los cristales azulados; lo que le ayudó a contenerse y no arañar la mosquitera como en tiempos pasados; lo que le ocultó los verdaderos motivos de su caridad y, finalmente, dio a su voz el timbre que quería que tuviera: sin rastro de la satisfacción o del chasquear de labios el «ya lo decía yo» con que se recibió en el Fondo la noticia de la enfermedad de Sula., libre del menor resabio de desquite.

Y ahora estaba en el antiguo dormitorio de Eva, contemplando esa rosa oscura, consciente del movimiento de los brazos delgados como cuchillos que se deslizaban arriba y abajo sobre la colcha y de la ventana claveteada por donde había saltado Eva.

Sula levantó la mirada y, sin un segundo de pausa, imitó el ejemplo de Nel y prescindió de todo saludo antes de hablar.

-La verdad es que sí. Tengo una receta. Normalmente Nathan se encarga de ello pero... no sale del colegio hasta las tres. ¿Podrías llegarte hasta la farmacia?

-¿Dónde la tienes? -Nel se alegró de tener un encargo concreto. Sería difícil mantener una conversación. (Era muy propio de Sula recomen-
zar una relación exactamente en el punto en que se encontraba.)

-Mira en mi bolso. Está allí.

Nel se acercó a la cómoda y abrió el bolso con el cierre de abalorios. Sólo vio un reloj y la receta doblada en el fondo. Ninguna billetera, ningún monedero. Se volvió hacia Sula:

-¿Dónde tienes el...?

Pero Sula se había vuelto hacia la ventana claveteada. Algo en el ángulo de su ojo derecho le impidió completar la pregunta. Eso y el ligero palpar de las aletas de la nariz, la insinuación de un bufido. Nel tomó el papelito y cogió su propio bolso.

-De acuerdo. Enseguida vuelvo.

En cuanto se cerró la puerta, Sula inspiró con la boca abierta. El dolor se había intensificado durante la estancia de Nel en el cuarto. Ahora, con el nuevo calmante contra el dolor, el que mantenía en reserva, en camino, su malestar le resultaba más tolerable. Dejó vagar parte de sus pensamientos hacia Nel. Tenía gracia mandar a Nel inmediatamente a la farmacia de ese modo después de varios años prácticamente sin verla. La farmacia estaba en el mismo lugar donde se encontraba la Dulcería de Edna Finch años atrás, cuando eran niñas. Allí solían dirigirse las dos, cogidas de la mano, para comprarse los helados de dieciocho centavos, pasando por delante del salón de billar del Uno y Medio, donde los hombres despatarrados decían «carne de

lechón», para sentarse en la salita fresca con las mesas de mármol y comer el primer helado de su vida. Ahora Nel volvería allí sola, mientras Sula esperaba la medicina que el médico le había dicho que no debía tomar hasta que el dolor se hiciera realmente intenso. Y ella suponía que «realmente intenso» era el que sentía ahora. Aunque era imposible saberlo. Se quedó pensando un instante qué querría Nellie; por qué habría ido a verla. ¿Quería regodearse? ¿Hacer las paces? Seguir esta línea de pensamiento requería una concentración de la que no era capaz. El dolor era goloso; exigía toda su atención. Pero era una buena cosa que esa nueva medicina, la reserva, le llegara de la mano de su antigua amiga. Nel, recordó, siempre daba la talla en situaciones de crisis. El espacio cerrado en el agua; el funeral de Hannah. Nel era la mejor. Cuando Sula la imitaba, o intentaba hacerlo, todos esos años atrás, siempre acababa cometiendo un acto que no se caracterizaba por su serenidad sino sobre todo por su rareza. La única vez que había intentado proteger a Nel, se había cortado la yema del dedo y, en vez de agradecimiento, se había ganado su repulsión. A partir de entonces había confiado su conducta al dictado de sus emociones.

Oyó los pasos de Nel mucho antes de que abriera la puerta y dejara la medicina en la mesa al lado de la cama. Mientras Sula vertía el líquido en una cuchara pegajosa, Nel inició la conversación con la enferma.

-Tienes buen aspecto, Sula.

-Mientes, Nellie. Tengo muy mal aspecto. -Y se tragó la medicina.

-No. Hacía mucho tiempo que no te veía, pero te veo...

-No tienes que decirme eso, Nellie. Todo irá bien.

-¿Qué tienes? ¿Qué te han dicho?

Sula se pasó la lengua por las comisuras de los labios.

-¿Quieres que hablemos de eso?

Nel sonrió, un poquito, ante la brusca franqueza que había olvidado.

-No. No, en realidad no, ¿pero estás segura de que está bien que estés aquí sola?

-Nathan viene a verme. Y a veces también los Deweys, y Tar Baby...

-No es una gran ayuda, Sula. Necesitas tener a tu lado a una persona adulta. Una persona capaz de...

-Prefiero estar aquí, Nellie.

-Tú no necesitas guardar las formas conmigo.

-¿Guardar las formas? -La risa de Sula irrumpió a través de las flemas-. ¿Pero qué dices? Me gusta mi propia mierda, Nellie. No es cuestión de orgullo. De verdad creo que no te acuerdas de mí.

-Puede que no. Puede que sí. Pero eres una mujer y estás sola.
-¿Y tú? ¿Acaso no estás sola?
-No estoy enferma. Trabajo.
-Sí. Claro que sí. El trabajo te hace bien a ti, Nellie. A mí no me sirve de nada.
-Nunca tuviste que trabajar.
-Nunca lo habría hecho.
-Tiene sus ventajas, Sula. Sobre todo si no quieres que otros lo hagan por ti.
-Ni una cosa ni la otra, Nellie. Ni una cosa ni la otra.
-No es posible tenerlo todo, Sula. -Su arrogancia, su engreimiento incluso en las puertas de la muerte empezaban a exasperar a Nel.
-¡Por qué? ¡Si puedo hacerlo todo, por qué no habría de poder tenerlo todo?
-No puedes hacerlo todo. Eres una mujer y una mujer de color, además. No puedes comportarte como un hombre. No puedes pasearte dándotelas de independiente, haciendo lo que te dé la gana, cogiendo lo que te apetece y dejando lo que no te gusta.
-Te estás repitiendo.
-¿Cómo?
-Dices que soy una mujer y de color. ¿No es eso lo mismo que ser un hombre?
-Yo no lo creo así y tú tampoco lo pensarías si tuvieses hijos.
-Entonces de verdad actuaría como lo que tú llamas un hombre. Todos los hombres que he conocido abandonaron a sus hijos.
-Algunos fueron separados de ellos.
-Te equivocas, Nellie. La palabra es «abandonaron».
-Todavía pretendes saberlo todo, ¿verdad?
-No lo sé todo. Sólo lo hago todo.
-Bueno, no haces lo que hago yo.
-¿Te crees que no sé cómo es tu vida sólo porque no la vivo? Sé lo que hace cada una de las mujeres de color de este país.
-¿Qué?
-Mueren. Exactamente igual que yo. Pero la diferencia es que mueren como un árbol cortado. Yo, en cambio, me vendré abajo como una de esas secoyas. Lo que es seguro es que he vivido en este mundo.
-¿En serio? ¿Qué prueba tienes de ello?
-¿Prueba? ¿Para mostrársela a quién? Niña, yo tengo mis propias ideas. Y mis pensamientos. O lo que es lo mismo, me tengo a mí.
-Un poco solitario, ¿no?
-Sí. Pero mi soledad es mía. La tuya en cambio pertenece a otro. Otro

la creó y te la entregó. ¿No tiene gracia? Una soledad de segunda mano.

Nel se incorporó en la sillita de madera. Sintió el roce de la ira, pero se dio cuenta de que Sula probablemente sólo estaba fanfarroneando. Era imposible saber cómo se encontraba realmente pero de nada serviría decir otra cosa que no fuera verdad.

-Siempre comprendí cómo conseguías apropiarte de un hombre. Ahora comprendo por qué no consigues retener a ninguno:

-¿Eso es lo que se supone que debo hacer? ¿Pasarme la vida reteniendo a un hombre?

-Vale la pena tenerlos, Sula.

-No valen más que yo. Y además, nunca quise a ningún hombre porque valiera la pena. Los méritos no contaban para nada.

-¿Y qué era lo que contaba?

-Mi voluntad. Eso es todo.

-Bueno, supongo que no hay más que decir. Eres la dueña del mundo y los demás vivimos alquilados. Tú montas el caballo y nosotros apealeamos la mierda. No he venido para que me hables así, Sula... No. He venido a ver cómo estabas. Pero ahora que has abierto el tema, mejor será que lo cierre. -Nel apretó los dedos en torno al barrote de latón de la cama. Iba a preguntárselo-. ¿Por qué lo hiciste, Sula?

Se produjo un silencio, pero Nel no se sintió obligada a llenarlo. Sula se removió al fin un poco debajo de las sábanas. Se pasó la lengua por los dientes con aire aburrido.

-Bueno, veía un espacio delante de mí, a mis espaldas, en mi cabeza. Y Jude llenó ese espacio. Eso es todo. Sólo llenó un espacio.

-¿Quieres decir que ni siquiera le querías? -Nel sintió el sabor del latón en la boca-. ¿Que ni siquiera fue porque le querías?

Sula volvió a mirar hacia la ventana claveteada. Sus ojos parpadearon como si estuviera a punto de dormirse.

-Pero... -Nel sujetó su estómago-. Pero ¿y yo? ¿Yo no significaba nada? ¿Por qué no pensaste en mí? ¿Yo no contaba para nada? Nunca te hice daño. ¿Por qué te lo llevaste si ni siquiera le querías y por qué no pensaste en mí? -Y luego-: Fui buena contigo, Sula, ¿por qué eso no cuenta?

Sula se volvió de espaldas a la ventana claveteada. Habló con voz pausada y la rosa con el tallo encima de su párpado se veía muy oscura.

-Si que cuenta, Nel, pero sólo para ti y para nadie más. Ser bueno con alguien es lo mismo que ser malo con alguien. Un riesgo. No se recibe nada a cambio.

Nel retiró las manos de los barrotes de latón. Estaba molesta consigo misma. Cuando por fin había tenido el valor de hacer la pregunta, la pregunta pertinente, nada había cambiado. Sula era incapaz de darle una respuesta sensata porque no la conocía. De hecho, sería la última en saberla. Hablar con ella del bien y del mal era como hacerlo con los Deweys. Tironeando los flecos del cubrecama de Sula, le dijo quedamente:

-Éramos amigas.

-Oh, sí. Buenas amigas -dijo Sula.

-Y no me quisiste lo suficiente para dejarlo en paz. Para dejar que le quisiera. Tuviste que llevártelo.

-¿Llevármelo, cómo? No lo maté, sólo follé con él. Si éramos tan buenas amigas, ¿cómo es que no pudiste soportarlo?

-Estás aquí metida en esta cama sin un céntimo ni un amigo o amiga que puedas llamar tuyo después de hacer todas las cerdadas que has hecho en esta ciudad, ¿y todavía esperas que la gente te quiera?

Sula se incorporó sobre los codos. La cara le brillaba bañada por la fiebre. Abrió la boca como para decir algo, luego se dejó caer otra vez sobre la almohada y suspiró.

-Oh, ya me querrán. Les llevará un tiempo, pero acabarán queriéndome. -Su voz sonó tan suave y distante como la mirada de sus ojos-. Cuando todas las viejas se hayan acostado con todos los adolescentes; cuando todas las jovencitas se hayan acostado con sus viejos tíos borrachos; cuando todos los hombres negros hayan follado a todos los hombres blancos; cuando todas las mujeres blancas hayan besado a todas las negras; cuando los guardianes hayan violado a todos los presos y todas las putas hayan hecho el amor con sus abuelas; cuando todos los mariquitas hayan acicalado a sus madres; cuando Lindbergh se acueste con Bessie Smith y Norma Shearer y ligue con Stepin Fetchit; cuando todos los perros hayan follado a todos los gatos y todas las veletas de todos los establos caigan del techo para montar a los cerdos..., entonces quedará un poquito de amor para mí. Y sé exactamente qué me hará sentir.

Cerró los ojos y pensó en el viento que le metía el vestido entre las piernas mientras corría hasta la margen del río, hacia un grupo de cuatro árboles con el follaje entrelazado y a cavar agujeros en la tierra.

Incómoda, irritable y un poquito avergonzada, Nel se levantó para irse.

-Adiós, Sula. Creo que no volveré.

Abrió la puerta y escuchó el ronco susurro de Sula.

-Eh, niña...

Nel se detuvo y volvió la cabeza, pero no lo suficiente como para alcanzar a verla.

-¿Cómo lo sabes? -le preguntó Sula.

-¿Cómo sé el qué? -Nel seguía resistiéndose a mirarla.

-¿Quién fue la buena? ¿Cómo sabes que fuiste tú?

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que a lo mejor no fuiste tú. A lo mejor fui yo.

Nel dio dos pasos para cruzar la puerta y la cerró a sus espaldas. Se alejó por el pasillo y bajó los cuatro tramos de escaleras. La casa se arremolinaba a su alrededor luminosa y luego oscura, llena de presencias sin sonidos. Los Deweys, Tar Baby, las parejas de recién casados, el señor Buckland Reed, Patsy, Valentine, y la bella Hannah Peace. ¿Dónde estaban? Eva en la residencia de viejos, los Deweys viviendo en cualquier parte, Tar Baby empapado de vino, y Sula arriba, en la cama de Eva, con una ventana claveteada y una billetera vacía en la cómoda.

Cuando Nel cerró la puerta, Sula alargó la mano para tomar más medicina. Después le dio la vuelta a la almohada buscando su lado fresco y pensó en su amiga. «Y ahora se irá andando carretera abajo, con la espalda erguida en el viejo abrigo verde, el asa del bolso subida hasta el codo, pensando en lo mucho que le he costado y sin recordar ni una vez los tiempos en que éramos dos gargantas y un ojo y no teníamos precio.»

Por su cabeza flotaron imágenes, ligeras como esporas de diente de león: el águila azul que se tragaba la E del vino Sherman's Mellow que bebía Tar Baby; la cara interior rosada del párpado de Hannah mientras intentaba quitarse una mota de polvo de carbón o una pestaña que se le había metido en el ojo. Pensó en las veces que se había asomado a las ventanas de todos esos trenes y autobuses, las veces que había mirado los pies y las espaldas de todas esas gentes. Nada cambiaba nunca. Eran todos iguales. Todas las palabras y todas las sonrisas, cada lágrima y cada broma eran sólo una forma de hacer algo.

«Éste es el mismo sol que miraba cuando tenía doce años, los mismos perales. Y si vivo cien años, mi orina fluirá del mismo modo, mis sobacos y mi aliento olerán igual. Mi pelo crecerá por los mismos orificios. No pretendía nada. Nunca he pretendido nada. Me quedé mirando cómo se quemaba y estaba fascinada. Quería que siguiera sacudiéndose de ese modo, que siguiera bailando.»

Después volvió a tener el sueño. La señora del polvo de hornear Clabber Girl le sonreía y la llamaba con una mano, la otra escondida debajo del delantal. Cuando Sula se acercó; se desintegró y se convirtió en una pila de polvo blanco, que Sula intentó meterse apresuradamente en los bolsillos de su bata de franela azul. La desintegración fue un espectáculo horrible, pero peor aún fue el contacto con el polvo, su viscosidad almidonada, mientras intentaba recogerlo a puñados. Cuanto más recogía, más se hinchaba. Por fin la cubrió, le llenó los ojos, la nariz, la garganta, y se despertó basqueando y agobiada por el olor a humo.

El dolor se apoderó de ella. Primero fue un aleteo como de tórtolas en su estómago; luego, una especie de ardor, seguido de una proyección de finos alambres hacia otras partes de su cuerpo. Una vez tendidos, los alambres de dolor líquido se coagularon y empezaron a palpar. Intentó concentrarse en las palpaciones, identificándolas como ondas, martillazos, cortes de navaja o pequeñas explosiones. Pronto hasta la variedad del dolor la aburrió y no supo qué hacer, pues iba acompañado de una fatiga tan grande que era incapaz de apretar el puño o de intentar contener el sabor oleoso en la base de la lengua. Intentó gritar varias veces, pero el cansancio apenas le permitía abrir los labios y mucho menos inhalar el aire suficiente como para gritar. Y se quedó ahí acostada preguntándose cuánto tardaría en reunir fuerzas suficientes para levantar el brazo y apartar la basta colcha de su barbilla y si debía apoyar la mejilla en el lado más fresco de la almohada enseguida o era mejor esperar hasta que su cara estuviese completamente mojada y el movimiento le resultase más refrescante. Pero se mostraba remisa a mover la cara por otro motivo. Si volvía la cabeza, no podría ver la ventana claveteada por donde había saltado Eva. Y contemplar esas cuatro tablas de madera cruzadas por la barra de acero inclinada era el único reposo que tenía. La ventana tapada la apaciguaba con su firme conclusión, su inexpugnable irrevocabilidad. Era como si por primera vez se encontrase completamente sola donde siempre había querido estar, libre de toda posibilidad de distracción. Allí, y sólo allí, resguardada por esa ventana ciega que se elevaba muy por encima del olmo, podría encoger las piernas contra el pecho, cerrar los ojos, llevarse el pulgar a la boca y atravesar y descender flotando por los túneles, casi rozando las oscuras paredes, cada vez más abajo, hasta encontrarse con un olor a lluvia, y entonces sabría que el agua estaba cerca y se acurrucaría bajo su blando peso y el agua la envolvería, la transportaría y bañaría su carne cansada para siempre. Siempre. ¿Quién había dicho eso? Sula hizo un gran esfuer-

zo para recordarlo. ¿Quién le había prometido un sueño en el agua para siempre? El esfuerzo por recordar fue demasiado intenso; desató un nudo en su pecho que volvió a dirigir sus pensamientos hacia el dolor.

En ese estado de recelosa expectación, advirtió que ya no respiraba, que su corazón se había parado por completo. Un resquicio de miedo rozó su pecho, pues sin duda de un momento a otro se produciría una violenta explosión en su cerebro, un esfuerzo por respirar. Entonces comprendió, o más bien intuyó, que no sentiría ningún dolor. Había dejado de respirar porque ya no tenía que hacerlo. Su cuerpo no necesitaba oxígeno. Estaba muerta.

Sula sintió que se le formaba una sonrisa en la cara.

«Bueno, que me cuelguen -pensó-, ni siquiera me ha dolido. Cuando se lo cuente a Nel...»

1941

La muerte de Sula Peace fue la mejor noticia que habían tenido las gentes del Fondo después de la promesa de que les darían trabajo en la construcción del túnel. De los pocos que no tenían miedo de asistir al funeral de una bruja y que habían ido al cementerio, algunos sólo fueron para verificar que la habían sepultado pero, por educación, se quedaron a cantar *Nos encontraremos en el río*; totalmente ignorantes de la sombría promesa que encerraba su canto. Otros acudieron a comprobar que no ocurriese nada fuera de lugar, que las personas de pocas luces y de corazón mezquino controlasen sus malos impulsos y todo el evento se caracterizase por la obediente mansedumbre de espíritu que ellos mismos habían alcanzado a través de la simple determinación de no permitir que nada, absolutamente nada, ni cosechas malogradas, ni blancos palurdos, empleos perdidos, hijos enfermos, patatas podridas, tuberías rotas, gorgojos en la harina, carbón de tercera clase, asistentes sociales instruidas, agentes de seguros ladrones, extranjeros con olor a ajo, católicos corruptos, protestantes racistas, judíos cobardes, musulmanes esclavistas, predicadores negros embusteros, chinos quisquillosos, ni el cólera, la hidropesía o la peste negra, ni mucho menos una mujer rara, les apartase de su Dios.

Como quiera que fuese, tanto los de espíritu rudo como los mansos - que acudieron no a la funeraria de los blancos, sino a la parte de color del cementerio de Beechnut- sintieron que, bien porque Sula había muerto o en inmediata sucesión después de su muerte, comenza-

ban a despuntar mejores tiempos. Hubo señales. El rumor de que en el túnel que atravesaría el río emplearían a trabajadores negros se convirtió en un anuncio oficial. Ese proyecto, planificado, abandonado y replanificado durante años, por fin se había puesto en marcha en 1937. Durante tres años corrieron rumores de que los negros trabajarían en él y las esperanzas eran grandes, pese al hecho de que la Carretera del Río que enlazaba con el túnel había alentado parecidas esperanzas en 1927 y al final había terminado construyéndose exclusivamente con mano de obra blanca, con montañeses e inmigrantes en los empleos más bajos. Pero el túnel en sí era otra cosa. El trabajo especializado no, ése no se lo darían. Pero era una obra importante y el gobierno parecía partidario de ampliar la contratación a los trabajadores negros. Lo cual significaba que los hombres negros no tendrían que barrer Medallion para comer, ni se verían obligados a dejar definitivamente la ciudad para irse a trabajar a las aceras de Akron y de las orillas del lago Erie.

La segunda señal fue el inicio de las obras de construcción de una residencia de ancianos. Ciertamente es que se trataba más de una renovación que de una construcción, pero los negros podrían ocuparla sin problemas, o eso se decía. Algunos decían que el traslado mismo de Eva de la casa desvencijada, que hacía las veces de residencia para las mujeres de color, al reluciente edificio nuevo era una clara muestra de los misteriosos caminos de Dios, cuyo poderoso pulgar habían visto sobre la garganta de Sula.

Las gentes del Fondo llegaron pues al final de octubre con un fuerte sentimiento de esperanza.

Después, Medallion se vistió de plata. Pareció ocurrir de repente, pero en realidad llevaban días y días sin nieve -sólo heladas- cuando, una tarde, a última hora, cayó una lluvia y heló. Los niños corrieron hacia los puntos de deslizamiento en la parte baja de Carpenter's Road, donde empezaban las aceras de cemento, antes de que los tenderos y las viejas esparciesen cenizas de las estufas, como ónice antiguo sobre plata recién acuñada. Se abrazaban a los árboles por el mero deseo de estrechar un instante toda esa vida y esa grandeza inmovilizada en forma de cristal y contemplaron el sol aplastado contra el cielo gris como un doblón gastado sin parar de preguntarse, entre tanto, si no sería el fin del mundo. La hierba se levantaba erizada, brizna a brizna, en sobresaltada dispersión, por obra de una helada que se mantuvo durante varios días.

Las cosechas tardías se malograron, evidentemente, y las aves de co-

rral murieron de frío y de rabia. La sidra se heló y rompió las vasijas, obligando a los hombres a beber el licor de caña demasiado pronto. En el valle, la situación era mejor, pues, como siempre, las colinas lo resguardaban, pero en el Fondo los negros sufrieron mucho en sus casas de paredes delgadas y sus ropas todavía más delgadas. El viento glacial se llevaba el poco calor que tenían, succionándolo a través de los cristales y por las hendiduras de las puertas mal ajustadas. Estuvieron varios días seguidos prácticamente recluidos en sus casas, aventurándose a salir sólo hasta las carboneras o hasta la casa de sus vecinos inmediatos para intercambiar alimentos de primera necesidad. Nunca hasta las tiendas. Además, éstas no recibían mercancías y, cuando las recibían, las reservaban para los clientes blancos, que pagaban mejor. Las mujeres no podían bajar las pendientes heladas y perdieron varios jornales que les eran terriblemente necesarios. La consecuencia de todo ese hielo fue un lastimoso Día de Acción de Gracias de diminutas aves duras, pesados pasteles de cerdo y sucintos boniatos. Cuando por fin comenzó a fundirse el hielo y vieron abrirse paso a través de la película helada del río la primera barcaza temblorosa, todos los menores de quince años tenían tos ferina o escarlatina, y los mayores tenían sabañones, reumatismo, pleuresía, otitis y un sinfín de enfermedades más.

Sin embargo, no fueron esas enfermedades, y ni siquiera el hielo, lo que marcó el comienzo de los problemas, esa profecía que encerraba su propio cumplimiento que Shadrack tenía siempre en la lengua. En cuanto las cosas empezaron a cubrirse de plata, mucho antes de que la sidra reventase las vasijas, algo empezó a ir mal. Empezó a producirse un desmembramiento, una dislocación casi inmediatamente después del alivio general que trajo consigo la muerte de Sula, apareció una inquieta irritabilidad. Teapot, por ejemplo, entró en la cocina y le pidió a su madre pan con mantequilla y azúcar. Ella se levantó para preparárselo y descubrió que no tenía mantequilla, sólo oleomargarina. Demasiado cansada para mezclar el polvo color azafrán con la dura pastilla de margarina, se limitó a untar el pan con el producto blanco y le espolvoreó el azúcar por encima. Teapot notó la diferencia y se negó a comérselo. Este insulto, el más intenso que puede sufrir una madre, que un hijo rechace la comida que le ha preparado, la enfureció, y le dio una zurra como no se la había dado desde que Sula le empujara por la escalera. Y no fue la única. Otras madres, que habían defendido a sus hijos de la malevolencia de Sula (o que habían defendido su condición de madres del desdén de Sula hacia ese papel), aho-

ra no tenían con quién enfrentarse. Había desaparecido la tensión y, con ella, también la motivación de sus esfuerzos. Sin sus mofas, el afecto hacia los demás quedó fláccidamente maltrecho. Hijas que solían quejarse amargamente de las responsabilidades que conllevaba el cuidado de sus suegras ancianas habían cambiado de actitud cuando Sula encerró a Eva, y empezaron a limpiar las escupideras de las viejas sin un murmullo. Ahora que Sula estaba muerta y enterrada, volvieron a sentir un creciente resentimiento contra la carga de los viejos. Las mujeres dejaron de consentir a sus maridos; ya no parecía en absoluto necesario fortalecer su vanidad. E incluso los negros que se habían trasladado a Medallion desde Canadá, los que a la menor oportunidad remarcaban que nunca habían sido esclavos, sintieron aflojarse la compasión reaccionaria hacia los negros nacidos en el Sur que les había inspirado Sula y volvieron a sus originarias pretensiones de superioridad.

A la tacañería que habitualmente traía el invierno se sumó la mezquindad de espíritu, producto del hambre y la escarlatina. Ni siquiera una entrevista indiscutible, presenciada por testigos, con cuatro hombres de color para su contratación en el túnel (y la promesa de que habría otras en primavera) consiguió romper las frías tenazas de ese magro y amargo final de año.

Una mañana llegó la Navidad y golpeó los nervios de todos como un hacha mellada, demasiado maltrecha para un corte limpio, pero demasiado pesada para ignorarla. Los niños yacían con la mirada perdida sobre las camas rechinantes o en jergones cerca de la estufa, chupando menta y naranjas entre accesos de tos, mientras las madres daban furiosos golpes de pie en el suelo ante los bizcochos que no habían crecido porque el fuego de la cocina era demasiado mezquino, ante los cuerpos acurrucados de los hombres que habían optado por pasarse el día durmiendo antes que enfrentarse al silencio provocado por la ausencia de trenes de juguete, tambores, muñecas lloronas y caballitos de cartón. Por la tarde, los adolescentes se escabulleron en el teatro Elmira y dejaron que Tex Ritter les liberase del recuerdo de los zapatos de sus padres, impotentemente vacíos debajo de la cama. Algunos llevaban consigo una botella de vino, que se bebieron a los pies del rutilante señor Ritter, armando tal alboroto que el administrador tuvo que echarlos a la calle. Los blancos que se acercaron hasta allí, con bolsas de Navidad llenas de caramelos y ropas viejas, tuvieron dificultades para arrancar un «*Sí, señor, gracias*» de esas bocas taciturnas.

Igual que el hielo de octubre, también las flemas de diciembre se re-

sistían a desaparecer, lo cual explica el enorme alivio que supusieron los tres primeros días de 1941. Fue como si la estación se hubiese agotado, pues el primero de enero la temperatura subió hasta los dieciséis grados y de un día para otro transformó la blancura en lodo. El 2 de enero comenzaron a entrecerse sucias manchas de hierba en los campos. El 3 de enero salió el sol... y también lo hizo Shadrack con su cuerda, su campana y su infantil canto fúnebre.

Se había pasado la noche anterior contemplando una luna pequeñita. Las personas, las voces que le hacían compañía, le acompañaban cada vez menos y menos. Ahora se pasaba largos períodos sin escuchar nada, aparte del viento entre los árboles y el choque de las castañas de indias contra el suelo. En invierno, cuando era demasiado difícil atrapar peces, trabajaba haciendo recados para los pequeños comerciantes (nadie quería tenerle en su casa, ni siquiera en sus proximidades) y con eso seguía obteniendo dinero suficiente como para beber. No obstante, sus borracheras se habían hecho más profundas pero también más espaciadas. Como si ya no necesitase beber para olvidar lo que fuera que no conseguía recordar. Ahora ya no recordaba haber olvidado nunca nada. Tal vez por eso, por primera vez desde ese frío día en Francia, comenzó a echar de menos la presencia de otras personas. Shadrack había mejorado lo suficiente como para sentirse solo. Si alguna vez se había sentido solo antes, no se había dado cuenta porque el ruido que hacía, los gritos, el continuo ir y venir, le protegían impidiendo que lo notase. Ahora había ido perdiendo esa compulsión de hacer algo, de llenar las horas que no pasaba pescando alegremente en la orilla del río. A veces se dormía antes de emborracharse, a veces se pasaba días enteros mirando el río y el cielo; y fue abandonando progresivamente los hábitos de limpieza militar en su chabola. Un día, un pájaro -uno de los petirrojos que llegaron como una plaga- entró volando por su puerta y permaneció dentro, buscando una salida durante prácticamente una hora. Cuando el pájaro localizó la ventana y se alejó volando, Shadrack se quedó triste y, de hecho, lo estuvo esperando y permaneció atento a su regreso. Durante esos días de espera, no se hizo la cama, ni tampoco barió ni sacudió la alfombrita de pingos, y casi se olvidó de marcar el paso de los días en el calendario con su cuchillo de limpiar pescado. Cuando volvió a ocuparse de las tareas domésticas, ya no lo hizo con la escrupulosa precisión que siempre había observado. Cuanto más aumentaba el desorden en su casa, más solo se sentía, y cada vez le resultaba más y más difícil invocar la presencia de sargentos y orde-

nanzas y ejércitos invasores; más y más difícil oír los disparos y mantener continuamente en marcha al pelotón. Empezó a contemplar y acariciar con más frecuencia la única prueba material que tenía de que una vez había recibido una visita en su casa: el cinturón rojo y blanco de una niña. El que se había dejado olvidado la niña cuando fue a verle. Shadrack recordaba claramente la escena. Al cruzar la puerta, se encontró una cara manchada de lágrimas que le miraba, le miraba, con ojos doloridos e interrogantes y la boca entreabierta en un intento de hacerle una pregunta. La niña había ido a pedirle algo, a él. Ni pescado ni un trabajo, sino algo que sólo él podía darle. Tenía un renacuajo encima de un ojo (por eso supo que era una amiga, porque llevaba la marca de los peces que él amaba) y se le había deshecho una trenza. Pero, al mirarle la cara, también le había visto la calavera debajo y creyendo que también ella la veía -que sabía que estaba allí y eso la asustaba- quiso decirle algo que pudiera consolarla, que pusiera fin a esa pena que se le derramaba por los ojos. Y por eso le dijo «siempre», para que no tuviese miedo del cambio: del desprendimiento de la piel, del resbalar y gotear de la sangre y de la aparición de los huesos que se escondían debajo. Le dijo «siempre» para vencerla, para darle la seguridad de su permanencia. Y dio resultado, pues cuando se lo dijo, su cara se iluminó y desapareció la pena. Entonces echó a correr, llevándose la información que le había dado, pero se le cayó la cinta del vestido y él la guardó como recuerdo. La tenía colgada de un clavo junto a su cama: sin una arruga ni una mancha después de tantos años, sólo con el doblez permanente marcado en la tela por su larga permanencia suspendida de un clavo. Era agradable tener consigo esa prueba de una visita, la única que había recibido. Y, al cabo de un tiempo, consiguió asociar la cinta con la cara, con esa cara con un renacuajo encima del ojo que a veces veía ahí arriba en el Fondo. Su visita, su acompañante, su invitada, su vida social, su mujer, su hija, su amiga, todas colgadas de un clavo junto a su cama.

Se quedó contemplando la luna pequeñita suspendida sobre el río bloqueado por el hielo. Su soledad se había deslizado hasta la zona de sus tobillos. Y también le invadió otra sensación. Una sensación que le hizo escocer los ojos y le obligó a entornarlos. Había vuelto a verla, meses -¿o semanas?- atrás. Estaba recogiendo las hojas secas para el señor Hodges y bajó al sótano en busca de dos cestas grandes donde ponerlas. En el pasillo cruzó por delante de una puerta abierta que comunicaba con un cuartito. Ella estaba allí tendida encima de una mesa. Ciertamente era la misma. La misma cara de niña,

el mismo renacuajo encima del ojo. O sea que se había equivocado. Terriblemente. No era en absoluto para «siempre». Otra persona cuya cara conocía había muerto.

Fue entonces cuando empezó a sospechar que todos esos años en que había paseado con su cuerda y había hecho sonar la campana no le servirían, al final, para nada. Lo mismo le valdría no moverse de su orilla del río y contemplar la luna a través de su ventana.

Su calendario de muescas diarias le indicó que el día siguiente era el señalado. Y, por primera vez, no tuvo ganas de salir. quería quedarse en su casa con el cinturón rojo y blanco. No salir. No salir.

Aun así, cuando amaneció el día con un increíble estallido de sol, cogió sus cosas. A primera hora de la tarde, bañado por el sol y convencido de que sería la última vez que les invitada a poner fin a sus vidas limpiamente y sin dolor, cruzó el desvencijado puentecillo y continuó camino del Fondo. Pero esa vez no fue un gesto sentido, de amor, pues ya no le importaba ayudarles o no. Llevaba la cuerda mal anudada; su campana emitía un sonido de hojalata sin ninguna pasión. Su visitante había muerto y ya no iría nunca más a su casa.

Años más tarde, la gente discutiría quién había empezado primero. La mayoría decía que habían sido los Deweys, pero un par de personas estaban mejor informadas y sabían que las primeras fueron Dessie e Ivy. Decían que Dessie fue la primera que abrió la puerta y se quedó en el umbral, protegiéndose los ojos del sol con una mano, mientras observaba a Shadrack que se acercaba por el camino. Y se rió.

Puede que fuese el sol; quizá las manchas de verde que asomaban en las colinas, tan llenas de promesas; tal vez el contraste del fulgor de la amenazadora, lúgubre campana de Shadrack bajo la dulce caricia de todo ese sol. Puede que fuese sólo un breve instante en que, por una vez, no sintió miedo y contempló sin temor la muerte a la luz del sol. Y se rió.

Ivy la oyó desde arriba y se asomó para averiguar la causa de la densa melodía que sacudía los pechos de su vecina. Y después Ivy también se rió. Como la escarlatina que se les había pegado a todos chupándolos hasta los cartílagos, la risa de las dos mujeres se contagió a toda Carpenter's Road. Pronto se vio a los niños dando saltos y riendo, y los hombres salieron a sus porches para reírse entre dientes.

Cuando Shadrack Llegó a la primera casa, se encontró con una hilera

de caras alegres.

Nunca se habían reído antes. Siempre cerraban sus puertas, bajaban las persianas y hacían entrar a sus hijos de la calle. Ese júbilo le asustó, pero continuó adelante, fiel a su costumbre: entonando su cántico, haciendo sonar la campana y sujetando firmemente la cuerda. Los Deweys salieron corriendo del número 7 con sus magníficas dentaduras y ejecutaron una pequeña danza alrededor del desconcertado Shadrack, después comenzaron a imitar desafortadamente su forma de andar, su cántico y sus campanillazos. A esas alturas, las mujeres tenían que sujetarse la barriga y los hombres se daban palmadas en las rodillas. Y la señora Jackson, la que comía hielo, bajó renqueando de su porche y se puso a desfilarse -se puso a desfilarse, así como suena- detrás de él. Era un espectáculo tan cómico que la gente salió a la calle para no perderse nada. Y así empezó el desfile.

Todos. Dessie, Tar Baby, Patsy, el señor Buckland Reed, la mamá de Teapot, Valentine, los Deweys, la señora Jackson, Irene, la propietaria del Palacio de la Cosmetología, Reba, los hermanos Herrod y multitud de adolescentes se dejaron llevar por el entusiasmo, y riendo, bailando, llamándose a gritos, siguieron a Shadrack en cortejo. A medida que el grupo inicial de unas veinte personas pasaban por delante de otras casas, a los que estaban asomados a las puertas y ventanas los invitaron a unirse a ellos para que les ayudasen a ensanchar más esa abertura en el velo, ese respiro de la angustia, de la dignidad, de la seriedad, del peso de ese sufrimiento tan adulto que les había mantenido enfajados durante todos esos años. Les invitaron a salir y a jugar bajo el sol; como si el sol fuese a durar, como si realmente hubiese esperanza. La misma esperanza que les hacía seguir recogiendo judías para otros agricultores; que les impedía acabar marchándose como decían que harían; que les hacía seguir metidos hasta las rodillas en la porquería de otras personas; que les hacía continuar entusiasmándose con las guerras de otros; que les hacía seguir preocupándose por los hijos de los blancos; que mantenía su convencimiento de que algún «gobierno» mágico finalmente les elevaría por encima, les sacaría y les alejaría de esa suciedad, esas judías, esas guerras.

Naturalmente, algunos se negaron a salir, como Helene Wright, que contemplaba el alboroto con su característico desdén. Otros, que entendían la mano del Espíritu que les hacía bailar, que entendían que familias enteras encorvasen las espaldas en un campo mientras cantaban al unísono como una sola garganta, que entendían el éxtasis de los bautismos en el río bajo soles exactamente como éste, no com-

prendieron a qué venía ese curioso desorden, ese espectáculo sin director, y también se negaron a salir.

Aun así, el sol fue proyectándose sobre una multitud cada vez más numerosa que avanzaba pavoneándose, dando brincos, marcando el paso y arrastrando los pies camino abajo. Cuando llegaron al punto donde empezaban las aceras, algunos se detuvieron y decidieron volverse atrás, demasiado cohibidos para adentrarse en la parte blanca de la ciudad aullando como fantasmas. Pero, con la excepción de tres o cuatro personas, los más agresivos se burlaron de los pusilánimes y los abandonaron, y el desfile continuó avanzando a paso de baile por la calle Mayor, por delante de los almacenes Woolworth y del antiguo matadero de aves; dobló a la derecha y continuó por la Carretera Nueva del Río.

Cuando llegaron a la boca de la excavación del túnel, enfebrecidos de entusiasmo y alegría, vieron relucir la madera, los ladrillos, los nervios de acero y la desvencijada reja de la puerta bajo el hielo, que el sol trocaba en diamantes. Al principio, la visión los deslumbró y se quedaron repentinamente callados. Con las manos puestas de visera, pasearon la mirada por el lugar donde tenían colocadas sus esperanzas desde 1927. Ante ellos tenían la promesa: tan muerta como hojas caídas. Los dientes sin arreglar, el carbón que ya no les fiaban, los dolores del pecho sin cuidar, los zapatos para ir al colegio que no habían comprado, los colchones rellenos de juncos, los inodoros rotos, los porches tambaleantes, los comentarios murmurados entre dientes y la asombrosa malevolencia infantil de sus patronos. Todos reunidos ante sus ojos bajo el refulgente hielo iluminado por el sol, que empezaba a hacerse rápidamente agua.

Como antílopes saltaron la pequeña verja -una barrera de alambre pensada para cerrar el paso sólo a los perros, los conejos y los niños vagabundos- y, con los más duros, los más furiosos y los más jóvenes a la cabeza, cogieron los tablones de madera y los finos nervios de acero y destrozaron los ladrillos que nunca cocerían en los bostezantes hornos; rasgaron los sacos de cal que ellos no habían mezclado y que ni siquiera se les había permitido acarrear; destrozaron la malla de alambre; volcaron las carretillas e hicieron rodar las pértigas hasta el río, en cuya corriente inmovilizada por el hielo se adentraron.

Viejos y jóvenes, mujeres y niños, tímidos y lanzados, dieron muerte, como buenamente pudieron, al túnel que les habían impedido construir.

No tenían intención de meterse dentro, de llegar a internarse en la verdadera boca del túnel, pero su necesidad de matarlo por completo,

todo entero, de borrar de la faz de la tierra el trabajo de los delgados brazos de los muchachitos de Virginia, de los griegos de cuello de toro y de los hombres con cara de cuchillo, que les habían agitado ante los ojos la promesa muerta como las hojas caídas, se adentraron demasiado hondo, demasiado lejos...

Muchos murieron allí. La tierra, que se había calentado ya, se movió; el primer soporte se deslizó; algunas rocas sueltas se desprendieron de la pared del túnel e hicieron desplomarse un muro de contención. Se encontraron metidos en una cámara de agua, lejos del sol que les había llevado hasta allí. Tras el primer crujido y la irrupción del primer chorro de agua, la estampida para salir fue tan salvaje que otros, que intentaban ayudarles, fueron arrastrados con ellos a la muerte. Aplastados contra los nervios de acero y los soportes de madera, varios jóvenes quedaron asfixiados cuando el oxígeno les abandonó para mezclarse con el agua.

Fuera, los demás lo contemplaban todo aterrados, mientras veían abrirse el hielo y la tierra empezaba a temblar bajo sus pies. La señora Jackson, que pesaba menos de cincuenta kilos, resbaló por la margen del río y se hundió con la boca abierta entre el hielo que había deseado comer toda su vida. Tar Baby, Dessie, Ivy, Valentine, los chicos Herrod, algunos de los hermanos menores de Ajax y los Deweys (al menos eso se suponía, pues nunca se encontraron sus cuerpos) murieron todos allí. El señor Buckland Reed salió con vida y también Patsy y sus dos hijos, así como otros quince o veinte que no se habían acercado lo suficiente como para caer o cuya cobardía les había impedido entrar en un túnel no terminado.

Y Shadrack permaneció todo el rato allí sin moverse. Sin acordarse de su canción ni de su cuerda; se quedó en lo alto de la margen del río haciendo sonar su campana sin parar.

1965

Las cosas estaban muchísimo mejor en 1965. O eso parecía. Una podía ir al centro y ver que personas de color trabajaban detrás de los mostradores de la tienda de precio fijo, que incluso manejaban el dinero con las llaves de las cajas registradoras colgadas del cuello. Y un hombre de color daba clases de matemáticas en el instituto de enseñanza media. Los jóvenes tenían una forma de moverse que todos decían que era nueva pero que a Nel le recordaba a los Deweys, a quienes nadie había encontrado jamás. Tal vez, pensaba Nel, habían

abandonado el mundo dejando atrás su semilla, y de ella habían nacido esos jóvenes de la tienda de precio fijo con las llaves de las cajas registradoras colgadas al cuello.

Eran tan distintos, esos jóvenes. Tan distintos de los que ella recordaba de cuarenta años atrás.

¡Jesús, qué chicos más guapos había en 1921! El mundo entero parecía lleno de ellos a rebosar. Con trece, catorce, quince años. Jesús, qué bien estaban.

L.E, Paul Freeman y su hermano Jake, los gemelos de la señora Scott..., y Ajax tenía una caterva de hermanos más pequeños. Se colgaban de las ventanas de las buhardillas, se montaban en los guardabarros de los coches, repartían el carbón, se instalaban en Medallion y se iban a vivir fuera, visitaban a sus primos, araban, cargaban pesos, holgazaneaban en los escalones de la puerta de la iglesia, corrían inclinándose para tomar las curvas en el patio del colegio. El sol les daba calor y la luna resbalaba sobre sus espaldas. Señor, el mundo estaba lleno de chicos guapos en 1921.

En absoluto como los niños de ahora Todo había cambiado. Hasta las putas eran mejores entonces: mujeres duras, gordas, risueñas, con quemaduras en las mejillas y sentido del humor combinado con su mal carácter, o viudas recluidas en pequeñas casitas en el bosque con ocho hijos que alimentar y sin un hombre. Las putas modernas eran descoloridas y aburridas en comparación con aquellas mujeres. Esas personajillas obsesionadas por las ropas siempre estaban cohibidas. Eran malencaradas pero tenían vergüenza. No sabían lo que era la desvergüenza. Tendrían que haber conocido a aquellas viudas plateadas del bosque, que se levantaban de la mesa donde estaban cenando y se adentraban entre los árboles con un cliente, menos cohibidas que una yegua cuando pare.

Señor, cómo vuela el tiempo. Ya prácticamente no reconocía a nadie en la ciudad. Ahora había otra residencia de viejos. La ciudad parecía pasarse el tiempo construyendo residencias para los viejos. Cada vez que hacían una carretera, construían también una residencia de viejos. Habríase dicho que los viejos vivían más tiempo, pero la verdad era que simplemente los quitaban de en medio antes.

Nel todavía no había visto esta última por dentro, pero en el Círculo Número 5 le había correspondido visitar a algunas de las ancianas ingresadas allí. El pastor las visitaba regularmente, pero las mujeres del círculo opinaban que estaba bien que también recibiesen visitas personales. Sólo había nueve mujeres de color en esa residencia, las mismas nueve que vivían en la anterior. En cambio había muchísimas

blancas. Los blancos no se andaban con miramientos a la hora de quitarse de encima a sus viejos. A los negros les costaba mucho separarse de ellos y, aunque una persona fuese vieja y estuviera sola, otras se ocupaban de pasarse por allí de vez en cuando, de fregarle los suelos, de hacerle la comida. Sólo los sacaban de casa cuando se volvían locos e intratables. A menos que se tratase de gentes como Sula, que había metido a Eva en la residencia por maldad. Era verdad que Eva estaba un poco mal de la cabeza, pero no tanto como para tener que encerrarla.

La perspectiva de verla despertaba en Nel más que una ligera curiosidad. Hacía sólo un año o menos que había empezado a participar de forma verdaderamente activa en la iglesia y empezó a hacerlo porque sus hijos ya habían crecido y le ocupaban menos tiempo y menos espacio mental. Durante más de veinticinco años, desde que Jude la había dejado, se había restringido a una vida reducidísima. Pasó un corto tiempo intentando volver a casarse, pero nadie quería hacerse cargo de ella, con tres niños y simplemente no consiguió dominar el asunto de tener enamorados. Durante la guerra, había mantenido una relación bastante larga con un sargento que estaba destinado en el campamento situado a treinta kilómetros de Medallion río abajo, pero después le trasladaron y todo quedó reducido a unas pocas cartas y luego... nada. Después hubo un barman del hotel. Pero ahora tenía cincuenta y cinco años y le costaba recordar qué había significado todo eso.

No tardó mucho en comprender cuál sería su futuro, después que Jude se marchó. Miró a sus hijos y, en el fondo de su corazón, comprendió que serían cuanto tendría. Que todo el amor que conocería sería a través de ellos. Pero era un amor que, como un cazo de almíbar olvidado durante demasiado rato encima del fuego, había hervido hasta evaporarse, dejando sólo el rastro de su olor y una masa dura y dulce, imposible de rascar de la olla. En efecto, las bocas de sus hijos pronto olvidaron el sabor de sus pezones y hacía años que habían empezado a mirar más allá de su cara para enfocar el espacio de cielo más próximo.

Mientras tanto, el Fondo había quedado destruido. Todas las personas que habían hecho dinero durante la guerra se mudaron tan cerca del valle como les fue posible y los blancos empezaron a comprar terrenos río abajo y al otro lado del río, extendiendo Medallion como dos cuerdas de lado a lado del agua. Ya prácticamente ninguna persona de color vivía en el Fondo. Los blancos habían empezado a construir torres para las emisoras de televisión ahí arriba y corrían rumores so-

bre un campo de golf o algo así. De cualquier modo, los terrenos de las colinas habían aumentado de valor y los negros que se habían mudado más abajo inmediatamente después de la guerra y en los años cincuenta no habrían podido permitirse volver aunque hubiesen querido. Salvo los pocos negros que todavía se apiñaban junto al recodo del río y algunas casas no derribadas de Carpenter's Road, sólo blancos ricos se construían sus casas en las colinas. De pronto, así sin más, habían cambiado de parecer y, en vez de reservarse el fondo del valle para ellos, ahora querían una casa en lo alto de una colina con vistas sobre el río y rodeada de olmos. Los negros, pese a todos sus nuevos aires, parecían tener unos deseos terribles de instalarse en el valle o de abandonar la ciudad y dejar las colinas en manos de quienquiera que estuviese interesado en ellas. Era triste, porque el Fondo había sido un barrio de verdad. Esos jóvenes no paraban de hablar de la comunidad, pero dejaban las colinas para los pobres, los viejos, los obstinados... y los blancos ricos. Puede que no fuese una comunidad, pero era un barrio. Ahora ya no quedaban barrios, sólo casas separadas con televisiones separadas y teléfonos separados y cada vez pasaban menos a verse unos a otros.

Siempre pensaba en lo mismo cuando bajaba a la ciudad andando. Una de las últimas auténticas peatonas, Nel, caminaba por la carretera asfaltada con los coches deslizándose por su lado. Blanco de las burlas de sus hijos, seguía yendo a pie dondequiera que quisiese ir y sólo se concedía el derecho a aceptar que alguien la llevase cuando el tiempo lo exigía.

Aquel día atravesó toda la ciudad en línea recta y dobló a la izquierda en el extremo más alejado, para adentrarse por un paseo flanqueado de árboles seguido por un camino rural que pasaba junto al cementerio, Beechnut Park.

Cuando llegó a Sunnydale, la residencia de ancianos, ya eran las cuatro y empezaba a refrescar. Sería un placer sentarse con las viejecitas y darles un descanso a sus pies.

En la recepción, una señora de pelo rojo le dio un pase y le indicó una puerta que comunicaba a un pasillo con puertas más pequeñas. Se parecía a la imagen que ella tenía de cómo debía ser un dormitorio universitario. El vestíbulo era lujoso -moderno-, pero las habitaciones que pudo entrever eran verdes jaulas estériles. Había demasiada luz por todas partes; se necesitaban unas cuantas sombras. En la tercera puerta avanzando por el pasillo, había un cartelito con el nombre EVA PEACE. Nel hizo girar la perilla de la puerta al mismo tiempo que lla-

maba con unos ligeros golpecitos. Antes de abrirla esperó unos segundos.

En un primer momento le costó dar crédito a sus ojos. La vio tan pequeña, sentada en una silla de vinilo negro junto a la mesa. Su antaño hermosa pierna no llevaba media y el pie estaba calzado en una zapatilla. Nel sintió ganas de llorar; no por los ojos lechosos y apagados de Eva o por sus labios flácidos sino por el antes altivo pie, habituado a calzar un bonito zapato bien atado con su cordón durante más de medio siglo, y que ahora se veía embutido sin ninguna gracia en una zapatilla rosa a cuadros.

-Buenas tardes; miss Peace. Soy Nel Greene; he venido a visitarla. Se acuerda de mí, ¿verdad?

Eva estaba planchando y soñando con escaleras. No tenía plancha ni ropas, pero no interrumpió su meticulosa tarea de marcar pliegues y alisar arrugas ni siquiera después de responder al saludo de Nel.

-Hola. Siéntate.

-Gracias. Nel se sentó en la punta de la estrecha cama-. Tiene una habitación muy bonita, una habitación francamente bonita, miss Peace.

-¿Has comido algo raro hoy?

-¿Perdón señora, cómo dice?

-¿Chop suey? Intenta recordar.

-No, señora.

-¿No? Bueno, después te sentará mal.

-Pero no he comido chop suey.

-¿Te crees que he venido hasta aquí para que me digas eso? No puedo hacer demasiadas visitas. Deberías tener un poco de respeto a las personas mayores.

-Pero, miss Peace, soy yo quien ha venido a visitarla a usted. Ésta es su habitación. -Nel sonrió.

-¿Cómo has dicho que te llamas?

-Nel Greene.

-¿La hija de Wiley Wright?

-Uh, uh. Ya veo que se acuerda. Eso me alegra, miss Peace. Se acuerda de mí y de mi padre.

-Cuéntame cómo mataste a ese niño.

-¿Que? ¿Qué niño?

-El que tiraste al agua. Tengo naranjas. ¿Cómo conseguiste que se metiera en el agua?

-Yo no tiré ningún niño al río. Fue Sula.

-Tú. Sula. ¿Qué más da? Estabas allí. Y lo miraste, ¿no? Yo nunca me

habría quedado mirando.

-Se confunde, miss Peace. Yo soy Nel. Sula ha muerto.

-El agua es terriblemente fría. El fuego es caliente. ¿Cómo conseguisteis que se metiera dentro? -Eva se humedeció el índice y comprobó la temperatura de la plancha.

-¿Quién le ha contado todas esas mentiras? ¿Miss Peace? ¿Quién se lo ha contado? ¿Por qué dice cosas falsas de mí?

-Tengo naranjas. No bebo el zumo que me dan aquí. Le echan algo.

-¿Por qué intenta hacer ver que fui yo quien lo hizo?

Eva dejó de planchar y miró a Nel. Por primera vez su mirada pareció cuerda.

-¿Cree que soy culpable? -Nel habló en un susurro.

Eva también le contestó susurrando:

-¿Quién puede saberlo mejor que tú?

-Quiero saber con quién ha estado hablando. -Nel se esforzó por hablar en tono normal.

-Con Plum. El dulce Plum. El me cuenta las cosas. -Eva se rió con una ligera, tintineante risita... de muchacha.

-Tendré que irme, miss Peace. -Nel se levantó.

-Todavía no me has contestado.

-No sé de qué me está hablando.

-Exactamente iguales. Las dos. Nunca hubo ninguna diferencia entre vosotras. ¿Quieres unas naranjas? Te sentarán mejor que el chop Buey. ¿Sula? Tengo naranjas.

Nel se alejó apresuradamente por el pasillo, mientras Eva la llamaba

-¿Sula?

No podría ver a las otras ese día. Esa mujer la había dejado alterada. Le devolvió el pase a la señora, rehuyendo su mirada sorprendida.

Una vez fuera, se abrochó el abrigo para protegerse del viento cada vez más fuerte. Se le había caído el botón de arriba y se tapó la garganta con una mano. Un luminoso hueco se abrió en su cabeza y la memoria fue filtrándose hasta él.

De pie en la margen del río con un vestido rojo y blanco.

Sula hace dar vueltas y vueltas a Pollo Little suspendido de sus manos. Su risa antes de que le resbalaran las manos y el agua que se cierra rápidamente sobre ese punto. ¿Qué había sentido entonces, mientras miraba cómo Sula daba vueltas y vueltas y luego al ver cómo salía despedido el niño hasta el agua? Sula había llorado y llorado después de volver de la casa de Shadrack. Pero Nel había conservado la calma.

«¿No deberíamos decirlo?»

«¿Él vio algo?»

«No lo sé. No.»

«Vámonos. No podemos hacer que vuelva.»

¿A qué se refería la vieja Eva cuando le preguntó *¿tú lo miraste?* ¿Cómo podía no verlo? Estaba allí mismo. Pero Eva no había dicho lo viste, había dicho lo miraste. «No lo miré. Sólo lo vi.» Pero de todos modos continuó presente, como había estado siempre, la antigua sensación y el antiguo interrogante. La agradable sensación que había experimentado cuando a Pollo se le escurrieron las manos. Hacía años que no se interrogaba sobre ello. «¿Por qué no me sentí mal cuando ocurrió? ¿Por qué fue una sensación tan agradable verle caer?»

Durante todos esos años se había sentido secretamente orgullosa de su reacción serena, controlada en el momento en que Sula perdió todo control, de su compasión ante la mirada asustada y avergonzada de Sula. Ahora, al parecer, resultaba que lo que había tomado por madurez, serenidad y compasión era sólo la tranquilidad que sucede a una estimulación placentera. Igual que el agua se había cerrado tranquila sobre la turbulencia del cuerpo de Pollo Little, la satisfacción también había cubierto su placer.

Caminaba demasiado rápido. Sin fijarse dónde ponía los pies, se metió entre las hierbas del borde del camino. Casi corriendo, se acercó a Beechnut Park. Allí, enfrente mismo, estaba la parte de color del cementerio. Entró. Sula estaba enterrada allí, al lado de Plum, Hannah y ahora también Pearl. Con la misma indiferencia hacia los cambios de nombre resultantes del matrimonio que siempre habían manifestado las personas negras de Medallion, cada lápida lisa llevaba grabada la misma palabra. Todas juntas sonaban como un responso: PEACE 18951921, PEACE 18901923, PEACE 19191940, PEACE 18921959.

No eran personas muertas. Eran palabras. Ni siquiera palabras: De-seos, anhelos.

Durante todos esos años había abrigado sentimientos positivos hacia Eva, creyendo compartir su soledad y su falta de amor como nadie podía hacerlo ni lo hacía. En definitiva, era la única que había entendido de verdad por qué Eva se había negado a asistir al funeral de Sula. Los demás creían saberlo; creían que la abuela tenía los mismos motivos que ellos: la idea de que acudir a honrar la memoria de alguien que les había hecho sufrir tanto era indigno de ellos. Nel, que sí fue al funeral, creía que la negativa de Eva no era por motivos de orgullo ni de venganza, sino por la mera resistencia a ver su propia carne tragada por la tierra, la determinación de no permitir que sus

ojos viesen lo que el corazón no podía tolerar.

Pero, ahora, después de que Eva la hubiera tratado de ese modo, de que la hubiera acusado, se preguntó si las gentes del barrio no tenían razón de entrada. Eva era mala. Hasta Sula lo había dicho. No tenía ningún motivo justificable para hablarle de ese modo. Con las facultades atrofiadas o no. Vieja. Lo que fuese. Eva sabía lo que hacía. Siempre lo había sabido. No había ido al funeral de Sula y había acusado a Nel de ahogar a Pollo Little por despecho. El mismo despecho que galopaba por todo el Fondo. Que convertía cada gesto en una ofensa, cada sonrisa torcida en una amenaza, de modo que hasta las burbujas de respiro que se alzaron en el pecho de prácticamente todo el mundo cuando murió Sula no suavizaron su rencor y no les permitieron acudir a la funeraria del señor Hodges ni mandarle flores de la iglesia ni hacer un bizcocho amarillo.

Pensó en el momento en que Nathan abrió la puerta del dormitorio el día en que ella la había visitado y encontró su cuerpo. Dijo que enseguida había sabido que estaba muerta, no porque tuviera los ojos abiertos sino porque lo estaba su boca.

Se abrió ante él como un gigantesco bostezo que ya no podría acabar nunca. Había corrido a la casa de enfrente, a contárselo a la mamá de Teapot, quien, al oír la noticia, dijo «¡Ho!», como el conductor del tren momentos antes de arrancar, sólo que más fuerte, y después dio unos pasos de baile. Ninguna de las mujeres abandonó los retales para las colchas en desorden para acudir rápidamente a la casa. Nadie dejó las ropas a medio pasar por el rodillo de escurrir para acudir rápidamente a la casa. Hasta los hombres se limitaron a decir «ajá» cuando lo supieron. Pasó todo el día y no había acudido nadie. La noche dio paso a otro día y el cuerpo seguía tendido en la cama de Eva mirando al techo e intentando completar un bostezo. Era muy curiosa esa obcecación en el caso de Sula. Pues hasta -cuando se murió Chin-Li, la puta más alborotadora de la ciudad (cuyo hijo negro y cuyo hijo blanco comentaron, al saber que se estaba muriendo: «¿Todavía no se ha muerto?»), incluso entonces todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y acudieron en gran número a enterrar a la hermana caída. Fue Nel quien finalmente telefoneó al hospital, luego a la funeraria, después a la policía, que fueron quienes acudieron. Y así fue como los blancos se hicieron cargo de ella. Llegaron en un furgón policial y bajaron el cuerpo por la escalera y pasaron por delante de los cuatro perales con él a cuestas y lo cargaron en el furgón ante las miradas de todos, como habían hecho con Hannah. Cuando los policías hicieron

preguntas, nadie les dio ninguna información. Les costó horas averiguar el nombre de pila de la mujer muerta. La llamada telefónica hacía referencia a una miss Peace de Carpenter's Road, 7. Y eso fue cuanto se llevaron: un cuerpo, un nombre y una dirección. Los blancos tuvieron que lavarla, vestirla, prepararla y finalmente enterrarla. Todo se hizo con elegancia, pues se descubrió que tenía un seguro de entierro considerable. Nel acudió a la funeraria, pero se quedó tan horrorizada al ver el ataúd tapado que sólo permaneció unos instantes.

Al día siguiente, fue andando hasta el entierro y se encontró con que era la única negra presente, luchando por no dejarse alterar por las rosas y las poleas. Sólo al volverse para salir descubrió el grupo de personas negras al borde del cementerio. Sin entrar, sin ropas de duelo, pero esperando allí fuera. Hasta que no se marcharon los blancos -los sepultureros, el señor y la señora Hodges, y su hijo pequeño que les ayudaba- no entraron en el cementerio las personas negras del Fondo, con el corazón encapuchado y los ojos velados, para cantar *Nos encontraremos en el río* junto a la tierra abombada que les separaba del odio más espléndido que habían sentido jamás. Su pregunta enturbió el aire de octubre: ¿Nos reuniremos junto al río? ¿El hermoso, hermosísimo río? A lo mejor Sula ya entonces les dio su respuesta, pues empezó a llover, y las mujeres corrieron dando salmos entre la hierba por miedo a no llegar a casa a tiempo para salvar su pelo alisado.

Triste, pesarosa, Nel se alejó de la parte de color del cementerio. Un poco más allá, Shadrack pasó por su lado por el camino. Un poquito más desastrado, un poquito más viejo, todavía enérgicamente loco, se quedó mirando a la mujer que se alejaba presurosa con el sol poniente en la cara.

Shadrack se detuvo. Intentó recordar dónde la había visto antes. El esfuerzo le resultó excesivo y siguió su camino. Tenía que sacar una basura de Sunnydale y habría oscurecido antes de que volviera a casa. Ya hacía mucho tiempo que no vendía pescado. El río había matado todos los peces. Se habían terminado los destellos gris plata, las miradas impávidas, anchas, pausadas. Se había terminado el palpitir cada vez más lento de las agallas. Y el temblor del sedal.

Shadrack y Nel se alejaron en direcciones opuestas, cada uno absorto en pensamientos separados sobre el pasado. La distancia entre los dos se fue ensanchando mientras iban recordando cosas pasadas.

De pronto, Nel se detuvo. Le palpitaba y le escocía un poco el ojo. -¿Sula? -susurró, mirando las copas de los árboles-. ¿Sula?

Las hojas temblaron; el barro se agitó; notó un olor a cosas verdes demasiado maduras. Una suave bola de pelo se deshizo y se dispersó en la brisa como esporas de diente de león.

-Todo este tiempo, todo este tiempo, he creído que echaba de menos a Jude. -Y el sentimiento de pérdida le oprimió el fondo del pecho y le subió hasta la garganta-. Fuimos niñas juntas -dijo como si eso explicara algo-. Oh, Dios, Sula -gritó-, niña, niña, niña niña niña.

Fue un bonito llanto -largo y sonoro- pero sin fondo y sin superficie, solamente círculos y círculos de dolor.

FIN